

LAS AVENTURAS DEL ALCAUDÓN

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
VANITAS VANITATIS	3
ALEA JACTA EST	18
EPPUR SI MUOVE	36
NEC HIEDE	60
VADE RETRO	80
ARS AMANDI	102
DIES IRAE	123

PRESENTACIÓN

El origen de esta serie está en un conjunto de siete relatos que escribí para la extinta revista *Pulp Magazine*, con unos protagonistas fijos -algo insólito en mí- sometidos a unas descacharrantes peripecias. Mis dos personajes, el español Miguel Salazar y el italiano Luigi da Vico, también conocidos en el mundillo como los *Espaciogafes*, son dos astronautas que se intentan buscar la vida como buenamente pueden en el Cinturón de Asteroides -es decir, en el culo del Sistema Solar- y que, como el subtítulo de la serie indica, son unos auténticos *pringados* a los que todo les sale mal... o casi.

Evidentemente mi fuente de inspiración más directa fueron los personajes de Ibáñez *Pepe Gotera* y *Otilio* o bien *Mortadelo* y *Filemón*, ya que en realidad tienen un toque de ambos. Sin embargo, también he de reconocer la influencia de otros dos astronautas patosos, Powell y Donovan, salidos de la fértil imaginación de Isaac Asimov, que no es poco. Todo ello, adobado en un ambiente de *Space Ópera* propio de las novelitas de a duro que acostumbraba a devorar cuando era todavía un crío. Como broma, titulé a todos ellos con frases famosas en latín o, en una ocasión, en italiano, siempre en sus idiomas originales.

La idea de su destartalada astronave, el *Alcaudón*, me vino principalmente del popular *Halcón milenario* de *La guerra de las galaxias*, y en lo que respecta a su nombre lo elegí al azar optando por el de ese simpático pajarillo que, pese a su inofensiva apariencia, es en realidad un consumado y sofisticado cazador. Además, sonaba eufónico. Por entonces yo no tenía ni la menor idea de la existencia de *Hyperion*, la novela de Dan Simmons en la que aparece el Alcaudón como protagonista principal de toda la saga; de haberlo sabido habría elegido otro nombre para la cafetera volante de mis protagonistas, pero cuando me enteré de esta coincidencia onomástica ya no tenía remedio. Eso sí, mi *Alcaudón* es completamente distinto, y sobre todo mucho más inofensivo, que el peligroso ser ideado por Simmons.

José Carlos Canalda

VANITAS VANITATIS

-Órbita completada. Di al gilipollas ese que se vaya preparando. Quiero largarme de aquí lo antes posible.

-¡No hables tan fuerte! Podría oírte... Y para qué querríamos más.

-¡Bah! Seguro que estará pegado a la televisión viendo películas guarras; no ha hecho otra cosa desde que embarcó.

La conversación tenía lugar en la abigarrada cabina del *Alcaudón*, una nave interplanetaria que conoció tiempos mejores, y la mantenían sus dos tripulantes a la par que socios y copropietarios del navío, el español Miguel Salazar y el italiano Luiggi da Vico; aunque realmente en el espacio las nacionalidades no revestían la menor importancia. Y el *gilipollas* del que hablaban era el honorable Rufus T. Sandeman, su único pasajero, un tosco millonario norteamericano ansioso de escribir su nombre en las páginas de la posteridad no por haber creado un emporio económico partiendo de la nada, que eso en su país no tenía nada de particular, sino por el ser primer ser humano en posar su planta en un cuerpo celeste... Aunque este cuerpo celeste fuera el modesto asteroide bautizado con el exótico nombre de Akitsushima, número 10.727 del catálogo.

Es un hecho comprobado que, si ya de por sí, la vanidad humana puede llegar a alcanzar cotas increíblemente elevadas, cuando ésta se asocia con la estupidez es preciso hablar ya de límites inabarcables. El afán de buena parte de los humanos por destacar en algo, aunque fuera en lo más nimio, ha desatado aberraciones tales como el *Libro Guinness*, a la par que ha alentado a auténticos psicópatas obsesionados por alcanzar notoriedad, aunque ésta fuera macabra amén de efímera y póstuma. Y, sin llegar a estos extremos, el catálogo de estupideces digamos inofensivas llenaría un buen puñado de gruesos tomos.

Una de las obsesiones típicas de muchos mortales es la de ver su nombre reflejado por escrito en algún lugar, sea éste el rótulo de una calle de su pueblo o, con mayor dificultad, la denominación oficial de algún accidente geográfico. Claro está que el colmo de la satisfacción de estos ridículos vanidosos sería contar con un cuerpo celeste homónimo suyo, pero... Además de tratarse de un censo limitado, la dichosa costumbre de emplear nombres mitológicos o, como mucho, alegóricos dificultaba, por no decir que impedía por completo, satisfacer sus anhelos.

Por fortuna para ellos, a partir de la última década del siglo XX el perfeccionamiento de las técnicas astronómicas permitió el descubrimiento y catalogación de muchos miles de pequeños cuerpos siderales. Rápidamente el número

conocido de asteroides, modesta denominación que innegablemente les quedaba grande, rebasó no sólo a las limitadas fuentes mitológicas, sino también a la imaginación de los astrónomos, razón por la que empezaron a llamarse cada vez de una forma más pintoresca. Claro está que rápidamente apareció algún avispa -probablemente norteamericano- que vio la forma de obtener para los observatorios una saneada fuente de ingresos: A cambio de una cantidad que no tenía nada de módica, cualquiera podría ver su nombre immortalizado en uno de estos pedruscos. Y, por sorprendente que pueda parecer, no faltaron candidatos.

Claro está que eso había pasado hacía mucho tiempo, antes de que el desarrollo práctico del efecto Gómez-Xiluan-Lafayette -conocido por los astronautas como el *goxila*- pusiera el Sistema Solar al alcance de la mano. Rápidamente se habían construido flotas de astronaves que lo surcaron de punta a cabo, desde los achicharrados cráteres de Mercurio hasta las heladas y lóbregas regiones del cinturón de Kuiper, pasando por todos los astros importantes, y aun los menos importantes, que poblaban el Reino del Sol.

Pese a ello, el número de cuerpos catalogados (planetas, satélites, asteroides, cometas...) con un tamaño superior al kilómetro ascendía a muchos miles, y la mayor parte de ellos carecían del menor interés salvo en lo referente a los parámetros de su órbita, que no era cuestión de que uno de ellos tuviera la mala costumbre de atravesarse en el camino de la Tierra. Así pues, si bien los nombres de Armstrong y Aldrin se vieron prontamente acompañados por los de otros astronautas que gozaron de la gloria de hollar con sus plantas las superficies vírgenes de otros astros, pronto la nómina de los mismos se vio interrumpida, no tanto por la imposibilidad de hacerlo -cualquier astro del Sistema Solar estaba al alcance de las astronaves terrestres- sino porque, más bien, llegó un momento en el que esto no servía para nada. En consecuencia, la inmensa mayoría de los asteroides y cuerpos menores quedaron a la espera de que alguien se molestara en acercarse hasta ellos.

Bien, en realidad este olvido no había sido completo; en un principio hubo bastantes misiones científicas, eso es cierto, aunque limitadas a unos cuantos asteroides importantes. Hubo también expediciones financiadas por diversas compañías multinacionales, cuyo objetivo era estudiar la posibilidad de explotar a estos guijarros cósmicos como yacimientos minerales; pero la evidencia de que resultaba mucho más rentable seguir desarrollando sus actividades mineras en la Tierra, frenó estas iniciativas casi antes de que fueran iniciadas.

Sin embargo, pasado un tiempo los asteroides sí demostraron que podían volverse a convertir en una saneada fuente de ingresos. Al fin y al cabo, si tiempo atrás había habido cretinos capaces de pagar por ver a uno de estos pedruscos convertido en tocayo suyo, ¿cuánto más dinero no se podría obtener haciendo que uno de estos ricachos

vanidosos fuera el primero en poner el pie en uno cualquiera de ellos? Y aunque cada asteroide tan sólo sirviera para una vez, había tantos -varias decenas de miles- que no cabía esperar que el filón se agotase, al menos durante bastante tiempo.

No estaba claro a quién se le había ocurrido la idea, pero ésta fue rápidamente imitada. Fueron bastantes los que fletaron astronaves más o menos capaces, ofreciéndose para transportar, a todo aquél que pudiera pagarlo, hasta un asteroide que jamás hubiera sido hollado por el pie humano... Y había miles, muchos más que candidatos. Así pues, la competencia se incrementó considerablemente al descubrirse que se trataba de un mercado limitado.

Para desgracia suya los propietarios del *Alcaudón* habían sido de los últimos en llegar al negocio, cuando ya éste comenzaba a estar de capa caída no por falta de asteroides, sino de clientes. Pero Miguel y Luigi, astronautas en paro tras el cierre de la sección astronáutica de una compañía multinacional, se vieron repentinamente sin trabajo y sin nada remunerado que hacer... Salvo continuar por cuenta propia en su oficio. Así pues invirtieron todos sus ahorros, incluidas las indemnizaciones percibidas por sus despidos, en la adquisición a precio de saldo de una pequeña y destartada astronave de carga propiedad hasta entonces de su antigua empresa, a la que rebautizaron con el nombre de *Alcaudón* dado que su denominación original - *Puercoespín*- no cuadraba demasiado con sus nuevas actividades, que no eran otras que las de viajar de un lado a otro del Sistema Solar interior -no tenían licencia para traspasar la órbita de Júpiter- ofreciendo sus servicios a todo aquél que estuviera dispuesto a pagarlos.

Salazar y da Vico aceptaban cualquier tipo de encargo que no resultara demasiado ilegal, siendo uno de ellos el transporte de sus clientes hasta algún asteroide virgen; se trataba de un trabajo sencillo y descansado por el que les solían pagar bastante bien, pero corrían tiempos difíciles una vez pasada la euforia inicial de las exploraciones espaciales y a duras penas lograban ganarse la vida a costa de rebajarse a los caprichos de los pocos millonarios excéntricos capaces de tirar el dinero en aras de su soberbia...

Como Rufus T. Sandeman, un rústico patán enriquecido gracias a la comida rápida, el cual era de los escasos nuevos ricos que todavía no habían visto satisfecha su insaciable vanidad... Y, aunque su trato era grosero y su carácter insoportable, su dinero no olía y los propietarios del *Alcaudón* estaban acuciantemente necesitados de él.

Por esta razón el *Alcaudón* se encontraba ahora en órbita en torno a Akitsushima, un pequeño pedrusco con forma de patata cuyas dimensiones máximas eran de apenas un par de kilómetros. Era tan sólo un minúsculo guijarro perdido en la inmensidad del cosmos, y su insignificancia había hecho que nadie hasta entonces se hubiera interesado por él... Nadie salvo Salazar y da Vico, cuyo reducido catálogo de astros visitables -para

descender en cualquiera de ellos era precisa una autorización administrativa, y el precio de las tasas era directamente proporcional al número y la importancia de los mismos- no abarcaba a ningún asteroide de más de cinco kilómetros de tamaño por su lado más ancho, o con número de catálogo inferior a 5.000. No era mucho lo que podían ofrecer en comparación con otras empresas de la competencia, pero después de varios meses ahogando sus penas -y sus escasos ahorros- con los matarratas que vendían a precio de oro en las sórdidas tabernas marcianas, finalmente habían conseguido encontrar un cliente... Y no era cosa de dejarlo escapar.

Claro está que menudo cliente... Rufus T. Sandeman, el *rey del ostburger* -hamburguesas de carne de avestruz, para entendernos- era realmente insoportable. En condiciones normales hubiera viajado -siempre lo hacía- en compañía de un subordinado que hacía las veces tanto de secretario como de ayuda de cámara, pero éste se había asustado al enterarse de los peregrinos proyectos de su amo negándose en redondo a embarcar en el *Alcaudón*, renunciando a su empleo y prefiriendo emplearse como matón en uno de los más afamados prostíbulos de Deimos. Esta deserción había avinagrado todavía más el ya de por sí detestable carácter del millonario, que acostumbrado a volcar siempre sus iras sobre alguien, no había dudado en elegir como blanco de las mismas a los dos infortunados tripulantes del *Alcaudón*, únicas personas que tenía ahora a mano. Éstos estuvieron tentados en más de una ocasión a invitarle amablemente a abandonar la astronave... Sin darle tiempo siquiera a enfundarse previamente el traje espacial.

No obstante, la perspectiva de embolsarse un dinero que, además de enjugar sus deudas, les permitiría sobrevivir unos cuantos meses más, unida a la sospecha de que la Policía Interplanetaria pudiera llegar a enfadarse bastante si se enteraba de la expulsión, contuvo finalmente a los dos astronautas que, armándose de paciencia, se resignaron a soportar a su insufrible huésped. Eso sí, no renunciaron a una refinada venganza.

-Akit...nosequé. -había refunfuñado el magnate respecto al enrevesado nombre del destino de su viaje- ¿Es que no había ningún otro maldito pedrusco con un nombre cristiano?

-Le hemos dado a elegir entre un buen puñado de ellos. -repuso da Vico exhibiendo la más inocente e hipócrita de sus sonrisas.

-¡Pero todos los demás eran todavía peores! ¿Es que son sólo los chinos y los japoneses -aquí añadió ciertos calificativos que no resulta conveniente reproducir por ser racistas y políticamente incorrectos- los que descubren asteroides?

En realidad no todos los nombres ofrecidos por los dos astronautas eran de procedencia oriental; junto con algunos cuidadosamente seleccionados tales como

Akiyamatacashim, Xiwanggongcheng, Yuanlongping, Guangcaishiye, Zashikiwarashi, Kazukoichikawa, Issunbovschi, Kunitomoikkansai o Susumuimoto, la lista contenía varios más tales como Betulapendula, Cercidiphillum o Madresplazamayo, no menos enrevesados para los oídos de un anglosajón inculto, todos los cuales, huelga decirlo, le sonaban igualmente a chino.

-También le hemos ofrecido nombres cortos... -terció Salazar al comprobar que su compañero podía contener a duras penas la risa.

-¡Sí, todavía peores! Rip, Redman, Coco... Ni que los hubieran buscado a propósito.

En realidad, así había sido.

-Tenga usted en cuenta que para aterrizar en cualquier asteroide es necesario disponer de una autorización de la Policía Interplanetaria, y la nuestra tan sólo abarca un pequeño puñado de ellos... Eso cuesta mucho dinero, y nosotros somos pobres. -añadió el italiano con tono quejumbroso, silenciando que, aunque su afirmación era cierta, también figuraban en la lista de asteroides permitidos nombres *normales* que hubieran agradado al millonario, pero que precisamente por ello habían sido cuidadosamente expurgados por los dos astronautas: Dallas, Intel, Stone, Australia, Israel, Hudson, Baltimore...

-Y tampoco quiso aceptar usted ninguno de los nombres de personajes. -remachó el español rematando la faena de su compañero.

-¡Claro! Y compartir mi gloria con la de un fulano cuyo único mérito es el de que a algún estúpido se le ocurrió la ridícula idea de bautizar a un asteroide con su nombre. ¡De eso nada!

Algunos de estos *fulanos* rechazados por Sandeman eran los tres tripulantes del Apolo XI, científicos como Fermi o Volta, escritores como Asimov, Heinlein, Clarke, Lewis Carroll, Conan Doyle o Kafka; artistas como Warhol; directores y actores de cine como Hitchcock o Jerry Lewis; cantantes como Sinatra o personajes de ficción -en esto el *honorable* no discriminaba demasiado- como Sherlock Holmes, el doctor Watson, Moriarty o el mismísimo James Bond.

Finalmente, y tras dos semanas de martirio, el *Alcaudón* llegaba a su destino y sus dos tripulantes se preparaban para la maniobra de descenso.

-No hay ni un puñetero metro cuadrado lo suficientemente liso para aterrizar en él. -gruñó Salazar- Nuestro invitado tendrá que bajar su gordo culo dando saltos; puede ser divertido.

En ese momento asomó por la cabina algo que se asemejaba al remedo galáctico de la mascota de Michelin; se trataba del *honorable* Sandeman, enfundado en un traje espacial especialmente confeccionado a su medida, puesto que no se fabricaban de su talla. Por variar, estaba furioso.

-¿Dónde coño se habían metido? He tenido que vestirme yo solo. ¡Maldito Óscar! - Óscar era su ex-secretario, ahora reconvertido en proxeneta.

-Simplemente, estábamos evitando estrellarnos contra el asteroide. -respondió hoscamente Salazar, callándose por prudencia lo que opinaba acerca del intento de su pasajero de convertirlos en sus criados.

-¿Los dos?

-Ambos somos necesarios para la maniobra. -apaciguó su compañero- ¿Por qué se cree que estas naves tienen dos pilotos?

-Está bien. -refunfuñó el americano- Me apañé sin su ayuda; aunque no sé por qué razón no hacen más amplias estas latas de sardinas. Tropiezo constantemente con todo.

Tentado estuvo el español de hacer un comentario sarcástico acerca del tonelaje de su pasajero, pero mordiéndose los labios le comunicó:

-Tenemos un problema. No encontramos ningún lugar adecuado para el aterrizaje.

Fue como si un volcán entrase repentinamente en erupción. La cara de perro pachón del yanqui, única parte de su cuerpo que mantenía descubierta, se puso roja como la grana. Y estalló.

-¡Me sacan mi dinero! ¡Me traen al culo del universo, un pedrusco cuyo nombre ni siquiera soy capaz de pronunciar! ¡Y ahora me dicen que no podemos aterrizar! ¡Los voy a hundir en su propia mierda! ¡Se acordarán de mí mientras vivan, que espero no dure mucho!

-Yo no he dicho que usted no vaya a poder poner su puto pie en este puto asteroide. -gruñó Sandoval sin siquiera mirarle a la cara- Tan sólo he dicho que no podremos aterrizar, y bien que lo siento.

-¿Qué diferencia hay?

-Tan sólo una ligera molestia. -apaciguó da Vico, ocultando sus temores de que la bola de grasa que atendía al nombre de Sandeman fuera incapaz de moverse con un mínimo de agilidad- Tendremos que descender saltando.

-¿Saltando? -se escandalizó el magnate, poco dispuesto a dar su brazo a torcer- ¿Acaso estamos en un circo? Esto no figuraba en el contrato.

-El contrato estipulaba que le traeríamos a este maldito pedrusco facilitándole los medios lo más posible para que pudiera llegar a él. -escupió Sandoval- Pero en ningún sitio decía que le tuviéramos que bajar en brazos.

-Bueno, tampoco es para tanto. -el italiano continuaba haciendo denodados esfuerzos para tranquilizar a ambos contendientes- La gravedad del asteroide es tan insignificante, que un salto de varios centenares de metros no supondría el menor peligro... *Ni siquiera para un payaso como tú.* -se dijo para él- Y el *Alcaudón* se va a poder aproximar mucho más a la superficie. Además lanzaremos un cable, por lo que solamente tendrá que deslizarse por él. Le aseguro que le resultará sumamente fácil hacerlo.

La maniobra de aproximación era relativamente complicada, pero factible. Los reactores *goxila* permitían suspenderse sobre la superficie, y todo lo demás resultaría ya fácil... Para alguien que no fuera una bola de grasa incapaz de recorrer por sus propios medios unos cuantos metros. Lamentablemente, no había otra solución.

El lugar elegido para el descenso era un pequeño cráter situado en mitad de algo parecido a una meseta. Su superficie resultaba insuficiente para la eslora del *Alcaudón*, pero al menor permitiría evitar las escarpadas aristas existentes en otros lugares de la torturada superficie del asteroide, las cuales podrían llegar a causar graves daños en el casco de chocar la nave con ellas. Pese a su minúsculo tamaño el asteroide tenía una orografía sorprendentemente abrupta, razón por la que resultaba conveniente extremar las precauciones.

-Baja tanto cuanto puedas. -masculló da Vico en español, idioma que el millonario desconocía- No quiero que este tío se nos quede flotando y tengamos que salir a pescarlo; mucho me temo que va a ser incapaz de deslizarse por el cable siquiera unos cuantos metros.

-¿Qué parlotean? -protestó el aludido- Quiero que me hablen en un idioma que pueda comprender.

Puesto que los conocimientos lingüísticos del norteamericano se reducían a un inglés más bien tirando a barriobajero, fue en esta lengua en la que le respondió el italiano.

-Decía a mi compañero que se aproximara lo más posible a la superficie, para facilitarle a usted el descenso. -evidentemente, se abstuvo de traducir el resto del comentario.

-Treinta metros. -interrumpió Salazar- No me atrevo a acercarme más. Aunque esta zona es relativamente llana, la rotación del asteroide es muy irregular, y resulta difícil evitar la deriva. Lanzo el anclaje.

En respuesta a su acción un cable metálico se desprendió de la panza de la nave, clavando su extremo en la polvorienta superficie de Akitsushima. En el interior del *Alcaudón* se sintió un tirón producto del tensado automático del cable, tras lo cual todo volvió a quedar en calma.

-Bueno, ya tiene usted todo listo para bajar. -comentó con sorna Salazar- El asteroide es suyo.

-Y ustedes, ¿qué van hacer mientras tanto? -preguntó desconfiadamente el magnate.

-Pues esperar a que usted termine para largarnos de aquí cuanto antes. Mientras esté abajo controlaremos la nave para evitar que se estrelle contra el suelo, y también filmaremos su llegada para que así pueda usted pasar a la posteridad.

-Voy a bajar... ¿yo solo? -el miedo atenazaba la voz del fante.

-A ninguno de nosotros dos se nos ha perdido nada; además, ¿cómo si no quiere ser usted el primero? -ahora era el piloto español quien estaba empezando a perder la paciencia.

-Hombre, yo... Imagínense ustedes que sufriera algún percance... -ahora era claramente pánico- ¡Necesito tenerlos cerca por si me ocurre algo!

-Está bien. -concedió desmayadamente da Vico- Uno de nosotros bajará con usted... Bueno, después de usted. -se corrigió- Supongo que no tendrá inconveniente...

-No, claro que no... -farfulló- Pero yo seré el primero.

-Por supuesto. -gruñó Salazar- Ya le he dicho que ninguno de nosotros tiene el menor interés en disputarle ese honor.

En realidad, lo lógico hubiera sido hacerlo justo al contrario... De haber estado dispuesto Sandeman a consentirlo. Por lo tanto, tuvieron que organizarse rápidamente. Pese a que Salazar había sido, de los dos, el que más hostil se había mostrado con su irascible pasajero, los dos pilotos tenían establecido un riguroso turno para repartirse las tareas desagradables que pudieran surgirles, y en esta ocasión era a él a quien le tocaba asumirlo. Así pues ni rechistó; dejando los mandos a su compañero, fue a enfundarse su traje especial.

-Enviaré una cámara autónoma allá abajo. -indicó el italiano sin desviar la mirada de los controles- Supongo, míster Sandeman, que usted querrá disponer de una buena filmación de su descenso, y desde aquí arriba no quedaría demasiado lucido; sería suficiente para obtener el certificado de la Policía Interplanetaria, por supuesto, pero no bastaría para mostrárselo a sus amigos.

Un gruñido de su interlocutor, que da Vico tomó como signo de aceptación, fue la única respuesta a su comentario; si el obeso pasajero había llegado a captar la ironía de sus palabras, no se esforzó en demostrárselo.

El descenso desde la escotilla del *Alcaudón* hasta la superficie de Akitsushima, situada apenas a una decena de metros bajo ellos, no revestía la menor dificultad para una persona dotada de un mínimo de agilidad... Pero el *honorable* Rufus T. Sandeman era sin duda un caso especial. Salazar había procedido a colocarle, no sin dificultades debido a sus desmesuradas dimensiones, un arnés del que sobresalía una gruesa argolla a la altura de la prominente barriga. Esta argolla, que se podía abrir y cerrar a voluntad, le permitiría deslizarse por el cable que anclaba al *Alcaudón* al suelo, sin más esfuerzo que el de impulsarse levemente con las manos. Lo único que tenía que hacer el norteamericano era descolgarse desde la escotilla, que estaba situada en el costado de la astronave, hasta el lugar donde arrancaba el cable, en la panza de la misma; para ello contaba con la ayuda de una batería de asideros que da Vico había hecho emerger del fuselaje... Pero Sandeman tenía miedo. Mucho miedo.

Tras intentar convencerlo, sin el menor resultado, de que el riesgo de una caída era nulo debido a la prácticamente inexistente gravedad, Salazar optó por descolgarse él mismo con una mano, mientras con la otra arrastraba al pataleante yanqui como si de un globo hinchado de tratara. Finalmente consiguió engancharle la argolla al cable, dejó que se aferrara con las dos manos a éste y, apartándose, le indicó que bajara mientras él se disponía a seguirle poniendo cuidado en mantenerse a su zaga.

-Como este payaso siga así, sus amigos se van a revolcar de risa al verlo. -se dijo al observar que la cámara automática enviada por da Vico había llegado a su destino y comenzaba a filmarlos- Claro está que este tipo sería capaz de contratar a un actor profesional para filmar un descenso falso... En fin, éste es su problema.

Pensando probablemente lo mismo, Sandeman intentó revestirse de dignidad deteniendo su danza y comenzando a bajar lenta, casi majestuosamente, no se podría decir si por miedo o por afán de protagonismo. El hecho es que Salazar respiró aliviado y, asiéndose al cable, procedió a imitarlo. Al principio todo marchó bien, pero cuando el americano se encontraba apenas a dos metros del suelo ocurrió la catástrofe.

Por alguna razón desconocida (los tripulantes del *Alcaudón* ignoraban que su pasajero padecía de vértigo), Sandeman perdió repentinamente la verticalidad y soltándose del cable, del que quedó sujeto únicamente por la argolla, comenzó a chillar y a patalear como un poseso. El cable era resistente y lo suficientemente grueso como para no temer su rotura, pero los fuertes tirones que pegaba el miserable podrían llegar a alterar el frágil equilibrio del *Alcaudón*... Y no era cuestión de arriesgarse a que se estrellara contra las cercanas rocas por culpa de ese imbécil.

Tras enviar un rápido mensaje de advertencia a su compañero, Salazar hizo lo único que cabía hacer en tan comprometida situación: Se lanzó hacia abajo asiendo a Sandeman por una de las piernas. Pero para sujetarlo bien necesitaba apoyarse en algún lado, y la única opción posible era el suelo del propio asteroide.

Así pues, y completamente en contra de su voluntad, el astronauta español fue el primer humano en posar su pie en Akitsushima, mientras el norteamericano continuaba pataleando por encima de su cabeza. Sólidamente asentado todo lo que le permitía la insignificante gravedad, se asió con una mano al cable mientras con la otra tiraba de su presa con todas sus fuerzas.

Sin embargo, los problemas sólo acababan de empezar. Apenas fue consciente el americano de su condición de segunda persona en hollar el asteroide, montó en cólera vituperando al perplejo astronauta, al que acusó de haberle robado la gloria y, de paso, también su dinero. Salazar intentó razonar con él, decirle que no había tenido más remedio que hacerlo así, que no se preocupara porque podrían repetir el descenso borrando la filmación anterior, que nadie se iba a enterar de ello, que podría disfrutar de su gloria intacta...

Resultó inútil. Sandeman, cada vez más furioso, estaba totalmente fuera de sí. Y a Salazar, que no era lo que se dice un espíritu diplomático, se le acabó definitivamente la paciencia. Recurriendo a su nutrido repertorio de selectos insultos tabernarios, escupió al yanqui todo lo que pensaba sobre él sin dejarse nada en el tintero.

Lívido de ira y al borde mismo de la apoplejía, el excéntrico millonario parecía a punto de explotar. Acostumbrado a adulaciones perrunas y a que nadie le levantara nunca la voz, que un muerto de hambre le faltara el respeto y, lo que era todavía peor, le enumerara explícitamente y de forma despectiva la totalidad de sus numerosos defectos, era mucho más de lo que podía tolerar. Así pues, pasando de los ataques verbales a los físicos, se abalanzó furiosamente sobre su rival intentando agredirlo.

Los trajes espaciales eran lo bastante resistentes como para soportar sin sufrir daños embates como los del torpe Sandeman, pero tenían un punto débil: La tráquea que conducía el oxígeno desde el depósito dorsal hasta la escafandra. Salazar se sabía a

salvo de las patadas y puñetazos que desmañadamente le lanzaba el obeso magnate, el cual ni siquiera era capaz de mantener el equilibrio en la casi inexistente gravedad del asteroide, y hubiera bastado con esperar a que éste cesara en su pataleta por puro agotamiento para que las aguas volvieran a su cauce.

Pero la flema no figuraba precisamente entre las escasas virtudes del astronauta, el cual deseaba por encima de todo acabar lo antes posible con la farsa. Así pues, se abalanzó a su vez contra su atacante intentando cerrar la válvula que permitía el paso del oxígeno a la escafandra. No era su intención asfixiarlo, sino hacerle perder el conocimiento para poder encerrarlo en su camarote.

Fue un verdadero golpe de mala suerte. Sandeman adivinó su intención e intentó defenderse haciendo lo propio; pero desconocedor de las pretensiones del español y temiendo por su vida, no se anduvo con contemplaciones arrancando de cuajo el frágil tubo que proporcionaba aire respirable a su rival. Salazar, como astronauta veterano que era, sabía cómo afrontar esta emergencia antes de que la carencia de oxígeno resultara funesta; pero para ello necesitaba tener las manos libres en tan cruciales instantes... Y no las tenía, ya que su atacante continuaba acosándolo por todos los lados.

De repente, entre las brumas de la inconsciencia, sintió cómo los brazos que se aferraban a su cuerpo se tornaban súbitamente flácidos. Su compañero da Vico, que rápidamente había salido por la escotilla apenas se hubo puesto el traje, se había acercado por la espalda a su agresor cerrándole la válvula que regulaba el paso del oxígeno, y tras apartar su inerte cuerpo atendió a su compañero realizando una conexión de urgencia en la desgarrada tráquea con objeto de evitarle la muerte por asfixia. Pero esto último ya no lo percibió.

Tras cerciorarse de que su compañero no corría peligro y tan sólo se encontraba inconsciente, el astronauta italiano fijó su atención en el yanqui volviendo a dar paso al oxígeno de su traje. En realidad no le importaba demasiado la suerte que pudiera correr quien casi había provocado la muerte de su amigo, pero no era cuestión de crearse más problemas. Así pues, tras subir a ambos al *Alcaudón*, encerró al millonario en su camarote sin molestarse siquiera en despojarlo de la escafandra, limitándose a comprobar que, aunque desmayado, no había sufrido ningún daño irreversible... Aunque en realidad esto no le hubiera importado demasiado.

Una vez desembarazado de su molesto huésped, que ya no podía causar ningún daño, da Vico se centró en la recuperación de su amigo, aprovechando la inconsciencia de éste para alejarse de la peligrosa vecindad de la superficie del asteroide. Por fortuna Salazar gozaba de una robusta constitución física, lo cual facilitó el proceso. Saludado por un hermoso mareo, éste se incorporaba minutos después en su litera sin saber muy bien dónde se encontraba.

-*Vaya, otra vez he vuelto a pasarme bebiendo el matarratas del maldito Joe. Se ve que no escarmiento.* -fue su primer pensamiento antes incluso de recuperar por completo la consciencia.

Pero en esta ocasión, y sin que sirviera de precedente, no se trataba de ninguna resaca, como pudo comprobar al descubrir las distintas piezas de su traje espacial -da Vico no se había molestado en guardarlas- flotando por el angosto espacio libre del camarote. Poco a poco consiguió ir recordando lo ocurrido hasta el momento de su pelea con Sandeman, de la cual desconocía el desenlace, lo que le hizo lanzarse en picado hacia la cabina donde, suponía, debía de encontrarse su compañero.

Jurando en tres o cuatro idiomas distintos -por si fuera poco al mareo se había sumado el tropezón que, en su precipitada salida, había tenido con el peto del traje, lo cual le precipitó de cabeza contra la mampara- llegó finalmente a su destino cuando da Vico acababa de colocar al *Alcaudón* en una órbita segura.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó a su amigo intentando luchar contra el vértigo que se adueñaba de su cerebro- Sólo recuerdo que ese malnacido se abalanzó sobre mí... Por cierto; ¿dónde demonios están las aspirinas? Tengo la cabeza como si me hubiera caído encima el mismísimo asteroide... Y eso que no pruebo ni una gota desde hace varios días. -se lamentó filosóficamente.

Tras haber sido puesto al corriente por da Vico del desenlace del incidente, ambos estuvieron de acuerdo en mantener encerrado a Sandeman hasta que tuviera lugar su retorno a Marte, planeta hacia el que habían enfilado la proa de la nave en busca de la ruta más rápida posible. Pero sólo habían pasado unas horas, las necesarias para que su abotargado organismo se recuperara del desmayo, cuando éste comenzó a gritar hasta desgañitarse al verse encerrado, siendo necesario que aporreara la sólida puerta hasta hacerse sangre en los nudillos para que los dos astronautas se dignaran siquiera a atender a sus airadas protestas; ahora los irritados eran ellos, y con bastante razón, por cierto. Finalmente, y tras conseguir la promesa del americano de renunciar a todo tipo de violencia, a lo cual contribuyeron sin duda las gruesas porras que esgrimían ambos en sus manos, los tres acordaron reunirse de forma razonablemente pacífica en la pequeña sala común de la nave. Eso sí, motivados por el nauseabundo hedor que exhalaba Sandeman le exigieron que previamente pasara por el cuarto de baño; a sus múltiples defectos, pensó Salazar, había que sumar ahora otros dos: Una cobardía enfermiza, y un deficiente control de sus esfínteres.

Una vez resueltos, mejor o peor, los problemas de higiene del americano, ambas partes se enfrentaron a cara de perro en el territorio neutral de la sala común. La ausencia de gravedad durante buena parte de las travesías del *Alcaudón* era un excelente antídoto contra la tendencia natural al desorden de los desaliñados astronautas, ya que

no era cuestión de dejar que los trastos flotaran libremente allá donde uno se podía tropezar con ellos; pero a pesar de ello, el reducido recinto era lo más parecido posible a una leonera en condiciones de caída libre. Todo ello, unido a la voluminosa y todavía pestilente humanidad del magnate, hacía que la estancia en ese lugar no fuera precisamente un lecho de rosas... Pero no había mucho donde elegir, y además los temas a tratar tampoco eran lo que se dice demasiado agradables.

En un principio las posturas iniciales de ambas partes resultaron ser completamente irreconciliables. Sandeman les acusaba de haberle estafado, y se negaba en redondo a pagarles un solo dólar exigiendo el inmediato retorno a la civilización, es decir, a Marte. Los dos astronautas argumentaban a su vez que el único culpable de lo sucedido era el norteamericano, y que ellos habían cumplido escrupulosamente con su compromiso, al tiempo que le ofrecían la posibilidad de borrar las filmaciones del descenso y grabarlo de nuevo, siempre y cuando él no volviera a comportarse de forma tan poco airosa.

Pero Sandeman era extremadamente desconfiado, y además temía con bastante razón que el vértigo volviera a jugarle una mala pasada. Puesto que carecía de argumentos, recurrió a la única táctica que conocía: Las amenazas, jurando a los astronautas hundirles su carrera y contratar a los peores sicarios de todo el Sistema Solar para que acabaran con sus vidas.

Por desgracia para él, se enfrentaba con dos tipos duros de pelar acostumbrados a sobrevivir en un medio tan hostil como era el cinturón de asteroides. Éstos respondieron a sus amenazas recordándole que en su irresponsabilidad había podido llegar a matar a Salazar, lo cual era motivo suficiente para encontrarse con una denuncia por intento de homicidio... De lo cual darían fe las grabaciones efectuadas por las cámaras de la nave. No se arredró Sandeman ante este envite, confiado como estaba en su probada capacidad para culebrear por los oscuros entresijos de la ley siempre en beneficio propio; perro viejo como era, a su falta absoluta de escrúpulos sumaba una notoria habilidad para conseguir ser tratado con extrema benevolencia por parte de los jueces. De hecho, presumía con orgullo de no haberse tropezado jamás con nadie a quien no hubiera podido comprar. ¿Acaso ignoraban estos dos muertos de hambre que sus venales, pero eficientes, abogados eran perfectamente capaces de hundirlos en la más absoluta de las miserias a poco que lo intentaran?

Pero Salazar y da Vico no eran ni mucho menos tan ingenuos como el torticero yanqui creía. Ciertamente era poco realista pensar que pudieran ganar un pleito por homicidio al *Rey de las hamburguesas de avestruz*, respaldado como estaba por uno de los mejores y menos escrupulosos gabinetes jurídicos de todo el Sistema Solar, pero el *Alcaudón* se encontraba en esos momentos lejos de cualquier sitio habitado, y él estaba a su vez en sus manos... ¿Qué tal le sentaría un paseo espacial sin escafandra? Según decían, se trataba de una agonía espantosa. Claro está que los astronautas tendrían que

inventarse una historia para justificar que su muerte se había debido a un trágico e involuntario accidente, pero eso no resultaría demasiado difícil contando con la grabación en la que se apreciaba cómo Sandeman atacaba sin ningún motivo aparente al astronauta español arrancándole la tráquea del depósito de oxígeno. Así pues, alegarían defensa propia. Evidentemente tendrían que enfrentarse a las marrullerías de los abogados del finado, pero ése sería un problema suyo, ya que al difunto Sandeman habrían dejado de preocuparle esas minucias.

Difunto y deshonorado, añadió con saña Salazar, puesto que la divulgación de las imágenes del descenso al asteroide podrían ser emitidas por las principales cadenas de televisión, sometiendo a escarnio público al *honorable* -escupió esta palabra- frente a miles de millones de espectadores.

Resultaría difícil determinar cuál de estos dos argumentos fue la clave que permitió vencer finalmente la terquedad del corrido magnate; fuera el temor a la muerte o fuera la vergüenza por hacer el más espantoso de los ridículos, el hecho cierto es que acabó aviniéndose a razones... Relativamente, que tampoco era cuestión de dar su brazo a torcer así como así. Pero Sandeman sabía que sus anfitriones eran perfectamente capaces de cumplir con sus amenazas y, lo mirara como lo mirara, estaba en sus manos. Así pues, las dos partes llegaron finalmente a un acuerdo razonablemente desagradable para ambos: Sandeman pagaría exclusivamente los costes del flete del *Alcaudón*, pero no el resto de la cantidad pactada que habría constituido el beneficio de Salazar y da Vico. Éstos, a cambio, le entregarían las grabaciones del accidentado descenso a la superficie del asteroide, y a partir de entonces pelillos a la mar...

Claro está que tanto una parte como la otra podrían intentar, y no precisamente por falta de ganas, engañar a la contraria; pero a ninguno de ellos le interesaba. Sandeman salvaba tanto su honor como su pellejo sin que resultara demasiado gravoso para su bolsillo (a pesar de ser millonario, o quizá precisamente a causa de ello, era extremadamente tacaño) y, en caso de ser traicionado, siempre dispondría de suficientes medios para vengarse, habida cuenta sus conocidos contactos con lo más selecto de los bajos fondos. Los astronautas, al menos, conseguían cubrir gastos aunque no ganaran dinero -en realidad sí rebañaban algo, no iban a ser tan tontos- lo cual, dadas las circunstancias en las que se había desarrollado el viaje, era lo mejor que les podía ocurrir. Y unos y otro se perdían mutuamente de vista, que no era sino eso lo que estaban deseando.

Días después el *Alcaudón* aterrizaba en Marte. La despedida de Sandeman resultó ser, dadas las circunstancias, casi cordial; en manos de los astronautas quedaba un cheque que éstos se apresuraron a cobrar, mientras Sandeman recibía las comprometedoras cintas que, asimismo, se apresuró a destruir. Ambas partes cumplieron escrupulosamente con el pacto, no se sabe si por honradez o, más bien, por

temor los unos a los matones del yanqui, y el otro a la divulgación de una posible copia de las cintas que, efectivamente existía... Pero esto resultaba ya irrelevante. Lo cierto es que Sandeman retornó a la Tierra renunciando a su pretensión de ser el primero en poner el pie en un astro virgen, y Salazar y da Vico siguieron ahogando sus penas en los tugurios marcianos como si nada hubiera ocurrido. Al fin y al cabo, ya estaban acostumbrados a ello.

ALEA JACTA EST

-Entonces, ¿aceptan?

Miguel Salazar miró de soslayo a su compañero Luigi da Vico, tragó saliva y respondió apenas con un hilo de voz.

-Aceptamos... Pero quede claro que tiene que ser en las condiciones que le hemos dicho. No queremos líos con la Policía Interplanetaria.

-¡Por supuesto! ¡Por supuesto! -exclamó su interlocutor soltando una risotada- Amigos, les puedo asegurar que se trata de un negocio completamente honrado.

En realidad, los dos astronautas tenían la plena seguridad de que no era así; pero la vida en el cinturón de asteroides era dura, y ellos se encontraban acosados por las deudas... Lo que, por cierto, no tenía nada de excepcional. Pero las autoridades portuarias de Ceres estaban comenzando a ponerse francamente pesadas exigiéndoles el pago de las tasas de amarre del *Alcaudón*, razón por la cual les urgía poner tierra -o por hablar con mayor propiedad, *espacio*- por medio antes de que las cosas se pusieran demasiado feas. La oferta que les acababan de hacer olía a chamusquina a varios kilómetros de distancia, pero para su desgracia carecían de cualquier posible alternativa y necesitaban imperiosamente aceptar cualquier tipo de trabajo por más que éste tuviera un aspecto turbio. Al fin y al cabo, ellos estaban más que acostumbrados a culebrar por el estrecho filo -en los asteroides no tan estrecho- que separaba la ley del delito; pero pese a todo, tenían que intentar mantener intacta su reputación... Y de paso, regatear cuanto les fuera posible.

Por desgracia para ellos, su oponente era perro viejo en estas lides, y no había habido manera humana de exprimirlo. Claro está que esto no era de extrañar; él había buscado precisamente a unos astronautas que estuvieran en apuros, que no fueran demasiado escrupulosos y, lo más importante de todo, que no estuvieran en condiciones de exigir, sino simplemente de aceptar... Y Ceres no era tan grande como para que los dueños del *Alcaudón* pudieran ocultar que carecían de dinero incluso para comprar el combustible necesario para la nave. Varados a la fuerza en el asteroide desde hacía meses, a fuerza de mendigar encargos habían acabado llamando a la puerta de Maun Stöll, uno de los más significados mafiosos de todo el cinturón.

Propietario de una red de prostíbulos, casas de juego y salas de espectáculos de más que dudosa reputación, eso sin contar con todos los negocios ilegales que se le atribuían, Maun Stöll era un personaje a tener en cuenta... Para evitar tropezar con él.

Ciertamente Salazar y da Vico hubieran deseado poderlo hacer así, pero la necesidad apretaba... Y cuánto.

El Templo de Baco, lugar en el que se encontraban, era uno de los más reputados garitos de Puerto Ceres y la perla de la corona del imperio de Stöll. Allí habían sido citados, siendo recibidos no por éste -Stöll jamás se involucraba directamente en sus *negocios*- sino por uno de sus lugartenientes, formalmente el dueño del local -frente a la ley Stöll era más insolvente que una paloma- pero en la práctica un simple matón a las órdenes de su jefe. Aunque respondía al apelativo de *Friendly* -muy pocos conocían su verdadero nombre-, su imperturbable rostro de póker, que no alteraba ni tan siquiera cuando soltaba alguna de sus estruendosas carcajadas, advertía bien claramente que no resultaba conveniente burlarse de él... Y desde luego, ni Salazar ni da Vico sentían el menor deseo de hacerlo.

La propuesta de su interlocutor era tan sencilla como sospechosa. Oficialmente partirían de Ceres, rumbo a Marte, con un cargamento de mercancías diversas destinadas a una empresa propiedad -bajo testafierro- de Stöll... La cual, en realidad, no era sino una tapadera para sus actividades de contrabando. Pero eso era algo que no importaba demasiado, puesto que los contenedores tan sólo transportaban piedras y papeles viejos. La verdadera misión del *Alcaudón* consistiría en reunirse con una astronave, propiedad también de Stöll, en mitad del espacio, recibiendo a bordo un visitante al cual deberían trasladar directamente a Eureka, uno de los asteroides troyanos de Marte. Una vez desembarcado el pasajero deberían continuar su camino hacia Marte entregando la *mercancía* a su destinatario, tras lo cual cobrarían la cantidad acordada por su trabajo. De momento tan sólo percibirían, a modo de anticipo, el dinero necesario para liquidar sus deudas y aprovisionar el *Alcaudón* con el combustible y los avituallamientos precisos -la despensa de la nave tan sólo almacenaba telarañas-, junto con un pequeño remanente en metálico para que pudieran correrse su última jugada en Ceres.

Aunque Salazar y da Vico eran lo suficientemente precavidos como para no mostrar más interés que el estrictamente necesario, manifestaron eso sí sus reparos, más retóricos que reales, ante la posibilidad de verse involucrados en una actividad ilegal... Como tenía todo el aspecto de ser.

Friendly los tranquilizó, también de forma retórica, explicándoles que unos científicos al servicio de Stöll sospechaban que en Eureka pudieran existir importantes yacimientos de iridio, y que la persona a la cual debían transportar allí era un minerólogo encargado de analizar muestras tomadas *in situ*. La razón del secreto no era otra que la de evitar posibles espionajes industriales por parte de empresas rivales, ya que la compañía fiduciaria de Stöll no deseaba registrar a su nombre los derechos de explotación minera hasta no asegurarse de la rentabilidad de los yacimientos. Pero si

alguna nave de la compañía, o de cualquiera de sus filiales, era vista por las cercanías del asteroide, llamaría inevitablemente la atención de sus competidoras, mientras el *Alcaudón* no despertaría sospechas. Si alguien los descubría merodeando por las cercanías de Eureka, siempre podrían alegar que se dirigían allí con objeto de reparar una avería, circunstancia ésta bastante verosímil dada la decrepitud de la sufrida astronave.

En cuanto al pasajero, su responsabilidad hacia él concluiría en el mismo momento en que lo desembarcaran en la superficie del asteroide. Él llevaría consigo un equipo de supervivencia incluyendo un habitáculo presurizado, todo un lujo asiático por esos andurriales, junto con el instrumental científico necesario para desempeñar su trabajo. Esta labor la desempeñaría completamente solo para no llamar la atención, y ya se encargarían sus compañeros de recogerlo una vez les hubiera enviado por radio un mensaje cifrado comunicándoles la naturaleza de sus resultados... Una vez que estuviera registrado el asteroide a nombre de la compañía, si los análisis eran positivos, o descartado esto si resultaban negativos, ya no sería necesario mantener ningún secreto. Por entonces el *Alcaudón* habría rendido ya viaje en Marte, y todos quedarían contentos.

Huelga decir que los astronautas no se tragarón la bola; llevaban ya demasiados años sobreviviendo en el cinturón de asteroides como para ser tan ingenuos. La historia estaba tan bien contada, y resultaba tan bonita, que proclamaba a gritos su falsedad. Ahora bien, el riesgo parecía ser razonablemente pequeño -en otras más gordas se habían visto involucrados los dos camaradas en más de una ocasión- y el *trabajo* les proporcionaría liquidez monetaria para una buena temporada. No era que Salazar y da Vico carecieran de escrúpulos; simplemente, no se podían permitir el lujo de tenerlos en cuenta. Así pues, aceptaron.

* * *

-A mí me sigue oliendo a chamusquina. -objetó da Vico a su amigo sin apartar los ojos de la pantalla visora- Todo puede ser que tengamos que arrepentirnos de lo que estamos haciendo.

-¿Y qué querías? ¿Que nos embarcaran el *Alcaudón* y nos encerraran por insolventes en la penitenciaría de Vesta? A mí también me dan reparos, pero al buen hambre no hay pan duro.

-En fin. -suspiró filosóficamente el italiano- Para bien o para mal, ya hemos cruzado el Rubicón... Porque Stöll no es de los que perdonarían que nos echáramos para atrás.

Y así quedó zanjada la conversación. Habían pasado veinticuatro horas desde que el *Alcaudón* abandonara Ceres, y se aproximaban al punto de reunión designado para la cita. La nave de Stöll todavía no era visible en el radar, pero eso no significaba demasiado; era un secreto a voces que, a pesar de estar tajantemente prohibido por la Policía Interplanetaria, todos los contrabandistas tenían instalados en sus naves sistemas deflectores de las ondas de radar. Y como evidentemente tampoco pintaban los cascos con colores chillones ni los engalanaban con focos luminosos, estaba claro que no descubrirían la existencia de su visitante hasta que literalmente no se toparan de narices con ella.

Eso precisamente fue lo que ocurrió. Una comunicación por radio y el intercambio de las convenidas contraseñas les alertó de la presencia de la astronave, a la cual pudieron detectar, una vez advertidos, gracias tan sólo a la ocultación por ella de un puñado de estrellas... Porque estaba realmente cerca. Los tripulantes del *Alcaudón* no quisieron pensar siquiera lo que hubiera podido ocurrirles de ser ésta hostil; por fortuna se encontraban, siquiera momentáneamente, en el mismo bando.

La astronave contrabandista -porque no les cabía la menor duda de su naturaleza- era un estilizado huso de color negro al lado del cual el rechoncho y remendado *Alcaudón* semejava ser un informe motón de chatarra. Saltaba a la vista que era infinitamente más veloz y maniobrero que el destartado carguero, y sus sistemas de camuflaje debían de ser prácticamente perfectos. ¿Por qué entonces tanto teatro?

Siguiendo las instrucciones que les enviaban por radio, los astronautas maniobraron hasta dejar al *Alcaudón* paralelo a la otra nave, tras lo cual los tripulantes de ésta la aproximaron hasta que los cascos prácticamente se rozaron... Operación que erizó el vello a Salazar y da Vico, puesto que a ellos les hubiera resultado imposible hacerlo sin correr el riesgo de estrellar su viejo cacharro contra la nave vecina, y no precisamente por falta de experiencia, sino debido a la falta de maniobrabilidad del *Alcaudón*.

No habría más de cinco metros de separación entre las dos escotillas cuando ambos pilotos las abrieron de forma simultánea. Abordar una nave en pleno espacio se podía hacer de varias maneras distintas dependiendo de la habilidad del astronauta: Para los más torpes existía la posibilidad de desplegar un túnel flexible que uniera ambas, pero los astronautas profesionales presumían de hacerlo con la única ayuda de un cable guía o, los más expertos, saltando a cuerpo limpio, para lo cual era necesario poseer un entrenamiento que evitara estrellarse contra el casco del buque abordado o contra las mamparas internas de la cámara de descompresión que separaba la escotilla del resto de la nave.

Puesto que sus interlocutores no habían dicho nada al respecto, Salazar y da Vico ignoraban la forma en la que iba a ser efectuado el abordaje. Más valía que no les

pidieran desplegar el túnel, porque carecían de él, y tampoco contaban con la mayor parte de los anclajes necesarios para sujetar el ajeno, dado que los habían ido perdiendo en el transcurso de diferentes reparaciones. Total, ¿cuántas veces tenía lugar un abordaje en pleno vuelo?

Sin embargo, sí era previsible que les largaran un cable. Aunque el mecanismo de sujeción era automático, mostraba una desagradable tendencia a funcionar mal. Por esta razón, da Vico conectó las cámaras laterales con objeto de vigilar que el anclaje se realizara de forma correcta, rogando no tener que verse obligado -en esta ocasión el turno le correspondía a él- a enfundarse el traje espacial y salir para enganchar el cable a mano.

Pero esto no resultó necesario, ya que la figura que surgió de la escotilla de la otra nave salvó limpiamente de un salto la distancia que le separaba de su destino.

-¡Vaya! -gruñó Salazar- Nuestro desconocido amigo no es ningún pato.

Pato era el calificativo que los astronautas profesionales aplicaban de forma peyorativa a los profanos, aludiendo a su inevitable torpeza en el espacio.

-Ni probablemente un minerólogo. -remachó su amigo en un tono no menos sombrío- Bien, voy a cerrar la escotilla.

-¡Espera! -le interrumpió el español- Viene alguien más.

-¿Cómo que viene alguien más? Esto no era lo acordado.

Pero era cierto. Una segunda figura de gran envergadura acababa de saltar al interior de la esclusa del *Alcaudón*, sin tanta habilidad como su compañero pero asimismo sin necesidad de auxilio externo.

-Esto me huele a chamusquina...

-Chamusquina o no, mucho me temo que tiene ya poco remedio. Habrá que ir a recibirlos... Y te toca.

Rezongando por lo bajo, da Vico no hizo ademán siquiera de levantarse.

-Antes tengo que cerrar la escotilla... Si es que no tenemos más visitantes.

-Espero que no. -respondió su amigo- ¡Pero tendrán cara estos tíos! -exclamó indignado- ¡Pues no la han cerrado ellos!

Aunque las normas de etiqueta eran sumamente escasas y laxas entre el colectivo de los astronautas, algunos comportamientos estaban especialmente mal vistos, y uno de

ellos era precisamente el de actuar en astronaves ajenas como si se estuviera en la propia.

-No han hecho más que llegar, y ya me están cargando. -explotó Salazar, siempre más irascible que su compañero- ¡Maldita sea la hora en la que nos embarcamos en esta historia!

-De no haberlo hecho, a estas alturas tendríamos el *Alcaudón* embargado, y probablemente nosotros estaríamos encerrados por insolventes. -respondió filosóficamente el italiano- En fin, voy a recibir a estos *señores*.

No hizo falta, ya que los dos *señores* se presentaron inopinadamente en la cabina; en lugar de esperar en la esclusa desembarazándose de los trajes espaciales, habían optado por atravesar la astronave, todavía enfundados en éstos, limitándose a quitarse las escafandras... Un nuevo gesto de descortesía hacia sus anfitriones.

Y por si fuera poco, su presentación no fue precisamente amable.

-¿Qué hacen ustedes que no han abierto todavía las compuertas de la bodega? -les espetó el que parecía llevar la voz cantante- Tengo que trasbordar mi equipo, y no vamos a estar esperando todo el día.

-Un momento, señor... -saltó da Vico anticipándose a su irritado compañero- Lo menos que podría hacer es presentarse, y explicarnos por qué razón ha traído a un acompañante cuando le esperábamos a usted solo.

-Está bien. -respondió el desconocido sonriendo torvamente- Pueden llamarme Smith, y *Smiley* -añadió, señalando con displicencia al gorila que había quedado apostado en el quicio de la puerta- es mi ayudante. Y ahora... ¿Les importaría abrir las compuertas de la bodega? Mis compañeros están aguardando para trasladar el equipo.

Bufando ostensiblemente Salazar dio un manotazo al interruptor, pero no dijo nada. Su irritación era tal, que optó por guardar prudentemente silencio.

-Bien, las compuertas ya están abiertas. -explicó da Vico- Y ahora, supongo que estarán más cómodos si se quitan los trajes.

-*Smiley*, ve a quitártelo. -fue la escueta respuesta de Smith- Yo me quedaré acompañando a estos caballeros; el instrumental que traigo conmigo es muy delicado, y no desearía que se estropeará. Así pues, si no les importa, prefiero supervisar desde aquí la descarga. Tiempo habrá más adelante para quitarme el traje una vez hayamos partido rumbo a Eureka.

En realidad a Salazar y da Vico sí les importaba bastante sentirse vigilados por un extraño en su propia nave, pero poco era lo que podían hacer para impedirlo; eso sí, comenzaban a tener meridianamente claro que éste no iba a ser un viaje fácil.

* * *

Durante los primeros días de viaje la vida en el *Alcaudón* se desarrolló sin incidentes, a no ser que se considerara como tal el hecho de que Smith se hubiera adueñado en la práctica de la misma... Porque, lejos de comportarse como un pasajero, era él quien daba las órdenes hasta para los detalles más nimios, y no se molestaba en absoluto en disimularlo. En condiciones normales Salazar y da Vico no se lo hubieran consentido, pero pronto descubrieron la verdadera naturaleza del *trabajo* de *Smiley*, un armario humano con tantos bíceps como escaso cerebro cuyo apodo no dejaba de ser una ironía, dado que no sólo no sonreía sino que ni tan siquiera hablaba, excepción hecha de contados monosílabos y sólo como respuesta a preguntas u órdenes directas de su amo. Por desgracia para los astronautas la cortedad de su intelecto corría pareja con lo impresionante de su musculatura, y frente a los convincentes *argumentos* de sus gigantescos puños los propietarios del *Alcaudón* optaron prudentemente por tragarse el orgullo dejando hacer a Smith.

Éste, por su parte, se limitaba a vigilar que el *Alcaudón* no se desviara de la ruta prevista. En cuanto al pedazo de carne que atendía por *Smiley*, no resultaba ser muy diferente de cualquier otro mueble mientras no recibiera ninguna orden de su amo. Por lo demás los astronautas no eran molestados, e incluso sus dos pasajeros no mantenían con ellos la menor relación social... Siendo recíprocamente correspondidos.

Todo marchó bien hasta el quinto día de viaje. Aprovechando uno de los escasos momentos en los que tanto Smith como su hierático cancerbero los dejaban libres, los dos astronautas rumiaban sus penas consolándose mutuamente.

-Así que un minerólogo... -se lamentaba Salazar- A saber qué será en realidad este fulano, y lo que pretende hacer en Eureka. ¿Sabes que he consultado la base de datos del ordenador? Resulta que Eureka es un asteroide condrítico. En ese jodido pedrusco no hay ni rastro de metales, sea iridio o cualquier otro. Nos han engañado como a chinos.

-Eso no es asunto nuestro. -respondió da Vico- Mientras cumplan con su parte del trato y desembarque en Eureka, ya pueden ser los mafiosos más peligrosos del Sistema Solar. Esto es algo que no nos importa en absoluto.

-A nosotros no, pero a la Policía Interplanetaria probablemente sí. Si nos pillan no creo que fuéramos a pasarlo demasiado bien, y maldito lo que me apetece que nos

viéramos pringados en un asunto de contrabando, si no de algo peor. Imagina lo que podemos llevar en la bodega sin saberlo; desde luego, instrumental científico no.

-La curiosidad mató al gato. -oyeron decir a sus espaldas a Smith- Por cierto, olvidaron cerrar la puerta de la cabina. Yo les recomendaría que, por su propio interés, se abstuvieran de indagar sobre mi misión. Les aseguro que, si cumplen mis instrucciones, no les ocurrirá nada, y podrán cobrar el dinero que les prometieron, probablemente con creces.

-Señor Smith, creo que ya va siendo hora de que nos sinceremos. -respondió da Vico, el más templado de los dos compañeros- De sobra sabíamos, cuando aceptamos el trabajo, que no íbamos a trasladar a un minerólogo a Eureka. Asumimos el riesgo, y créame que maldito lo que nos importa lo que podamos llevar en la bodega, o lo que pretenda hacer usted con ello; lo que no queremos, es vernos perjudicados por ello. Nos basta con llevarlo hasta su destino y largarnos acto seguido a Marte, olvidándonos de todo excepto de cobrar el dinero.

-Sabia decisión, amigos míos. -respondió con sorna el pasajero- Y una actitud muy útil a la hora de preservar el pellejo en un ambiente tan duro como es el cinturón de asteroides. Ya puestos a sincerarnos -continuó- voy a confesarles una cosa: No nos dirigimos a Eureka. En realidad nuestro verdadero destino es Ganímedes, por lo que les ruego procedan a modificar el rumbo.

Al oír nombrar al satélite de Júpiter ambos astronautas sintieron que un jarro de agua helada se vertía sobre sus cabezas.

-¡Ganímedes! -exclamó Salazar con un hilo de voz- ¿Está usted loco? Tropezaríamos cincuenta veces con las patrulleras de la Policía Interplanetaria, y no creo que sea algo que ni a usted ni a nosotros nos interese en absoluto. Además, eso no entraba en el trato. Yo personalmente, me niego.

-Amigos míos, no sean ustedes ingenuos. -el tono de voz empleado por Smith era engañosamente meloso, pero tras él ocultaba una velada amenaza- ¿Creen ustedes que, de habérselo dicho desde un principio, hubieran aceptado?

-Por supuesto que no. -terció da Vico- Se trata de una empresa sumamente peligrosa. Una cosa es trapichear con algo de contrabando por el interior del cinturón, prácticamente todos lo hacen y la Policía Interplanetaria suele hacer la vista gorda, y otra muy distinta intentar colarse de matute en uno de los lugares más vigilados del Sistema Solar y luego salir de allí sin que nadie se entere. ¿Sabe que nuestro permiso de navegación no incluye el sistema de Júpiter? No sólo nos ha engañado, sino que no contento con ello pretende además que le obedezcamos... Lo siento, pero estoy con mi compañero.

-Les aseguro que ustedes están tan interesados como yo en que este cargamento llegue intacto a su destino. Si nos interceptara la Policía Interplanetaria ustedes recibirían el mismo trato que yo, sin que les valiera excusar ignorancia o coacción... Las autoridades suelen ser muy severas habiendo teocaína por medio.

Teocaína... La droga de los dioses. La droga perfecta, que proporcionaba auténticos paraísos artificiales sin crear la menor adicción. La sustancia más maldita de toda la historia de la humanidad. Su método de elaboración no podía ser más atroz: Procedía de cerebros humanos vivos, y la obtención de una sola dosis exigía la muerte de un buen puñado de personas. En realidad la teocaína no era sino una endorfina (la droga natural del cerebro) muy mejorada... ¡Pero qué forma de mejorarla! Se inyectaba a un paciente determinadas sustancias químicas, y posteriormente se le estimulaba de forma artificial el cerebro. El paciente entraba en éxtasis produciendo unas endorfinas modificadas mucho más potentes que las normales, y justo entonces se le asesinaba, se le extirpaba el cerebro y, tras un sofisticado proceso químico, se obtenía una minúscula cantidad de teocaína pura... Al precio de una vida humana.

Por supuesto, el tráfico y consumo de teocaína estaba absolutamente prohibido y ambos eran considerados como asesinatos en primer grado, castigándose con una cadena perpetua en la penitenciaría de Caronte, la más dura de todo el Sistema Solar. Pero pese a la persecución policial existía un mercado negro de teocaína sostenido, según se decía, por un puñado de millonarios degenerados, los únicos que podían permitirse el lujo de pagar la exorbitante cantidad que costaba una sola dosis de esta droga. Y tal como ha ocurrido desde que el mundo es mundo, siempre se podrá conseguir lo que se desee, por muy prohibido que esté, sin más que teniendo el dinero suficiente para pagarlo.

Dado el sanguinario método de obtención de la droga, ésta sólo podía ser obtenida en lugares muy determinados, uno de los cuales era la tierra de frontera del cinturón de asteroides. Puesto que la vigilancia policial era muy estricta lo difícil era hacerla llegar a la Tierra, bien directamente, bien a través de algún otro lugar, tal como Marte o Júpiter, cuyas rutas con nuestro planeta estuvieran menos controladas. Y a Salazar y a da Vico les habían endosado el muerto de trasladar clandestinamente un cargamento de teocaína hasta Ganímedes...

-Estoy con mi compañero. -zanjó con vehemencia el astronauta italiano- No estamos dispuestos a colaborar en este delito.

-¡No sean estúpidos! -el tono de voz de Smith se había tornado glacial- Ya están metidos hasta el cuello en esto, y lo que les interesa es salvar el pellejo y de paso ganarse un dinero que buena falta les hace. Además, el riesgo es mínimo; tenemos contactos en la Policía Interplanetaria, y todo está preparado para que no tengamos el

menor tropiezo de aquí a Ganímedes... Bueno, en realidad ni siquiera tendremos que aterrizar en el satélite, ya que transbordaremos el cargamento en órbita. Ya ven que la cosa resultará extremadamente fácil.

-Entonces, ¿por qué no lo hicieron con una nave suya? -preguntó Salazar- ¿Por qué nos metieron en esto?

-Porque no queríamos correr más riesgos de los necesarios, y un carguero independiente siempre despertaría menos sospechas que una de nuestras naves. Aunque tenemos un cierto grado de control sobre la Policía Interplanetaria, siempre conviene no pasarse de listos. Además, ya les he dicho que no nos va a pasar nada... Mis jefes son los primeros interesados en que el cargamento llegue intacto a su destino.

-Y después, ¿qué? -insistió da Vico- Nosotros no tenemos licencia para operar en el sistema de Júpiter. ¿Qué pasaría si la Policía Interplanetaria nos intercepta durante la vuelta?

-Eso es muy poco probable, y en cualquier caso se trataría de una infracción menor. Carentes de pruebas, supondrían que se trataba de un simple caso de contrabando.

-Claro. Y nos retirarían la licencia y nos requisarían el *Alcaudón*. -gruñó Salazar- ¿Le parece a usted un problema menor? Nosotros vivimos de esto.

-La vida siempre supone un riesgo. -respondió cínicamente Smith- Y alguno tenían que correr. Pero puedo hablar con mis superiores para que sus esfuerzos sean recompensados generosamente.

-El problema estriba en que no estamos dispuestos a hacerlo. -remachó da Vico con firmeza- Puede que hayamos bordeado la ley en más de una ocasión, pero no somos unos asesinos. El cargamento que llevamos en la bodega está manchado con la sangre de muchos inocentes. No, no aceptamos su oferta.

-Más les valdría obedecerme ahora que todavía están a tiempo. -en la mano de Smith había aparecido una pistola de aguja con la que apuntaba a los astronautas- Ah, y si piensan que son dos contra uno, olvídenlo. Detrás de la puerta está *Smiley*; no lleva armas de ningún tipo, pero le basta con sus puños; y les aseguro que se pone muy nervioso cuando piensa que yo pueda sufrir algún daño.

-Adelante. Mátenos. -retó Salazar- Al fin y al cabo, nada nos garantiza que no vayan a hacerlo una vez que les hayamos entregado la droga. Dejarnos en libertad supondría contar con unos testigos muy molestos.

-No lo dude; no vacilaríamos ni un instante en eliminarlos si supusieran un obstáculo para nuestros planes. Pero no somos sanguinarios, y no nos gusta la violencia innecesaria. Una vez entregado el cargamento ustedes resultarán inofensivos, primero porque se cuidarán de mantenerlo en secreto por la cuenta que les trae, y segundo porque si le fueran con el cuento a la Policía Interplanetaria ésta no les creería al no existir ninguna prueba. ¿A quién iban a denunciar, al señor Smith? Además, nos interesan más vivos. ¿Quién sabe si en un futuro no podemos necesitar de nuevo sus servicios?

-¡Canalla! -exclamó Salazar abalanzándose sobre él.

El hampón ni se inmutó, disparándole un tiro al estómago. El astronauta cayó al suelo, encogiéndose, con un rictus de dolor en el rostro.

-Y usted, -ordenó el asesino a da Vico, que intentaba auxiliar a su compañero- no cometa la misma tontería que su amigo y quédese donde está sin mover un solo músculo. No se preocupe; le herida no es mortal, me aseguré de ello... Siempre y cuando reciba asistencia médica a tiempo. Le propongo un trato: Si conduce la nave hasta Ganímedes, le permitiré introducir a su amigo en el autodoc. Si no acepta, le verá morir desangrado delante suyo.

-Está bien. Usted gana. -se rindió el italiano con los ojos inyectados en sangre- Pero déjeme atenderlo primero.

-Como desee. -concedió displicentemente Smith- Pero tenga presente que, si no obedece mis instrucciones, desconectaré el autodoc y su amigo morirá. ¡Smiley! -ordenó al gigantesco guardaespaldas- Ayúdale a llevar a su amigo.

El autodoc era un instrumento diseñado para salvar la vida a los astronautas en caso de emergencia. En realidad no se trataba de un médico automático, como parecía deducirse de su nombre, pese a contar con un equipo de primeros auxilios; básicamente era una cápsula de hibernación donde se introducía a la persona enferma o herida con objeto de preservarla en el mejor estado posible hasta que pudiera ser atendida en un hospital. De instalación obligatoria en todas las naves el *Alcaudón* contaba con uno, pero dada la desidia con la que Salazar y da Vico afrontaban el mantenimiento de los sistemas no esenciales con los que estaba equipada su nave, no hubiera sido disparatado descubrir que no funcionaba... Pensó con angustia da Vico.

Por fortuna, no ocurrió así. Al menos, Salazar ya no correría peligro.

-Y ahora, si no le importa, enfilemos rumbo a Ganímedes. -exigió Smith con falsa amabilidad, una vez de vuelta en la cabina.

-Usted gana. -gruñó desganadamente el astronauta- Aunque preferiría que la nave viajara sola; me ahorraría un mal trago.

-¡Amigo, me acaba de dar una idea! Esta nave tendrá piloto automático, supongo.

-Claro; todas lo llevan. Pero lo llamamos el piloto de los tontos, y sólo lo usamos en caso de emergencia.

-Considere esto una emergencia. Puesto que no me fío de usted, y supongo que comprenderá las razones, quiero que lo programe para conducir la nave hasta una órbita en torno a Ganímedes.

-Eso no es posible. No puedo programarla desde aquí con la suficiente precisión.

-No importa. Encamínela hacia Ganímedes y, cuando lleguemos allí, ya le diré las coordenadas concretas de la órbita. Mientras tanto, prefiero tenerlo encerrado en su camarote.

-Está bien. -concedió da Vico- Pero, ¿cómo puede saber usted que no le engaño al programar las coordenadas?

-Porque quiero que aparezca en la pantalla, con letras bien grandes, la palabra *Ganímedes* junto con las coordenadas orbitales. Sé que es así como funciona el piloto automático, para que incluso cualquiera que no sea piloto pueda dirigir la nave a su destino.

-En ese caso, ¿por qué no lo hace usted mismo? No me necesita a mí para nada.

-Prefiero que sea usted quien lo programe. -respondió cínicamente el gángster- así resultará más difícil cometer un error.

-Como desee. -el astronauta se encogió ostensiblemente de hombros- Tan sólo hay que conectar el piloto automático y decirle el astro al que queremos ir. -explicó mientras tecleaba las instrucciones- ¿Lo ve? Ya está programado. El piloto automático se desconectará cuando estemos a una distancia de millón y medio a dos millones de kilómetros de nuestro destino; el resto del vuelo tendrá que ser pilotado de forma manual.

-No se preocupe por eso; no tendremos que acercarnos mucho más a Ganímedes. Mientras tanto, prefiero tenerlo encerrado en su camarote. Acompañe a *Smiley*. ¡Ah! Recuerde que tanto su vida como la de su amigo dependen de que el viaje concluya con normalidad.

-Le aseguro que no podría olvidarlo aunque quisiera. -escupió el piloto al tiempo que abandonaba la cabina camino de su improvisado calabozo.

* * *

El tiempo transcurría monótonamente en el *Alcaudón*, con Salazar hibernado en el autodo y da Vico matando las horas leyendo u oyendo música en la soledad de su camarote, el cual abandonaba tan sólo para comer o para realizar sus necesidades fisiológicas, siempre bajo la tenaz vigilancia del hosco *Smiley*. Y, aunque su situación no podía parecer más comprometida, no por ello dejaba de tomarse las cosas con filosofía.

Ocurrió finalmente durante la tercera noche -según el horario particular del *Alcaudón*- de su encierro. El astronauta italiano estaba durmiendo plácidamente en su litera, cuando le despertaron una serie de gritos e imprecaciones procedentes de la parte delantera de la nave. Apenas unos instantes después, un excitado Smith aporreaba salvajemente la puerta del camarote tras fracasar en su intento de abrirla.

-¡Da Vico, canalla! ¡Abra inmediatamente o lo mato ahora mismo!

“No sé cómo ibas a poder hacerlo, cabrón”. -pensó el italiano, felicitándose por la existencia de un sencillo cerrojo en la parte interior de la puerta, el cual había tenido la precaución de echar.

-¡Abra ahora mismo o mato a su compañero! ¿Me escucha? No pienso volverlo a repetir.

“Y si abro, nos matarás a los dos”. -se dijo, lamentándose de no poder hacer más por Salazar- *“En fin, que sea lo que Dios quiera”*.

-¿Qué ocurre? -respondió al fin fingiendo ignorancia.

-¿Qué va a ocurrir? Que tenemos a una patrullera de la Policía Interplanetaria a tiro de piedra; y lo que es peor, no sé cómo han desconectado el piloto automático y han tomado el mando de la nave por control remoto. ¡Van a abordarnos de un momento a otro! -gritó el hampón al borde mismo de la histeria- ¡Abra ahora mismo o echamos la puerta abajo!

“Cuanto más nervioso estés, más a mi favor... Y al de Miguel. Ojalá los policías sean rápidos”.

-¡Da Vico, salga ya de una maldita vez! -Smith era ya un guiñapo humano- ¡Tiene que hacer algo! ¡Le prometo diez veces más de dinero! ¡Le doy la mitad del precio del cargamento! ¡Pero por lo que más quiera, sáquenlos de aquí!

“Por mí como si me prometes la Luna, cabrón”.

Y se tumbó en la cama sin hacer el menor caso a los desesperados requerimientos del asustado criminal, esperando tranquilamente la llegada de los policías.

* * *

-Díganme, ¿qué es lo que voy a hacer con ustedes?

Da Vico y Salazar, este último todavía convaleciente de su reciente intervención quirúrgica, se encontraban sentados frente a Matías M’Babane, comandante en jefe de la Policía Interplanetaria. El despacho de M’Babane, situado en la última planta de la sede marciana de las Naciones Unidas, contaba con un amplio ventanal desde el cual se vislumbraba, varios cientos de metros abajo, el rutilante espectáculo nocturno de Nemanía, la capital administrativa del planeta rojo. Pero los dos astronautas estaban demasiado cohibidos para poder disfrutar del espectáculo que se abría bajo sus pies.

-Técnicamente -continuó el policía- ustedes son cómplices de un delito de tráfico de teocaína, algo que está especialmente penado con cadena perpetua... Claro está, tampoco hay que olvidar que nos han prestado un gran favor al ayudarnos a dismantelar la red mafiosa que la producía y vendía, y eso también debería ser tenido en cuenta.

-Nosotros no sabíamos... -balbuceó Salazar.

-¡No me diga que no sabían en qué berenjenal se estaban metiendo! -le reprendió M’Babane con severidad- No les creo tan ingenuos.

-Es cierto que la cosa olía queapestaba. -intervino a su vez da Vico con apenas un hilo de voz- Pero necesitábamos dinero, y creímos que se trataría de un simple caso de contrabando. Ya sabe usted; bebidas alcohólicas, hachís, metales preciosos, componentes informáticos...

-Ya. Como si eso tampoco fuera delito. -se burló su interlocutor- Pero bueno, he de reconocer que hubiera sido algo mucho menos grave que el tráfico de teocaína. Al menos, no habría asesinatos por medio. Y teniendo en cuenta su precaria situación económica... Estado de necesidad, creo que lo llaman los abogados. -concedió M’Babane con una sonrisa, recordando episodios de su juventud ocurridos más de treinta años antes, cuando él todavía no había ingresado en la Policía Interplanetaria y sobrevivía como astronauta independiente, de forma no muy distinta a como lo hacían los dos atribulados propietarios del *Alcaudón*.

-¿Entonces? -preguntaron a dúo los dos compañeros.

-Bueno, supongo que el juez podría ser benévolo y dejarlo en una pena relativamente leve... Pero no se asusten. -sonrió- No voy a negarles que, aunque fuera de forma involuntaria, ustedes nos han hecho un enorme favor, amén de que doy por supuesto que realmente fueron engañados. Así pues, y dado que les estamos muy agradecidos, hemos decidido no formular cargo alguno contra ustedes. Oficialmente vamos a considerar que fueron secuestrados y obligados a actuar en contra de su voluntad, lo que no se aleja demasiado de la realidad. Eso sí, de lo que no se librarán es de la asistencia al juicio, pero en condición de testigos de cargo, no de acusados.

-Gracias. -suspitaron ambos, sintiéndose repentinamente aliviados.

-¿Saben? -continuó el policía, haciendo caso omiso a la interrupción- Con el abordaje al *Alcaudón* no sólo conseguimos interceptar el mayor alijo de teocaína jamás conocido, sino que también desmontamos una red mafiosa que extendía sus tentáculos hasta las más altas esferas de la Administración, incluyendo varios altos cargos de la Policía Interplanetaria para bochorno del cuerpo. ¿Saben ustedes quién era el misterioso señor Smith? Pues nada menos que Jack Doodley, el lugarteniente de Stöll... El cual, por cierto, ha huido tras saber que su esbirro había cantado de plano. Pero no se preocupen; tiene sus horas contadas. Lo más importante, es que su red mafiosa se ha venido completamente abajo, y habrá de pasar mucho tiempo antes de que él u otros consigan reconstruirla. De paso, hemos conseguido limpiar también a la Policía Interplanetaria de agentes corruptos, hemos echado el guante a varios millonarios degenerados consumidores de teocaína, y hemos desmantelado los laboratorios clandestinos donde se obtenía la droga. En resumen, ha sido el mayor golpe policial de los últimos veinte años, y todo gracias a ustedes aunque fuera de carambola.

-Nosotros... -protestó Salazar.

-No tienen por qué excusarse; yo no creo en los héroes. Cierto es que el azar jugó a su favor, pero la estratagema de Ganímedes fue realmente brillante... Y consiguió burlar a alguien tan astuto y desconfiado como Doodley. -alabó M'Babane dirigiéndose a da Vico- Le aseguro que yo no hubiera podido hacerlo mejor.

-Se me ocurrió de repente. -reconoció el aludido- Aunque, a decir verdad, Smith... digo Doodley me lo puso en bandeja. Quería ir a Ganímedes, y me exigió que conectara el piloto automático... A lo cual accedí gustosamente. -concluyó con una sonrisa de oreja a oreja- Además, poco tenía que perder; cuando la situación es desesperada, no cuesta mayor esfuerzo obrar con audacia.

-Dice usted bien. -concedió el policía- Tal como estaban las cosas, toda prudencia sobraba. ¿Sabían que uno de los contenedores que transportaban en la bodega no contenía teocaína, sino una potente bomba? Ustedes eran unos testigos molestos, y

Doodley tenía previsto desde un principio quitarlos de enmedio; tras transportar el alijo a su nave y haberse puesto él mismo a buen recaudo, habría activado la bomba. El temporizador estaba programado para hacerla estallar una vez se hubieran alejado lo suficiente para hacer desaparecer todas las posibles pistas, y todo lo que hubiera quedado del *Alcaudón* y de ustedes mismos habría sido poco más que un puñado de polvo cósmico. Realmente, han tenido ustedes mucha suerte.

-Por fortuna, -terció el español sin poder evitar que le palideciera el rostro- Doodley ignoraba que el satélite de Júpiter no era el único cuerpo del Sistema Solar con ese nombre, y que existía un segundo Ganímedes en el cinturón de asteroides, concretamente el que hace el número 1.036... Que es justo hacia donde arrumbó Luiggi el *Alcaudón*. El resto fue sencillo; bastó con esperar a que alguna patrullera de la policía nos interceptara.

-También fue una suerte que nuestro *Alcaudón* fuera una nave tan anticuada y estuviera equipada con un sistema de seguridad que hace mucho cayó en desuso. -sonrió da Vico- Gracias a eso Doodley desconocía que, cuando se conecta el piloto automático, entra también en funcionamiento una radiobaliza que emite una señal de socorro a una distancia de varios millones de kilómetros a la redonda, y que en esas circunstancias otra astronave que cuente con el equipo adecuado pueda hacerse con los mandos por control remoto... Se trata de un sistema de seguridad que resultaba sumamente útil en la época en la que se construyó el *Alcaudón*, cuando la navegación por el cinturón de asteroides era todavía peligrosa, pero que hoy en día resulta obsoleto. Por fortuna, las patrulleras de la Policía Interplanetaria continúan contando con el equipo de control remoto...

-Hombre, nunca vienen de más, aunque disponemos también de otros sistemas más sofisticados tales como los rayos tractores... Por suerte, en la Policía Interplanetaria seguimos siendo bastante conservadores. -explicó M'Babane- En cualquier caso, señor da Vico, fue usted sumamente ingenioso. ¿Sabían que Stöll, efectivamente, tenía comprado al responsable de coordinar las rutas de las patrulleras, y que éste se cuidó muy mucho de organizarlas de forma que ninguna de ellas se aproximara a varios millones de kilómetros del *Alcaudón*? De ahí la prisa de Doodley por hacer las cosas, ya que su tiempo era muy limitado. Claro está que, al cambiar ustedes de destino, todo su plan se les vino abajo, máxime cuando además no hacían más que pegar timbrazos...

-Sí, pero nos movíamos sobre el filo mismo de la navaja. Si Doodley hubiera llegado a sospechar lo más mínimo... Por suerte para nosotros, no se dio cuenta de que el Ganímedes que seleccioné como destino no era el que él creía; ése fue su principal error, no traer un piloto consigo en lugar de ese gorila autista que utilizaba como guardaespaldas.

-Y al cual fue necesario reducir a golpe de dardos tranquilizantes; parecía un toro desbocado. -aclaró el policía- Aunque antes tuvo tiempo de mandar a la enfermería a tres de mis hombres, y eso que peleaba con las manos desnudas. Doodley, por el contrario, no opuso la menor resistencia pese a estar armado; es un cobarde patológico, y se derrumbó completamente en el momento en el que se vio atrapado.

»En fin, bien está lo que bien acaba. -zanjó su interlocutor- Y, aunque oficialmente no podemos hacer más que dejarlos en libertad sin cargos, extraoficialmente deseáramos manifestarles nuestro agradecimiento. Les propongo ingresar en la Policía Interplanetaria, donde siempre son bien acogidas las personas de su temple.

Tras un incómodo silencio da Vico, el más diplomático, habló por ambos.

-Se lo agradecemos infinito señor M'Babane, lo digo con total sinceridad, pero... No me imagino, ni imagino a Miguel, con el uniforme de la Policía Interplanetaria. No tenemos nada en contra de la ley, aunque a veces nos hayamos visto obligados a... bueno, usted ya me entiende. Pero somos como los pájaros, enjaulados nos moriríamos.

-Está bien. -suspiró el viejo policía, recordando cuando él pensaba de forma muy parecida- Pero no descarto que más adelante pudieran cambiar de opinión; quiero que sepan que siempre tendrán nuestras puertas abiertas. Y como queremos recompensarlos de alguna manera y no nos está permitido entregarles dinero, hemos pensado que podríamos aducir que el *Alcaudón* sufrió graves daños durante el abordaje... No, no se asusten, no le hicimos ni un rasguño, pero alguna excusa teníamos que dar. Así pues, y a cargo de nuestro presupuesto, les vamos a remozar la nave, que buena falta le hace. ¿Cómo se atrevían a viajar en esa cafetera?

-Es lo que había... -protestó débilmente Salazar.

-Ah, se me olvidaba. En cuanto al dinero que les adelantó Stöll para enjugar sus deudas, bueno... Nosotros no sabemos nada. Y ahora, amigos, si me disculpan, tengo muchas cosas que atender. Para cualquier cuestión que necesiten, pueden ponerse en contacto con mi asistente. Estoy encantado de haberlos conocido.

* * *

-Bueno, ¿a dónde vamos? -preguntó da Vico a su amigo cuando franqueaban la entrada principal del edificio de la ONU zambulléndose en el tráfago humano de la capital marciana.

-¿A dónde va a ser? Al Nemanía Hilton. -ironizó su compañero- ¿Dónde se podrá coger aquí un aerobús al astropuerto? Estoy deseando volver a nuestro viejo *Alcaudón*.

-Mucho me temo que el *Alcaudón* debe de estar ya en el astillero... -musitó el italiano- Sospecho que vamos a tener que buscar un alojamiento alternativo mientras terminan de repararlo.

Ambos amigos se miraron mutuamente y, sin abrir la boca, retrocedieron sobre sus pasos echando a correr en busca del ascensor más cercano. M'Babane, con toda su generosidad, no había tenido en cuenta un detalle: En los bolsillos de los dos astronautas no había más que telarañas. A ver si con un poco de suerte su asistente resultaba ser comprensivo.

EPPUR SI MUOVE

-No. -exclamó rotundamente Salazar con la mirada fija en el vaso de aguardiente.

-¿Por qué no? -respondió da Vico, siempre más contemporizador que su compañero- Son de fiar, y nos pagarán al contado...

-Y están como cabras. -gruñó el español apurando de un trago el brebaje que las tabernas marcianas hacían pasar por auténtico orujo gallego.

-¿Qué importa eso? Tienen dinero, y nosotros lo necesitamos... Así de sencillo. Y esta vez no se trata de millonarios excéntricos ni de mafiosos asesinos, sino de científicos miembros de una universidad...

-¿Científicos? ¡Bah! Lo que son es una panda de chalados. ¿A quién en su sano juicio se le puede ocurrir ir dando tumbos de asteroide en asteroide?

-A ellos... -concedió el italiano- Bueno, ¿y a nosotros qué más nos da? Cobramos el dinero y santas pascuas.

-No quiero hacer el ridículo. No quiero convertirme en el hazmerreír de todo el cinturón.

-Más ridículo haremos cuando tengamos que pagar el combustible del *Alcaudón*... ¿Se te ocurre alguna otra idea?

-No. -gruñó Salazar desviando la mirada- Pero no quiero.

-Bueno. -suspiró da Vico fingiendo una falsa resignación- Creo que se necesitan mineros en la nube de Oort... Y pagan bastante bien, según tengo entendido.

El abatimiento de hombros de su amigo le hizo saber que había logrado salirse con la suya.

* * *

La universidad de Smallville era uno de tantos centros docentes de tercera o cuarta fila que salpicaban los vastos territorios de la América profunda. Nunca fue una gran cosa fuera de los límites de su condado, y nunca lo habría sido de no mediar el caprichoso destino en forma de legado testamentario del honorable Augustus T. Pinkerton, un honrado banquero que se había hecho millonario gracias a su extrema habilidad para especular en la bolsa. El honorable Pinkerton era natural de Smallville y, carente de familiares directos, había nombrado heredera universal a la universidad de su

ciudad natal, una universidad en la que por cierto nunca había estudiado -ni en ésta ni en ninguna otra- dado que, como él siempre se ufanaba en pregonar, era un hombre que se había hecho a sí mismo.

Claro está que la generosa donación tuvo sus contraprestaciones, y las autoridades académicas de la ahora rebautizada como Universidad Pinkerton, no eran libres a la hora de disponer a su antojo del cuantioso legado. El difunto banquero había especificado muy claramente las disciplinas en las que debería invertirse su dinero: Poco amante de los estudios tradicionales, a los que despreciaba dada su poca predisposición hacia la ciencia y la cultura, había decidido que su universidad se convirtiera en la punta de lanza de disciplinas tales como la parapsicología, el esoterismo, las ciencias ocultas o la búsqueda de vida extraterrestre. Mientras tanto, las matemáticas, la física, la química, la medicina, la filología o la historia no recibieron ni un solo dólar procedente del legado Pinkerton.

Corrían por Smallville rumores, manifiestamente maliciosos, de que el antiguo rector de la universidad había intentado suicidarse al conocer las cláusulas del testamento del difunto banquero, pero en realidad tan sólo se había limitado a solicitar la jubilación anticipada alegando problemas de salud. Su sustituto fue un oscuro profesor -al menos ese título se le atribuía- conocido por haber sido amigo íntimo y confidente del viejo Pinkerton durante los últimos años de su vida. A partir de su nombramiento el testamento pudo aplicarse al fin conforme a las exigencias de los albaceas, de forma que la Universidad Pinkerton pronto fue conocida por contar en su claustro con los más afamados expertos en espiritismo, chamanismo y vudú junto con otras especialidades similares.

Y ahora habían fijado su atención en la búsqueda de los restos de un platillo volante que, según sus expertos, se habría estrellado miles de años atrás en alguno de los asteroides del cinturón. Evidentemente un hallazgo de ese calibre era algo que nadie de la comunidad científica mundial desdeñaría, máxime teniendo en cuenta que todos los intentos realizados con anterioridad, tanto los históricos proyectos *Ozma* y *Seti* como las concienzudas exploraciones del Sistema Solar no habían dado jamás el menor resultado; pero... Los tripulantes del *Alcaudón* habían preguntado al representante de Pinkerton sobre el destino de su viaje, y la respuesta de éste no se podía decir que les hubiera convencido precisamente.

-No tenemos ni idea de qué asteroide pueda ser el que buscamos. -fue su inocente contestación.

El desconcierto de los dos astronautas fue tal, que les impidió responder durante un buen rato.

-Pe...pe... pero... ¿sabe usted lo que está diciendo? -acertó finalmente a articular Salazar- Hay miles de pedruscos dando vueltas por ahí, y la mayor parte de ellos están todavía sin explorar ni cartografiar. ¿Pretende usted que los vayamos recorriendo todos?

-¡Oh, no! -respondió el norteamericano con una sonrisa de oreja a oreja- No será necesario. Pero sí tendremos, probablemente, que visitar un puñado de ellos... Quizá varias docenas.

-Discúlpeme usted. -terció da Vico, más tranquilo pero no menos amostazado que su compañero- Comprenderá que necesitaremos trazar una ruta... Dos o tres docenas de asteroides es un número manejable, eso es cierto; pero, ¿cómo podremos seleccionarlos entre todos los existentes? Usted mismo ha dicho...

-Que no sabemos cual pueda ser el asteroide correcto. -le interrumpió el visitante- Pero lo sabremos, no les quepa la menor duda de ello.

Y acto seguido pasó a explicarles su plan. La universidad de Pinkerton mantenía en su nómina a un nutrido grupo de parapsicólogos, videntes espiritistas y demás individuos del gremio. Uno de ellos, en el transcurso de un viaje astral, había tenido la fugaz visión de un artefacto de manufactura alienígena estrellado contra la superficie de un asteroide que, lamentablemente, había sido incapaz de identificar.

Cuando los perplejos astronautas intentaron convencerlo de que, con esas indicaciones, resultaría imposible encontrar su objetivo, éste se apresuró a tranquilizarlos: En el *Alcaudón* viajarían varios de los mejores médiums de Pinkerton, los cuales serían capaces de rastrear al huidizo pedrusco gracias a sus poderes paranormales.

Huelga decir que tanto da Vico como Salazar no se molestaron en disimular su escepticismo, aunque prudentemente evitaron manifestar su opinión sobre la fiabilidad de los presuntos *científicos*. Pero el enviado de Pinkerton contaba con un poderoso argumento, dinero fresco, del que tan necesitados estaban los dos camaradas. Y bien mirado, como argumentó a posteriori el pragmático da Vico, cuanto más tiempo tardaran en encontrar -era un decir- su particular grial cósmico, más dinero se embolsarían a costa de esos chiflados... Podrían tomárselo incluso como unas relajadas vacaciones, que buena falta les hacían.

* * *

La expedición de Pinkerton estaba formada por un total de seis personas, cinco hombres y una mujer. El *Alcaudón*, que había sido diseñado como nave de carga y no para transporte de pasajeros, contaba únicamente con dos camarotes además del ocupado por su tripulación, y en cada uno de ellos se podían acomodar, con un mínimo

de comodidades, un máximo de tres personas. El problema estribaba en que el único miembro femenino del grupo se empeñó en disponer de un camarote para su uso exclusivo...Lo que dejaba sin alojamiento a dos de sus compañeros.

Finalmente, tras tener que refrenar da Vico los deseos de su irascible compañero de echarlos a todos a patadas, el italiano propuso a sus huéspedes una solución relativamente aceptable para todos a cambio, eso sí, de un sustancioso incremento en sus honorarios: Se habilitó la bodega, que estaba vacía de carga, como camarote provisional, instalándose en ella un par de camastros. Huelga decir que, acogiéndose al principio de *Quien paga manda*, fue a los propietarios del *Alcaudón* a quienes cayó en suerte trasladarse a la improvisada residencia, al tiempo que la pudorosa y triunfante fémina sentaba sus reales en su antiguo camarote no ahorrando sus epítetos acerca de la falta de orden e higiene de los dos sufridos astronautas.

Otro asunto que resultaba preciso resolver también eran los pertinentes permisos de la Policía Interplanetaria, muy preocupada últimamente por el auge del contrabando en el cinturón de asteroides; y desde luego una astronave -y no se podía decir que el *Alcaudón* gozara precisamente de buena fama al respecto- dando vueltas de asteroide en asteroide despertaría inmediatamente sus sospechas. Por fortuna los avales presentados por la universidad de Pinkerton fueron suficientes y los agentes policiales, reservándose discretamente su opinión sobre la salud mental de los miembros de la expedición, les dieron carta blanca para desplazarse libremente por el cinturón de asteroides sin contar con una hoja de ruta definida, tal como se exigía habitualmente.

Al fin el *Alcaudón* partió de la base espacial de Deimos camino del cercano cinturón de asteroides. Para da Vico y Salazar la situación no podía ser más absurda: Marchaban sin rumbo fijo a la espera de que a alguno de esos chiflados se encaprichara con uno cualquiera de los miles de guijarros que orbitaban en esa región del espacio. Realmente era para tomárselo con paciencia, y con paciencia se lo tomaron a pesar de las incomodidades de su alojamiento provisional en la bodega.

En lo que respecta a los pasajeros, éstos formaban un heterogéneo grupo dividido en dos partes bien dispares. La primera de ellas era la formada por los cuatro autotitulados videntes (embaucadores para da Vico, cantamañanas para el más visceral Salazar), mientras los dos restantes, entre ellos la única mujer de la expedición, eran científicos de verdad, ingeniero naval él y arqueólogo ella. Pese a estar todos contratados por la universidad de Pinkerton, pronto resultó evidente que no hacían buenas migas entre ellos... Ni con los tripulantes del *Alcaudón*.

El primero de los *videntes*, con diferencia el más extrovertido de todos ellos, se hacía llamar el Profesor Mendoza, y afirmaba ser argentino. A Salazar le recordaba poderosamente a un presunto astrólogo, al parecer manchego de nacimiento, que años

atrás había pululado por los programas televisivos de cotilleo ganándose la vida a costa de hacer horóscopos a los *famosos*; pero cuando ingenuamente le preguntó si se trataba de la misma persona, éste lo negó de forma tan desabrida que le hizo sospechar seriamente de la veracidad de sus palabras.

El segundo de ellos era un norteamericano que hablaba inglés con el cerrado acento de Texas y parecía la reencarnación de un enjuto santón hindú. Parco en palabras, apenas si abandonaba su camarote donde, según afirmaba el ingeniero que compartía alojamiento con él, se tiraba las horas muertas practicando algo parecido al yoga.

El tercero era un italiano rechoncho con cierto parecido a un buda, el cual proclamaba ser la reencarnación de Nostradamus. Tras ofrecerse gentilmente a sus anfitriones para eliminar de sus cuerpos todo rastro de energía negativa, el rechazo de éstos a su propuesta, no demasiado educado en el caso concreto de Salazar, creó en él un profundo resentimiento hacia los astronautas a causa del cual se negó a dirigirles la palabra.

El último miembro del circo, a la par que portavoz oficial de la expedición, se definía humildemente como un simple médium aficionado. En realidad parecía ser más bien un simple burócrata, y posiblemente lo fuera, pero era él quien tenía el poder de decisión a la hora de decidir el rumbo a seguir por la astronave, una vez sopesadas las *inspiraciones* de sus compañeros... Lo cual prometía no ser nada fácil, vistas las circunstancias.

Aunque todos ellos contaban, como cabe suponer, con nombres propios, los resentidos da Vico y Salazar pronto los bautizaron con apodos apropiados, atendiendo respectivamente a los calificativos de el *Profesor*, el *Santón*, *Nostradamus* y el *Mandamás*.

Los dos científicos, por su parte, poco tendrían que hacer mientras no se produjera el hipotético hallazgo de la nave alienígena, lo cual hacía sospechar a los astronautas (y probablemente también a ellos mismos) que casi con total seguridad volverían a casa exactamente igual que habían venido. El ingeniero, *Cuadriculado* para los dos amigos, era un taciturno alemán apellidado Steiner, y sus escasas conversaciones con los dueños del *Alcaudón* estuvieron marcadas en su mayor parte por sus reiteradas críticas hacia el, en su opinión deplorable, estado de conservación de la vetusta astronave, lo que no contribuyó precisamente a fomentar la simpatía entre él y los astronautas.

La arqueóloga era una norteamericana de mediana edad que respondía al poco original nombre de Susan Smith. Poco agraciada físicamente y de carácter adusto - apenas si salía de su *suite* excepto para comer y para aliviar sus necesidades fisiológicas-, recordaba poderosamente a la típica solterona avinagrada. Para Salazar y

da Vico, escocidos todavía por haber sido expulsados de su camarote, era simplemente la *Raspa*.

Con toda esta fauna recluida en el reducido interior del *Alcaudón*, no era de extrañar que a los sufridos astronautas les aguardaran unas jornadas que prometían tener poco de agradables. Para empezar, ese vagar sin rumbo les exasperaba, y así se lo comunicaron al *Mandamás*.

-Señor Brown. -éste era su nombre- Necesitamos saber hacia donde tenemos que ir. -protestaba una y otra vez da Vico, el más diplomático de los dos- De seguir dando tumbos como hasta ahora, acabaremos cruzando la órbita de Júpiter sin habernos acercado siquiera a ningún asteroide...

-¡Oh, amigos míos, es necesario tener paciencia! -respondía indefectiblemente el aludido con su voz meliflua- Les aseguro que mis compañeros hacen cuanto pueden, e incluso yo procuro ayudarlos en la medida de mis escasas fuerzas... Pero ya saben ustedes que la parapsicología no es una ciencia exacta. Yo les sugeriría que no se apartaran demasiado de esta zona hasta que alguno de nosotros pueda tener una visión astral.

Daba la casualidad de que en esos momentos se encontraban atravesando una de las lagunas de Kirkwood, esos curiosos remansos cósmicos en los que las resonancias gravitatorias de los planetas vecinos han acabado expulsando de sus órbitas a los asteroides; con lo cual, podrían esperar hasta que las ranas criaran pelo antes de tropezarse con alguno de ellos.

Así pues, como decía el *Mandamás*, tendrían que armarse de paciencia.

* * *

Hubieron de pasar casi tres semanas para que los tripulantes del *Alcaudón* pudieran liberarse de su tediosa rutina. Era de noche o, por hablar con mayor propiedad, pleno período de descanso nocturno, cuando el intercomunicador de la bodega comenzó a zumbar furiosamente. Mascullando todo tipo de maldiciones el aterido Salazar -la calefacción del improvisado camarote dejaba bastante que desear- se incorporó de su lecho para responder a la inoportuna llamada.

Era el *Mandamás* quien se encontraba al otro lado del intercomunicador, insensible aparentemente ante la furiosa expresión del rostro del español, solicitándoles que se presentaran urgentemente en la cabina -que oficiaba de sala común- con la mayor rapidez posible.

Aunque el *Alcaudón* se encontraba navegando por un lugar seguro y los sistemas automáticos de vuelo deberían ser capaces, al menos sobre el papel, de prevenir y evitar cualquier posible peligro externo, el instinto de los dos camaradas les hizo lanzarse con lo puesto hacia la zona habitable de la astronave. En la cabina se hallaban reunidos ya casi todos los pasajeros -tan sólo faltaba *Nostradamus*-, todos ellos con cara de sueño excepto la *Raspa*, que no disimuló su desagrado ante el espectáculo mostrado por los llamativos calzoncillos estampados de Salazar, única indumentaria del astronauta. Da Vico, más previsor, acostumbra a dormir con pijama.

-¿Qué ocurre? -preguntó el italiano mientras su compañero se ponía rojo como la grana ante los inquisidores ojos femeninos- ¿Algún problema?

-¡Oh, no! Todo lo contrario. -respondió ufano el *Mandamás*- Farinelli -así se llamaba el vidente italiano- ha tenido una visión. Ya sabemos hacia donde debemos dirigirnos.

De no haber quedado paralizado por la sorpresa, amén de estar asimismo más corrido que una mona por culpa de su escueto vestuario, Salazar le hubiera estrangulado allí mismo. Intuyendo problemas si le dejaba dar rienda suelta a sus instintos, el también irritado da Vico increpó a su interlocutor.

-¿Y para eso nos saca de la cama? ¿No podía haber esperado unas horas? Después de varios miles de años de estar allí sin que nadie lo molestara, no creo que nadie nos vaya a pisar ahora el descubrimiento.

A juzgar por los ceños fruncidos del resto de los pasajeros, ellos debían de pensar también lo mismo. Pero el *Mandamás* parecía mostrarse inasequible al desaliento.

-Bueno, yo... Los vi tan interesados, que pensé que estaría deseando saberlo...

-Está bien, ya no tiene remedio. -suspiró el italiano- Miguel, vete a vestir; ya me encargo yo de ello. ¿Puedo hablar con el señor... Farinelli?

-¡Oh, no! Ahora está saliendo del trance, y podría ser peligroso molestarlo. Pero Mendoza y yo estábamos con él, y tomamos nota de todo cuanto dijo.

-Perfecto. Entonces, dígame a qué asteroide tenemos que dirigirnos. -respondió plácidamente da Vico.

Un silencio glacial acogió a sus palabras. Brown, bajando la vista al suelo, musitó:

-No lo sabemos.

A pesar de todo su aplomo, da Vico se vio obligado a contar hasta diez -tres veces en concreto- antes de responder al cretino. Por fortuna, su compañero no se encontraba presente.

-Señor Brown. -más que hablar, masticaba las palabras- ¿Cómo demonios quiere usted que busquemos ese maldito asteroide sin saber siquiera su nombre o su número de catálogo? Porque, claro está, tampoco tendrán ustedes ni puñetera idea de sus parámetros orbitales...

-Tenemos un dibujo... -respondió tímidamente el *Profesor*- Es algo así como una patata llena de cráteres...

Ahora fue da Vico el que tuvo que contener sus instintos asesinos.

* * *

-Están locos. Completamente locos. ¿Cómo coño quieren que localicemos un asteroide con forma de patata? ¿Es que no saben esos imbéciles que el noventa y nueve por ciento de los putos asteroides tienen precisamente forma de patata?

-No te sulfures. -en realidad da Vico tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no sulfurarse él mismo- Todo depende de la exactitud del dibujo que nos han dado. Lo cotejamos con el banco de datos del ordenador y, si suena la flauta...

-¡Cómo va a sonar! ¿Acaso se te ha contagiado su chifladura? ¿No me dirás que ahora también crees tú en fantasmas y estupideces por el estilo?

-Claro que no. Pero si tenemos la suerte de encontrar un asteroide parecido al del dibujo, al menos nos servirá para tenerlos entretenidos. Y si no, nos lo inventamos. Total, el resultado va a ser el mismo...

* * *

El asteroide elegido resultó ser Uzbekistania, número 1.351 del catálogo, aunque podrían haber sido perfectamente otros cuatrocientos o quinientos más tirando por lo bajo. En realidad, buscarlo había resultado ser tan difícil como encontrar la proverbial aguja en el pajar, y no sólo por culpa de lo esotérico de la metodología utilizada o por la más prosaica falta de precisión del dibujo con que contaban como única prueba, sino también a causa de la escasa información existente sobre los asteroides. Tan sólo un pequeño puñado de ellos habían sido hollados alguna vez por el hombre, y de los restantes apenas un escaso diez por ciento habían sido cartografiados con mayor o menor resolución. En lo que respecta a la mayor parte del ingente número restante, que eran precisamente los que les interesaban a ellos, tan sólo en contados casos se contaba

siquiera con una fotografía de mínima resolución, mientras de todos los demás (la mitad larga del total) no se sabía absolutamente nada.

Descartando unos y otros, así también como aquellos pocos que, pese a todo, no se parecían a la dichosa *patata* de *Nostradamus*, quedaba todavía un número de posibles candidatos lo suficientemente elevado como para aburrir a cualquiera. Por su propia cuenta da Vico y Salazar eliminaron también todos los asteroides que se encontraban en esos momentos en lugares alejados de sus órbitas, presentando los restantes a sus respetados inquilinos para que fueran ellos quienes cargaran con el muerto... Y lo hicieron, con un celo merecedor sin duda de mejores causas, optando finalmente por el ya citado Uzbekistania... Como pudieran haberlo hecho por cualquier otro.

Pero esto era algo que a los dos astronautas les daba exactamente igual. Uzbekistania no estaba demasiado lejos -ya se habían cuidado de ello- y se pusieron inmediatamente en camino.

* * *

Uzbekistania era un asteroide típico y vulgar, y nada había en él que lo diferenciara del resto... Y por supuesto, en su superficie cuajada de cráteres no encontraron el menor rastro de haber sido hollada jamás por astronave alguna, fuera ésta de origen terrestre o alienígena.

Huelga decir que ni Salazar ni da Vico, ni probablemente los dos científicos de la expedición -Steiner y Susan Smith-, se mostraron decepcionados en absoluto; por el contrario, los cuatro videntes estaban completamente desolados.

-¡Tendrán cara! -se escandalizaba Salazar- Ahora sólo nos faltaba que nos echaran la culpa a nosotros.

-No creo que lo hagan. -respondió su amigo- Pero por si acaso, lo mejor será que sean ellos mismos quienes elijan el próximo destino.

Y así lo hicieron, correspondiéndole en esta ocasión el honor a Armisticia, número 1464 del catálogo.

* * *

Armisticia podría haber sido tomado por el hermano gemelo de Uzbekistania: La misma forma de patata, los mismos cráteres... Y la misma decepción, con una ausencia total y absoluta de cualquier vestigio de origen artificial, como por otro lado cabía esperar. En realidad las visitas a ambos asteroides no habían sido completamente estériles: El Servicio Astronómico Internacional siempre aceptaba con agrado toda documentación gráfica que permitiera cartografiar la superficie de cualquier cuerpo

celeste, recompensándolo con una simbólica cantidad que, pese a su parquedad, los propietarios del *Alcaudón* no están dispuestos en modo alguno a rehusar; pero poco era esto para compensar los gastos de un vuelo hacia un asteroide, razón por la que gran parte de ellos estaban aún sin cartografiar a pesar de que eran muchos los astronautas - Salazar y da Vico no constituían ninguna excepción- los que malvivían en la dura y competitiva frontera del cinturón.

Flaco consuelo, pues, era fotografiar la torturada superficie de Armisticia, máxime cuando comenzaban a sospechar que su actual misión, aunque sencilla y tranquila en comparación con otras anteriores, podría acabar desquiciándolos visto cómo las gastaban sus pasajeros.

El nuevo fracaso de los videntes puso a éstos al borde mismo de la histeria, al tiempo que los dos astronautas aprovecharon para hablar muy seriamente con Brown. No estaban dispuestos, le dijeron, a seguir dando tumbos a tontas y a locas sin más guía que las alucinaciones de un grupo de chiflados. Brown, que en el fondo no dejaba de ser razonable, convino con ellos en que era necesario disponer de mayor información, pero se negó en redondo a dar carpetazo a la misión.

-Les aseguro que mis compañeros hacen todo cuanto pueden, pero están sometidos a una gran tensión. -explicó para justificar su actitud, utilizando curiosamente la tercera persona- Y desde luego, si les presionan ustedes los resultados van a ser contraproducentes.

-¿Qué propone usted? -respondió un furioso Salazar- ¿Que sigamos dando tumbos sin ton ni son hasta que el Sol se apague?

-Simplemente, les pido un poco de paciencia.

-Bien. -terció da Vico, siempre más pragmático que su compañero- Pero, ¿acaso sabe usted en cuanto se incrementa nuestra minuta cada día que pasa?

-Sobre eso no hay ningún problema, ya lo saben ustedes. Contamos con carta blanca en todo lo referente a la financiación.

-Me alegra oírle decir eso. Eso sí, le advierto que tarde o temprano tendremos que desviarnos hacia alguna base espacial para repostar y reponer los suministros y alimentos; el *Alcaudón* no está preparado para vuelos tan largos.

-Y ahora, ¿qué hacemos? -intervino a su vez el español- ¿Elegimos algún otro asteroide, o nos lo jugamos a los chinos?

* * *

Cuatro asteroides más tarde el horno no estaba para bollos, y las relaciones personales entre los ocupantes del *Alcaudón*, que nunca habían sido precisamente idílicas, brillaban ahora por su ausencia. Da Vico y Salazar, encerrados en la cabina de la astronave durante la mayor parte del tiempo, tan sólo dirigían la palabra al *Mandamás*, y solamente cuando era estrictamente necesario. *Cuadriculado* se había acabado por mudar al camarote de la *Raspa*, teóricamente para no molestar al *Santón* en sus meditaciones pero, según sospechaban sus dos anfitriones, porque al final se habían acabado liando; no era que esto les importara especialmente -Salazar juraba y perjuraba a su compañero que preferiría mil veces a un palo de escoba antes que a la desabrida arqueóloga, pero en el fondo su orgullo masculino, unido a la larga etapa de celibato forzoso, no dejaban de escocerle en su orgullo. Claro está que durante todo el viaje su pasajera no había mostrado más interés por ellos que por la escobilla del retrete, con lo cual tampoco se podía decir que hubieran perdido demasiado.

Por último, los cuatro videntes -tres en realidad, puesto que a esas alturas resultaba más que evidente que Brown era un simple mandado- permanecían encerrados en sus camarotes, presuntamente navegando por los procelosos océanos de la parapsicología y disciplinas afines. Aprovechando la mudanza del ingeniero el *Mandamás* se había mudado al cubil del ahora solitario *Santón*, dejando en el otro dormitorio a *Nostradamus* y al *Profesor*; así podrían estar más relajados, decía. Mientras tanto, Salazar y da Vico seguían durmiendo en la gélida y desangelada bodega.

Comenzaban a rumiar los dos amigos la conveniencia de dar un ultimátum a esa panda de chiflados, cuando el *Mandamás* corrió a buscarlos totalmente excitado.

-¡Ya está! -exclamó entrecortadamente- ¡Ya sabemos hacia cual asteroide debemos dirigirnos!

-¿Ah, sí? -se burló Salazar- ¿Y cuál de los ilustres intermediarios es el que ha invocado a los espíritus de los alienígenas muertos?

-El profesor Mendoza. -respondió el hombrecillo ignorando el sarcasmo- Bueno, en realidad fueron los tres en conjunción, pero la revelación le fue dada a Mendoza.

-¿Y ahora de qué disponemos? ¿De una fotografía tridimensional y en color del puñetero asteroide?

-Mucho mejor que eso. -al parecer Brown era completamente inmune a las pullas- Sabemos el nombre... Bueno, parte de él.

Iba a responder Salazar de nuevo, preguntándole cómo podrían saber unos astronautas alienígenas, naufragados hacía miles de años, el nombre que los astrónomos terrestres pondrían a un pedrusco descubierto mucho después de que sus huesos -o lo

que tuvieran- se convirtieran en polvo, cuando da Vico le interrumpió. Al fin y al cabo, siempre sería mejor llevarles la corriente.

-Díganos usted el nombre del asteroide y lo comprobaremos en el ordenador.

-Sar... Algo.

-Sara, Sarabhai, Saraburger, Saragamine... -deletreó pacientemente el astronauta leyendo la información aparecida en la pantalla- ¡Hum! Resulta que hay alrededor de veinte asteroides que empiezan por esa sílaba. Claro está que, si cruzamos estos datos con la información de la lista anterior, a lo mejor conseguimos algo... ¡Vaya! Pues sí que estamos apañados.

-¿Qué ocurre? -preguntaron a dúo Salazar y Brown abalanzándose sobre la consola.

-Me temo que no coincide ninguno. Comprúebelo usted mismo.

-¡Dios mío! -se derrumbó el pobre hombre- Y ahora, ¿qué hacemos?

-Bueno, tampoco es de extrañar. -le tranquilizó el astronauta, compadecido en el fondo de su desgracia- Tenga usted en cuenta que son muchos los asteroides de los que no tenemos siquiera una fotografía que nos permita hacernos una idea de su apariencia general... Nuestra relación anterior era meramente indicativa, y sabíamos que dejaba a muchos fuera.

-¿No recuerda alguna otra letra más del nombre? -hasta el propio Salazar se había reblandecido ante la desgracia ajena.

-No lo sé...

-¿Por qué no trae a Mendoza aquí? Quizá él pueda precisarnos algo.

Mendoza, más nervioso si cabe que su compañero, afirmó que detrás de la erre quizá pudiera ir una consonante.

-Sarmiento, Sarpedon, Sartre... -desgranó lentamente da Vico- Algo es algo; la lista se ha reducido a tres.

-¡Ese es! ¡Sarpedon! -exclamó el presunto vidente, presa ahora de una irreprimible excitación- ¡Sarpedon! -volvió a repetir.

-Sarpedon... ¡Vaya, si es un troyano! No me extraña que nos lo saltáramos en la primera criba, quién iba a imaginárselo... -masculló da Vico, más para él mismo que para sus interlocutores- Número 2.223, posición de Lagrange L5... Eso está bastante lejos.

-Troyanos, Lagrange... ¿Qué es ese galimatías? -protestó Brown, que no había entendido absolutamente nada pero barruntaba la posible aparición de problemas.

-Los troyanos son los cuerpos celestes, asteroides o satélites, que comparten la órbita de un astro mayor. -respondió Salazar, casi con amabilidad- En este caso concreto Sarpedon describe la misma órbita que Júpiter, y al ser un L5 marcha siempre a sesenta grados por detrás de este planeta.

-¿Po... Podemos ir hasta allí?

-Como poder... Siempre se puede. -le tranquilizó da Vico- Nos llevaría varias semanas, y tendríamos antes que repostar; por suerte, tenemos a Marte casi en el camino. -añadió tras consultar los datos del ordenador.

-No olvides que tendríamos que solicitar un permiso a la Policía Interplanetaria; -añadió Salazar- Nosotros no estamos autorizados para viajar a esa zona.

-No se preocupen; de eso me encargo yo. -suspiró aliviado el representante de la universidad de Pinkerton.

* * *

La Reina de Marte era uno de los más reputados garitos de Deimos, y a él gustaban de asistir Salazar y da Vico... Cuando podían permitírselo, cosa que no ocurría a menudo. Gracias a la gentileza de la Universidad Pinkerton se encontraban disfrutando, por vez primera en mucho tiempo, de genuinos licores terrestres, y además de calidad, pagados eso sí a un precio astronómico y nunca mejor dicho... Había que saber aprovechar las ocasiones, ¡qué caramba!

Mientras aprovisionaban al *Alcaudón* de cara a su próximo viaje hasta el lejano asteroide Sarpedon, todos sus viajeros se pudieron tomar un pequeño descanso. *Cuadrulado* y la *Raspa* se habían escabullido apenas tomaron tierra en el astropuerto de Deimos, y a saber donde andarían. Los tres espiritistas se habían refugiado en un hotel, según ellos para descansar, aunque los astronautas no tenían constancia de que se hubieran agotado tanto, y Brown, por último, se había encargado de tramitar los pertinentes permisos de la Policía Interplanetaria, al tiempo que aprovechaba también para contactar con sus superiores.

Salazar y da Vico se encontraban relajados y tranquilos, algo que para su desgracia no solía ser demasiado habitual en su azarosa vida. Ya habían pactado con Brown que éste sería el último intento en la búsqueda del escurridizo -y en su opinión inexistente- pecio alienígena tras lo cual, se pusieran como se pusieran, volverían directamente a Marte, desembarzándose de sus molestos huéspedes tras embolsarse la jugosa cantidad

que les habían prometido... Todo gracias al dinero del difunto y extravagante Pinkerton. Habría sido cargante, pero sencillo.

-Ahí viene Brown. -advirtió da Vico a su compañero entre trago y trago de su bourbon- Y trae mala cara.

-¿Qué tripa se le habrá roto ahora al pelmazo este? -rezongó su compañero apurando su brandy jerezano.

Efectivamente el hombrecillo parecía haberse quedado sin sangre en las venas.

-¿Algún problema? -le saludó el italiano.

-¿Bromea usted? -protestó el aludido apenas con un hilo de voz, al tiempo que se derrumbaba en una de las sillas libres- Necesito algo fuerte.

Teniendo en cuenta que el pobre hombre se mareaba con una cerveza, no dejaba de ser llamativo su comportamiento.

-¿Qué ocurre? -insistió el italiano al tiempo que llamaba al camarero- ¿Malas noticias?

-¿Malas? Ojalá fuera solamente eso. Tráigame un whisky escocés. -se interrumpió para dirigirse al diligente empleado- Doble, por favor.

Esto ya comenzaba a ser alarmante.

-¿Saben? -continuó su interlocutor tras recuperarse a duras penas del primer trago- Nos han cancelado el crédito.

Una bomba que hubiera estallado bajo la mesa no habría causado mayor efecto.

-¡Qué dice...? -exclamaron a dúo los dos astronautas.

-Es una vieja historia... -explicó Brown con desgana- Cuando míster Pinkerton legó toda su fortuna a la universidad, unos parientes lejanos suyos impugnaron el testamento. Desde entonces han sido varios los pleitos que nos han puesto, pero siempre los habían perdido... Lo malo es que ahora un estúpido juez ha congelado cautelarmente los fondos hasta que se falle el último recurso elevado por los demandantes.

-Eso significa...

-Que no disponemos de un dólar. ¡Oh, no se preocupen! Estoy seguro de que nuestros abogados volverán a ganar el pleito, pero de momento bien que nos han fastidiado.

-Pero la misión... ¿Queda suspendida? -aventuró da Vico.

-No necesariamente. Por fortuna, esos buitres desconocían la existencia de una cuenta corriente digamos... ¡hum! de emergencia que no ha sido embargada por el juez; lo malo es que tiene muy poco dinero, pero al menos será suficiente para ir hasta el asteroide y volver a Marte...

-¡Un momento! ¿Y nuestros honorarios? -preguntó Salazar sin andarse por las ramas.

-Me temo que para eso no habrá suficiente...

-¡Alto ahí! -estalló el español completamente amoscado- Si tienen dinero, por poco que sea, exijo que lo primero que hagan sea pagarnos a nosotros. Y luego, si sobra, iremos hasta el troyano, y si no... Bien ése no es ya nuestro problema.

-Lamento mucho tener que recordarles que sí es su problema. -engallado gracias a la acción del alcohol, Brown actuaba a con un aplomo insospechado en tan apocado personaje- Digamos que desde un punto de vista legal la Universidad de Pinkerton se declarará en suspensión de pagos, con lo cual todos sus acreedores, ustes incluidos, tendrán que esperar hasta que se resuelva el contencioso...

-Vamos a ver si nos aclaramos. -terció da Vico- Ustedes no nos pueden pagar, pero nos están pidiendo que hagamos un viaje hasta el asteroide troyano en lugar de rescindir nuestro compromiso ahora mismo... ¿Qué ganamos nosotros con ello?

-Mucho, si descubrimos allí los restos de la nave extraterrestre... Les ofrezco un porcentaje sobre el total de los beneficios que obtenga la universidad por este hallazgo.

-Ya... ¿Y si no encontramos nada? -respondió con viveza Salazar- Porque, dados los precedentes, supongo que se sorprenderá si le confesamos que eso es precisamente lo que tememos mi compañero y yo.

-Bien, en ese caso... Los fondos de emergencia cubrirían poco más que el coste del avituallamiento de su nave, un avituallamiento que a estas alturas debe de estar prácticamente terminado... Sería una lástima tener que decir a los proveedores que volvieran a vaciarlo, ¿no lo creen ustedes?

-Pero...

-Cuando yo los contraté, su nave estaba tan vacía como sus bolsillos. En nuestros anteriores viajes consumimos todo lo adquirido con *mi* -recalcó el posesivo- dinero, con lo cual de rescindir el contrato lo justo sería que les dejara el *Alcaudón* exactamente igual que lo encontré...

-¡Eso es un chantaje! -gruñó el español abalanzándose sobre la mesa- Usted nos debe dinero, mucho más dinero del que pueda costar abarrotar al *Alcaudón* de combustible y provisiones.

-Tiene razón. -concedió, amedrentado, su interlocutor- Por este motivo, les propongo un trato. Aunque les entregara la totalidad de los fondos de los que puedo disponer en estos momentos, con ello no enjugaría sino una pequeña parte de la deuda que tengo contraída con ustedes. El resto deberían reclamarlo a la universidad y, mucho me temo, podría ir para largo, puesto que serían desplazados hasta el final de la cola de acreedores.

»Pero si aceptan trasladarnos a Sarpedon, aun considerando el peor de los casos, es decir, que allí no encontrásemos nada, recurriría a mis influencias para que ustedes pudieran ser pagados lo antes posible... Estoy convencido de que, si nos lo proponemos, siempre se podrá encontrar algún resquicio. Además, podrían quedarse con todo el combustible y con todas las provisiones que sobrarán, que calculo serán bastante. ¿Aceptan?

-¿Acaso nos queda otro remedio? -suspiró da Vico haciéndose eco del sentir de su abatido compañero.

* * *

Sarpedon brillaba en la lejanía como un pequeño punto débilmente luminoso. Se trataba de un asteroide pequeño y oscuro sin ningún rasgo particular que lo diferenciara de sus hermanos, y ni siquiera con los visores conectados a la máxima potencia se podían distinguir todavía los rasgos de su superficie.

En el atestado interior de la cabina del *Alcaudón* todos guardaban un riguroso silencio, aunque sus expresiones variaban de uno a otro: Salazar y da Vico, con una expresión escéptica grabada en sus rostros. Brown, con una contenida mueca de impaciencia. Los tres espiritistas, dando palpables muestras de su nerviosismo. Y los dos científicos, por último, sin molestarse en disimular su hastío.

-¿Cuánto tiempo tardaremos en tener imágenes de la superficie? -preguntó alguien a espaldas de los pilotos.

-Calculo que varias horas. -masculló Salazar, que era quien en esos momentos se hallaba al frente de los mandos- Pero nos acercaremos a él por la cara nocturna, así que necesitaremos algún tiempo más para ponernos en órbita alrededor suyo antes de pasar a la cara iluminada. Algo podremos hacer con el radar, pero no garantizo nada...

-¿Por qué no vuelven ustedes a sus camarotes? -le interrumpió su compañero, que comenzaba a sentirse agobiado ante la presencia de tanta gente en tan reducido espacio- Aquí no pueden hacer nada, y ya les avisaremos nosotros cuando sepamos algo. Y tú, Miguel, vete a descansar un rato.

* * *

Transcurrido el plazo estipulado Sarpedon ya se hallaba lo suficientemente cerca como para poder ser observado en detalle... Si la cara que mostraba al *Alcaudón* hubiera estado iluminada, cosa que, como había predicho Salazar, no ocurría. En la cabina se encontraban los dos astronautas, acompañados ahora por un nervioso Brown que parecía estar al borde mismo del infarto.

-¿No... No pueden ir más deprisa?

-Lo siento. -respondió el italiano, intrigado por el hecho de que su interlocutor se había mostrado mucho más tranquilo en sus anteriores avistamientos de asteroides- Estamos maniobrando para entrar en órbita alrededor del asteroide, y con estos pedruscos tan irregulares siempre se trata de un proceso bastante delicado... Hay que tener cuidado con los gradientes gravitatorios, que pueden llegar a ser bastante intensos si nos acercamos demasiado. Pero no se preocupe, dentro como mucho de media hora, podrá contemplar a placer el asteroide...

-¡Media hora todavía! ¡Uf...!

-Podemos probar con el radar para ir ganando tiempo, pero lo más probable es que no nos sirva de mucho. -añadió un Salazar inusualmente amable- Estos asteroides tienen una superficie demasiado accidentada como para distinguir algo, cualquier objeto posado sobre ella pasaría desapercibido entre tanta roca y tanto cráter como debe de haber ahí abajo.

"Cuanto más si no hay allí nada más de lo que cabe esperar". -añadió para su colete.

La pantalla de radar comenzó a parpadear mostrando un laberinto de líneas y puntos imposible de descifrar para un profano.

-¿Ven algo? -preguntó ansiosamente el hombrecillo agarrándose con fuerza al respaldo de uno de los sillones.

-No... Nada fuera de lo normal. Pero esto era de esperar. Tendremos que aguardar hasta que salgamos al hemisferio iluminado.

-¡Espera, Luigi! ¿Qué demonios es eso?

-No lo sé, parece una especie de montículo...

-Pero tiene formas regulares... O al menos eso parece.

-Podría ser una ilusión óptica... Pero merece la pena investigarlo.

-¿Qué...? -insistió un Brown que, convertido en convidado de piedra, se comía literalmente las uñas.

-No se haga demasiadas ilusiones, míster Brown... -le advirtió da Vico- La naturaleza nos gasta a veces extrañas bromas. ¿Recuerda usted el famoso caso de la cara de Marte? Con los elementos de que disponemos en estos momentos aún no podemos aventurar nada. Pero no se preocupe, pensamos rastrear todo el asteroide exactamente igual que lo hicimos con los anteriores. Por cierto que... Miguel, creo que deberíamos ajustar la velocidad, ya que si seguimos así, me temo que volveríamos a sobrevolar esta zona de nuevo de noche...

-Bueno. -musitó el aludido- Calcúlame los parámetros. Pero esto nos va a retrasar todavía más...

-Da igual. -suspiró resignadamente su pasajero- Ahí abajo parece que puede haber algo, y eso es lo único que importa.

* * *

Y lo había. Para sorpresa de todos los viajeros del *Alcaudón*, bajo sus pies se extendía una informe masa metálica, resto indudable de un antiguo naufragio estelar. La actitud de todos ellos oscilaba por los distintos grados existentes entre la incredulidad y la sorpresa, e incluso los tres videntes parecían no acabar de creerse lo que les mostraban sus ojos.

Una vez descubierto el pecio, el *Alcaudón* se situó sobre su vertical sincronizando su velocidad con la errática rotación del asteroide -con tan insignificante atracción gravitatoria difícilmente podía hablarse de órbita estacionaria-, tras lo cual procedió a descender lentamente. Aunque Sarpedon jamás había sido hollado por el hombre, en esta ocasión no había nadie interesado en inmortalizar su nombre siendo el primero el hacerlo, lo cual simplificó bastante las cosas.

Da Vico había descubierto un terreno razonablemente llano apenas a unos centenares de metros de su objetivo, razón por la cual él y Salazar decidieron aterrizar allí en lugar de mantener la nave encima de los restos, lo cual les hubiera obligado a saltar sobre ellos. Una pequeña polémica se planteó a la hora de elegir quiénes iban a

integrar la primera expedición, ya que en un principio todos se mostraron dispuestos a ir.

Pero los dos astronautas se mostraron inflexibles. Por razones de seguridad, dijeron, era conveniente que el grupo se dividiera en dos. Uno de los pilotos se acercaría hasta el pecio, mientras el otro permanecería frente a los mandos atento a para cualquier posible emergencia. El ingeniero Steiner formaría parte de la expedición, a la que también se sumó Susan Smith tras abroncar, tildándolos de machistas, a todos aquéllos que osaron convencerla de que se quedara. Por último también Brown se mostró dispuesto a participar, mientras los tres espiritistas fueron mandados a sus camarotes sin mayores contemplaciones; Salazar, que era quien había decidido quedarse en el *Alcaudón*, no quería moscones en torno suyo.

Media hora más tarde da Vico, Brown y los dos científicos salían al exterior. Dada la ínfima gravedad del asteroide el italiano no las tenía todas consigo; aunque la distancia a recorrer era de apenas medio kilómetro y las suelas de los trajes estaban lastradas con gruesas suelas de plomo, albergaba el temor de que sus pasajeros no supieran manejarse en esas condiciones de práctica ausencia de peso y uno de ellos acabara volando... Y así ocurrió con Brown, al cual fue preciso enviar de vuelta a la nave apenas intentó dar los primeros pasos por la superficie de Sarpedon.

Steiner y Susan Smith, por el contrario, no se defendieron demasiado mal, lo que alivió al astronauta; puesto que la rotación del asteroide era bastante rápida, apenas si contaban con un par de horas escasas de luz antes de que les cayera encima la “noche”, y para entonces prefería estar ya de vuelta. Por fortuna el terreno no sólo era bastante llano, sino asimismo razonablemente sólido; no hubiera tenido ninguna gracia que alguno de ellos acabara cayéndose en una grieta oculta bajo el polvo.

Aun con ello, tardaron casi media hora en llegar a su destino. Los restos del misterioso vehículo estaban dispersos por una amplia extensión de terreno y se encontraban muy destrozados, pero su origen artificial quedaba fuera de toda duda. Y todos ellos, incluyendo a los que permanecían en el *Alcaudón*, que eran informados por radio, se encontraban tremendamente excitados.

-¿Qué opina usted, Steiner? -inquirió da Vico al ingeniero.

-No sé que decir... -confesó éste- Estoy completamente desorientado. Lo que sí tengo muy claro, es que este artefacto no tiene nada que ver con nuestras astronaves.

“No, si todavía van a tener razón estos chiflados... -pensó el italiano- Mira que si hemos descubierto realmente un artefacto extraterrestre...”

-¿Pueden venir un momento? -la chillona voz de la arqueóloga, todavía más desagradable dentro de su escafandra, rompió el hilo de sus pensamientos- Creo que he encontrado algo interesante. ¡Ah, tengan cuidado! Hay por aquí unas planchas metálicas muy cortantes.

La americana se encontraba detrás de un ingente montón de chatarra, y hacia allí se dirigieron sus dos compañeros sorteando las agudas aristas.

-¿Qué es lo que has visto, Susan? -preguntó familiarmente el alemán.

-Kurt, ¿tú crees que unos alienígenas usarían nuestro alfabeto latino?

-Evidentemente no. ¿Por qué lo preguntas?

-Pues echad un vistazo a esto. -dijo señalando un objeto que se alzaba ante ella.

Iluminada de lleno por los pálidos rayos del lejano Sol, se encontraba una plancha metálica en la cual se distinguían con toda nitidez, pintadas en color negro, las siguientes letras: "IAZ".

* * *

Piazzzi... Una vez hallada la clave, resultó sencillo indagar en la base de datos del ordenador. A finales del siglo XX, olvidada ya la estúpida carrera espacial desatada por las dos superpotencias de entonces, la astronáutica se orientó hacia el lanzamiento de sondas automáticas que pusieron al alcance de la curiosidad humana a los principales astros del Sistema Solar. Sin embargo, en una primera etapa los asteroides quedaron sistemáticamente olvidados, y hubo de esperar hasta el último año del siglo para que una sonda se pusiera en órbita de Eros.

Desvelados los misterios de los grandes planetas y de sus satélites, al menos hasta donde se podía llegar con los medios entonces disponibles, la humanidad fijó entonces sus ojos en los humildes guijarros que, en número de miles, jalonaban el Sistema Solar. Nada menos que cinco sondas fueron lanzadas simultáneamente con destino a los cinco principales asteroides, bautizadas todas ellas con los nombres de sus respectivos descubridores: *Piazzzi* para Ceres, *Olbers I* para Palas, *Harding* para Juno, *Olbers II* para Vesta y *Hencke* para Astrea.

Todas ellas llegaron a su destino cumpliendo satisfactoriamente con la misión que les había sido encomendada, con la única excepción de la primera, la cual se perdió en el transcurso del viaje sin que jamás se llegara a saber lo que le había ocurrido... Y Ceres continuó siendo un desconocido para el hombre.

Jamás llegó a construirse la en un principio prevista *Piazzii II*. La era de las viejas sondas espaciales había llegado a su fin, y una nueva generación de astronaves mucho más versátiles y capaces -las *Nova*-, que llevaban ya en su diseño el embrión de los futuros impulsores *goxila*, preludiaron la inmediata colonización del Sistema Solar. Ceres fue finalmente explorado, pero lo ocurrido a la sonda *Piazzii* siguió envuelto en el misterio.

Y ahora la habían encontrado ellos, completamente desviada de la que debería haber sido su ruta. ¿Qué hacía allí esa reliquia de la astronáutica, tan lejos no sólo de la órbita de Ceres, sino incluso del cinturón de asteroides? Nunca lo sabrían, pero lo cierto era que sus restos se encontraban sobre la polvorienta superficie de un pequeño guijarro que se desplazaba por la órbita de Júpiter.

-Bueno, ¿qué hacemos ahora? -preguntó da Vico a sus desolados compañeros- Me temo que no nos queda nada que hacer aquí.

-Todo perdido... -musitó Brown con un hilo de voz- Todo perdido.

-Hombre, todo no. -le rebatió Susan Smith, en el fondo no demasiado convencida- Hemos hallado unos restos arqueológicos de gran valor, y a los estudiosos de la astronáutica les resultará muy interesante nuestro descubrimiento.

-Hay una cosa que me intriga sobremanera. -exclamó Salazar interrumpiendo a la arqueóloga- ¿Cómo es posible que una sonda enviada a Ceres se desviara tanto de su trayectoria, y que encima diera la casualidad de que viniera a estrellarse en un minúsculo troyano situado en plena órbita de Júpiter?

-Sí, realmente es muy extraño. -asintió el ingeniero alemán- Aunque estas sondas carecían prácticamente de motores y navegaban aprovechando su impulso inicial y, en ocasiones, la atracción gravitatoria del Sol o de los diferentes planetas, lo cierto es que mis colegas de finales del siglo XX lograron realizar unas verdaderas carambolas cósmicas... No, no es verosímil que la *Piazzii* acabara precisamente aquí; algunas misiones fallaron, eso es cierto, pero nunca por culpa de tan aparatosa falta de puntería.

-¿Qué está sugiriendo?

-¿Yo? Nada en absoluto. Soy ingeniero, y sólo creo en aquello que se puede comprobar. Pero aquí los amigos -y señaló displicentemente a los contritos y silenciosos espiritistas- quizá puedan proporcionarnos una explicación esotérica, como por ejemplo que una nave extraterrestre capturó la sonda y, después de examinarla, la abandonó a su suerte tirándola por ahí...

-No se burle usted de nuestros compañeros. -le recriminó Brown enfatizando el final de la frase- Al fin y al cabo ellos nos han traído hasta aquí, por lo que no creo que podamos atribuir el descubrimiento de la sonda a la casualidad. Así pues, no toleraré que se pongan en entredicho sus aptitudes.

Ante el bufido del alemán, que intentaba descargar toda su frustración sobre los infelices videntes, Salazar y da Vico optaron por hacer mutis por el foro escabulléndose discretamente; ésta no era su guerra, y además tenían que preparar el viaje de vuelta a Marte.

* * *

-Señores, esto es todo lo que hay. Lo toman, o lo dejan.

Da Vico y Salazar se encontraban sentados frente a uno de los más afamados abogados de Marte. Saberse en territorio ajeno los amedrentaba, lo cual era probablemente el efecto buscado por la teatral decoración del impresionante bufete. Pero eran lentejas, y si querían resolver el contencioso que mantenían con la Universidad Pinkerton no tenían más remedio que apechugar con ese mal trago.

-Nosotros tenemos firmado un contrato con la universidad, y exigimos que lo cumpla. -respondió da Vico con todo el aplomo del que pudo ser capaz, lo cual ciertamente no era mucho.

-Vayamos por partes. -suspiró con fastidio el abogado- Ustedes lo formalizaron con el equipo de gobierno que precedió al actual, el cual les recuerdo que ha sido desautorizado por éste.

-Pero la universidad sigue siendo la misma, y tiene la responsabilidad legal de asumir todos sus compromisos anteriores. -le interrumpió un impaciente Salazar.

-Bueno, en realidad el problema no es tan sencillo. Como ustedes sabrán, la ejecución del legado Pinkerton fue... digamos que un tanto irregular. Unos parientes del finado impugnaron el testamento, que reemplazaba a uno anterior del que ellos eran beneficiarios, alegando que la camarilla que lo rodeó durante sus últimos años de vida se había aprovechado del deterioro de sus capacidades mentales en su propio beneficio. El contencioso fue largo, y coincidiendo con su compromiso contractual un juez decretó la congelación cautelar de los fondos.

-Todo eso ya lo sabemos. -gruñó el español- Puede abreviarlo.

-Como ustedes prefieran. A diferencia de las reclamaciones anteriores, en las que los familiares de míster Pinkerton se limitaron a reclamar a la universidad la herencia, en esta ocasión llegaron a un acuerdo con las antiguas autoridades académicas, que

habían sido desplazadas por la camarilla, pleiteando ambos conjuntamente contra esta última. Como saben ustedes la ejecución del legado por parte de la universidad estaba sometida a unas condiciones muy estrictas y, a juzgar por el último y definitivo fallo judicial, contra el que no cabe ya recurso alguno, resultaban además completamente arbitrarias.

-También conocemos eso. -comentó da Vico- Y ahora ambas partes, universidad y familiares, gestionan el legado a través de la recién creada Fundación Pinkerton, mientras todos los espiritistas y demás familia han sido expulsados de la universidad. Pero sigo insistiendo en que existen unos compromisos que la universidad, la Fundación o quien quiera que sea, están obligados a cumplir.

-Me temo que no resulta tan sencillo. Entre los diferentes cargos por los que fueron condenados sus... er... contratantes, se cuentan no sólo la coacción a un anciano con las facultades mentales mermadas, la estafa o el descrédito infligido a una institución docente, sino también la malversación de los fondos cuya custodia habían conseguido irregularmente... Y ahí entramos de lleno en su problema. La universidad se niega a pagar un solo céntimo por una iniciativa que considera tan absurda como dañina para sus propios intereses... Si me permiten una comparación, es como si alguien pretendiera pagar con dinero robado y el deudor se lo reclamara a su legítimo propietario.

-Existe un contrato por medio. -insistió con tozudez el astronauta- Y nosotros podríamos reclamarles daños y perjuicios por su incumplimiento...

-Por supuesto, por supuesto; nadie les niega ese derecho. Pero tendrían que reclamárselos no a la universidad, sino a los miembros de su antiguo equipo de gobierno, que son con los que lo suscribieron. Con toda seguridad ganarían el pleito, pero mucho me temo que podrían encontrarse con problemas a la hora de recibir el dinero... Después de ser expulsadas de la universidad, todas estas personas han quedado reducidas a un estado económico digamos que bastante insolvente.

-También podríamos reclamar a la propia universidad. -insistió Salazar- Nada nos lo impide.

-Háganlo. -retó el abogado- Pero les advierto que el pleito duraría años, y la universidad cuenta con el apoyo de algunos de los mejores profesionales de la abogacía... Aunque me esté mal decirlo. -concluyó con falsa modestia.

-En resumen, que tienen la sartén por el mango. -replicó rencorosamente da Vico.

-Bueno, ésta es una forma demasiado brusca de afirmarlo... Yo prefiero decir que un acuerdo amistoso siempre sería preferible a una reclamación judicial.

-Siempre y cuando se haga una oferta razonable, no las condiciones leoninas que nos ha propuesto.

-Permítame que discrepe con usted, pero a mí personalmente me parecen justas. La universidad, o mejor dicho la Fundación, les ofrece sufragar todos los gastos del viaje, una compensación razonable por las molestias causadas y una gratificación bastante generosa por el hallazgo de los restos de la sonda *Piazzini*...

-Lo primero es algo que se cae por su propio peso, y además ya estaba pagado. -respondió el italiano- Así pues, no nos regalan nada. Lo último es una simple propina comparado con el beneficio que va a obtener la Fundación Pinkerton gracias a la explotación de los derechos televisivos, cinematográficos y literarios del tema; se notan los nuevos aires que los herederos del señor Pinkerton han dado a su flamante fundación. -comentó con sorna- Y en cuanto a lo que usted llama una compensación razonable por las molestias... Bien, para nosotros es una burla. Teniendo en cuenta nuestros honorarios habituales...

-Que suelen ser muy inferiores a los que reclamaron a míster Brown, no lo olviden... -puntualizó el abogado- Pero en eso no hay ningún problema. Si ustedes lo prefieren, siempre se podría recurrir a un peritaje para determinar la cuantía del quebranto de lucro sufrido por ustedes al haber perdido otros posibles clientes mientras estuvieron contratados por la Universidad de Pinkerton; eso sí, necesitaríamos su documentación fiscal de los últimos años para poder calcular correctamente los baremos.

-Bueno, no creo que eso sea necesario. -se rindió da Vico tras consultar con la mirada a su enmudecido amigo- Tal como afirma un viejo dicho español, pleitos tengas y los ganas. Nos sigue pareciendo insuficiente, pero preferimos renunciar al resto antes que meternos en líos de juzgados.

-Celebro que sean ustedes tan razonables. -remachó cínicamente el abogado al tiempo que les extendía un cheque.

NEC HIEDE

-Esto es completamente absurdo. -gruñó Salazar sin levantar la vista de los controles- Chatarreros espaciales... ¡Habrás visto!

-Bueno, Miguel, tampoco es para ponerse así. -respondió su compañero, plácidamente repantigado en el asiento del copiloto-. Al fin y al cabo, la otra vez no nos fue tan mal... Acabamos encontrando la *Piazzì*.

-¿Y qué ganamos con ello, salvo la mísera compensación que nos regatearon los buitres de la Universidad Pinkerton? -ellos fueron los únicos que se beneficiaron del hallazgo.

-Además, eso de chatarreros suena muy feo. -fintó da Vico intentando esquivar el escabroso asunto de su reciente chasco- Digamos que practicamos arqueología astronáutica. Además -continuó, dejando a su irritado amigo con la boca abierta- esta vez trabajamos por cuenta propia. Nadie dirige nuestros pasos, y nadie se beneficiará de nuestros esfuerzos. Y por encima de todo, no tenemos que aguantar a ningún pasajero molesto.

-Olvidas un pequeño detalle: Estamos sin blanca, y debemos hasta el combustible del *Alcaudón*. Como no encontremos nada, mucho me temo que tendremos serios problemas económicos.

-¿Acaso supone esto alguna novedad? -se burló el italiano- Escúchame, amigo mío; puestos a estar con la soga al cuello, prefiero depender de mí mismo que tener que aguantar a mamarrachos de cualquier calibre, o jugarme el pellejo con tipos peligrosos. Y a unas malas, siempre podremos vender el *Alcaudón* y volvernos a la Tierra...

-A este paso tendríamos que vender hasta los calzoncillos para saldar la deuda... -rezongó el español- Porque no podemos estar dando tumbos al buen tuntún; nosotros no somos *médiums* -escupió la palabra-. Además, no somos los únicos.

Salazar estaba en lo cierto. A raíz del descubrimiento de la sonda *Piazzì*, que tan pingües rendimientos había dado a la universidad de Smallville pero no a los propietarios del *Alcaudón*, se había desatado una auténtica fiebre por buscar todos los viejos pecios que la actividad astronáutica del hombre había desperdigado por el espacio... Y que eran muchos, a juzgar por la lista publicada, tras una exhaustiva investigación, por uno de los principales periódicos de la Tierra. De repente diversas instituciones públicas y privadas, así como cualquier medio de comunicación que se preciara, se habían apresurado a prometer jugosas recompensas para quien fuera capaz

de rescatar cualquiera de los antiguos cacharros que habían sido lanzados al espacio en los albores de la conquista espacial, los cuales habían sido ignorados hasta entonces mientras describían olvidadas órbitas por todo el Sistema Solar.

La tentación era fuerte, pero la competencia tampoco era manca. Fueron muchos los que se lanzaron de lleno a la aventura espoleados por el espejismo de los premios, demasiados para un puñado de objetivos que apenas rebasaban en número el centenar... De los que además se desconocía su paradero, ya que en su mayor parte éstos se habían desviado de sus trayectorias originales y nadie sabía por donde podían andar. Huelga decir que la inmensa mayoría de estos modernos buscadores de tesoros volvieron con las manos vacías y el rabo entre las piernas, mientras tan sólo unos pocos afortunados habían tenido la suerte de culminar con éxito la búsqueda topando con los restos de una vetusta sonda espacial o, más frecuentemente, con el corroído casco de algún olvidado carguero sin más valor que su peso en chatarra. Eso sí, la iniciativa sirvió al menos para limpiar de basura las atestadas rutas que enlazaban los principales astros del Sistema Solar.

En un principio Salazar y da Vico, escaldados por su reciente descalabro, hicieron caso omiso de estos cantos de sirena, ignorando olímpicamente este frenesí buscador para dedicarse a tareas más prosaicas, pero sin duda más seguras, como la de transportar mercancías o pasajeros por todo el cinturón de asteroides... Con escasos resultados prácticos, todo sea dicho. Pero cuando habitualmente magra cuenta corriente comenzó a lanzar desesperados mensajes de alarma y sus siempre contados clientes escasearon hasta desaparecer prácticamente por completo, se vieron en la necesidad de replantearse sus problemáticas actividades laborales.

Aunque Salazar no quería saber absolutamente nada de todo cuanto supusiera volver a lanzarse a la ventura rodando sin tino de asteroide en asteroide, su más pragmático camarada intentó convencerlo de la conveniencia de tentar de nuevo a la suerte. Por fortuna para ellos la fiebre buscadora de tesoros errantes había remitido hacía ya tiempo, y eran muy pocos los que continuaban en el empeño con mucho más tesón que fortuna. Así pues competencia al menos no iban a tener, eso era cierto, pero las posibilidades de éxito se mostraban asimismo bastante remotas.

-Todo lo que podía ser encontrado, ya lo pillaron otros antes que nosotros. -había objetado el siempre pesimista astronauta español- ¿Para qué complicarnos la vida?

-Prefieres seguir emborrachándote en los tugurios marcianos?

Éste había sido un golpe bajo, sobre todo teniendo en cuenta la reciente trifulca en la que se habían visto involucrados frente a un grupo de mineros de Vesta, famosos por su cerrilismo, gracias a la cual habían dado con sus huesos en los calabozos policiales

de Deimos... Amén de los hematomas y las contusiones, que les habían durado bastante más. Al menos, en el espacio estarían más tranquilos.

Finalmente da Vico consiguió que su compañero aceptara embarcarse a regañadientes en tan dubitativa empresa; pero eso no quería decir, ni mucho menos, que hubiera logrado convencer al tozudo Salazar. La principal objeción que le hacía el español, bastante evidente por cierto, era la dificultad que suponía buscar un objeto de relativamente pequeño tamaño en la inmensidad del espacio, comparado con la cual el hallazgo de la famosa aguja en el pajar resultaba un juego de niños. Por si esto fuera poco, se encontraban además con una dificultad añadida: su licencia de navegación les permitía únicamente recorrer el espacio limitado por las órbitas de Marte y Júpiter, una región muy pobre en restos arqueoastronáuticos -la palabreja le había gustado al italiano y la utilizaba con profusión- en comparación con las zonas del Sistema Solar interior, vedadas al *Alcaudón*.

-No importa. -repetía sin cesar el animoso da Vico- Precisamente ha sido entre Venus y Marte donde más cribaron los buscadores de pecios... Eso está ahora más limpio que una patena. Pero el cinturón de asteroides está prácticamente virgen...

-Y también tiene una extensión muy superior. -protestaba el aguafiestas de Salazar- Además, según el Anuario Astronáutico no cabe esperar la existencia allí de más allá de diez o doce objetos dignos de interés... Uno menos si descontamos la *Piazz*. ¿Cómo demonios pretendes buscarlos? Podríamos hacernos viejos antes de dar con uno de ellos.

Pero el italiano se guardaba un as en la manga, y supo utilizarlo en el momento adecuado.

-Mientras tú te dedicabas a dormir la mona, yo estuve husmeando en las bases de datos que circulan por la red... Y conseguí hacerme con las trayectorias que seguían esas sondas cuando se perdieron. Extrapolarlas al momento actual resultó trivial para nuestro ordenador.

-Eso no tiene ningún mérito; estas listas circularon con profusión durante la *Fiebre del Pecio*. -así habían denominado los periodistas a la frenética búsqueda de restos astronáuticos ocurrida apenas unos meses atrás- Una de dos: O los cacharros estaban justo donde se calculaba, con lo cual lo más probable es que alguien se nos adelantara, o no estaban allí por haberse desviado de su ruta... Y entonces, échales un galgo.

-No necesariamente. Según los registros, ninguno de esos pecios llegó a ser encontrado... Salvo la *Piazz*, claro.

-Con lo cual tenemos solucionada la mitad del problema. -la sorna del habitualmente poco sutil Salazar era más que evidente.

-Amigo mío, a veces me gustaría que fueras un poco más perspicaz. Evidentemente esos cacharros no están donde deberían estar, pero lo cierto es que *están*. Tan sólo tenemos que saber buscarlos.

-Casi nada...

-Tú búrlate. Te aseguro que en la red se puede encontrar toda la información que necesites... Basta con saber rastrearla y, sobre todo, con saber agrupar los datos dispersos.

-Y el señorito lo ha hecho. Enhorabuena.

-Como a ti lo único que te interesa de la red es bajarte películas porno... Pero yo dedico mi tiempo libre a cosas más útiles. Y sí, lo he conseguido, con la ayuda de varios piratillas informáticos con los que trabé amistad hace tiempo. En realidad ellos han hecho casi todo el trabajo, yo me he limitado a recopilarlo sin que ellos supieran, claro está, el verdadero fin de mis pesquisas.

-Desembucha. -Salazar se había puesto repentinamente serio.

-Por un lado, conseguí una serie de programas trazadores de trayectorias inerciales, y los combiné con otros que introducían las perturbaciones gravitatorias de cualquier pedrusco catalogado con más de un kilómetro de longitud. Los apliqué a las ecuaciones de las órbitas originales de los cacharros que andábamos buscando y *voilà*...

-¿Has sido capaz de hacer eso con el cascajo de ordenador que tenemos?

-Hombre, también conté con la ayuda de otro amiguete que me facilitó el acceso a los superordenadores de varias grandes compañías, por supuesto sin que éstas se enteraran y sin dejar el menor rastro de ello. -la sonrisa del italiano se extendía de oreja a oreja.

-¡Joder con la informática!

-Y eso no es todo. Tengo reseñadas las coordenadas actuales de todos estos chismes, y también comprobé que ninguna nave había rondado por los alrededores en los últimos años, al menos en vuelos autorizados... Gracias, claro está, a otro pirata informático que consiguió entrar en las bases de datos del centro de control de tráfico. Por cierto, aproveché las coordenadas de la trayectoria de la Piazzi calculadas por este método para compararlas con las reales, como modo de comprobar la exactitud de mi

programa... Y acertó con una enorme precisión, diciéndome incluso la fecha en la que se estrelló contra la superficie de Sarpedón.

Gracias a estos argumentos, da Vico había conseguido vencer la resistencia de su compañero, arrumbando hacia su primer destino: Un punto situado en la vastedad del cinturón de asteroides en el cual, según sus previsiones, debería encontrarse la sonda *Tombaugh*, un vehículo espacial que jamás logró alcanzar al distante Plutón.

-La *Tombaugh* fue una de las últimas grandes sondas lanzadas a principios del siglo XXI, -a da Vico le encantaba presumir ante su indiferente amigo de los conocimientos adquiridos en la red- y también una de las más sofisticadas, debido a lo remoto de su destino. Se perdió tras un fallo de los motores al intentar realizar una corrección en la trayectoria apenas rebasada la órbita de Marte, y ya jamás se volvió a saber nada de ella.

-¿Y dónde se supone que debería estar ahora? -Salazar, como era habitual en él, siempre tendía a lo práctico.

-Según mis cálculos, se encuentra en una de las lagunas de Kirkwood, concretamente en la situada a 2,45 unidades astronómicas...

-Pues vamos hacia allá.

* * *

Y allá se encontraron, en una de esas vastedades vacías de guijarros espaciales conocidas por los astrónomos con el nombre de lagunas de Kirkwood. Estas curiosas tierras de nadie espaciales, descubiertas por los astrónomos siglos atrás, eran el resultado de las perturbaciones gravitatorias de los planetas, en especial las de Júpiter, que empujaban a los asteroides hacia órbitas más estables, normalmente con algún tipo de resonancia orbital con la del gigantesco astro, expulsándolos de estas regiones prohibidas. Lógicamente las lagunas de Kirkwood eran unos lugares poco o nada frecuentados por los astronautas, puesto que nada había que se pudiera encontrar allí... Salvo presuntamente la sonda perdida, tras cuyo rastro iba el tenaz *Alcaudón*.

-No lo entiendo. -gruñía, por variar, el desconfiado Salazar en uno de los periódicos descansos que ambos astronautas realizaban para comer- Si esta región es inestable gravitatoriamente, ¿qué demonios pintamos aquí? Lo normal es que la *Tombaugh* haya salido rebotada a algún otro sitio, igual que ocurrió con los asteroides.

-No te precipites. -respondió su amigo- La resonancia gravitatoria es un proceso muy lento, de millones de años cuanto menos... Y nuestra sonda se perdió hace sólo dos

siglos. Además, su tamaño es demasiado pequeño para que sea afectada en la medida que lo son los asteroides.

-Bueno, bueno, tú sabrás... -concluyó el español al tiempo que lanzaba una feroz dentellada al bocadillo que constituía su única pitanza.

Varios días después la *Tombaugh* seguía sin haber sido encontrada. La técnica de los tripulantes del *Alcaudón* no podía ser más sencilla, a la par que tediosa: Se limitaban a describir grandes bucles con el radar conectado a la máxima potencia, en busca de un objeto de tamaño similar al de la esquivia sonda... Pero el espacio que los rodeaba se mostraba más vacío que sus bolsillos, sin que ningún objeto de mayor tamaño que un alfiler mancillara su prístina virginidad.

Huelga decir que, conforme pasaba el tiempo, la decepción hacía mella en el ánimo de los dos astronautas, especialmente en el más irascible Salazar, cuyo mal humor crecía exponencialmente según transcurrían los días. Sus trifulcas eran constantes, y sólo la flema a prueba de bomba de su amigo impedía que ambos acabaran como el rosario de la aurora... Pero todo tenía un límite, y tarde o temprano tendrían que plantearse la necesidad de retornar con las manos vacías.

Finalmente Salazar había dado un ultimátum al italiano: Si en tres días no encontraban nada, darían la vuelta por donde habían venido.

Los dos primeros días o, por hablar con mayor propiedad, los dos primeros períodos de veinticuatro horas, transcurrieron sin que nada perturbara la exasperante rutina de a bordo, para satisfacción de Salazar y desesperación de su compañero. Pero en la *madrugada* del tercer día...

El estridente sonido de la alarma arrancó bruscamente a los dos astronautas de su sueño. El radar había detectado algo, y ambos se arrojaron de sus literas apresurándose a ver de qué se trataba.

Allí estaba. Casi al límite de la capacidad de detección del radar, a varios millones de kilómetros de distancia, se encontraba un cuerpo desconocido de apenas unas decenas de metros de diámetro, demasiado pequeño para ser una astronave y, mucho menos, un asteroide. Tampoco emitía ningún código electrónico de identificación. Pero existía.

-¡Lo hemos cazado! -exclamó da Vico presa de la excitación- Ya es nuestro.

-Todavía no sabemos qué pueda ser... -masculló su compañero- Está demasiado lejos para que podamos verlo.

-Hombre de poca fe... ¿Qué puede ser, si no? Tiene el tamaño justo de la sonda, y no hay un maldito pedrusco digno de tal nombre en un montón de millones de kilómetros a la redonda...

-Bueno, en vez de discutir, lo mejor que podemos hacer es ir a su encuentro. ¿Tienes las coordenadas de su trayectoria?

-Todavía no, tendremos que esperar al menos un par de horas para calcular su paralaje. Pero hemos tenido suerte; apenas necesitaremos desviarnos treinta grados como mucho de nuestra ruta; lo tenemos prácticamente delante de nuestras narices.

* * *

No era la *Tombaugh*, sino un vulgar guijarro en forma de patata de aproximadamente veinte metros de largo... Un anónimo despojo cósmico que ni siquiera tenía tamaño suficiente para ser catalogado como asteroide, algo tan ínfimo que no se veía afectado por la atracción gravitatoria del gigantesco Júpiter que quizá, si algún día el azar le pusiera un planeta en su camino, gozaría de un efímero instante de gloria convertido en una estrella fugaz antes de desaparecer quemado en la atmósfera; en definitiva, un simple meteorito.

-Vaya chasco. -fue la decepcionada exclamación de da Vico una vez comprobada la naturaleza de su presa.

-Y lo peor de todo, es que se trata de un miserable condrito que maldito para lo que sirve. -remachó su frustrado compañero- Si al menos hubiera tenido metales de interés...

-De poco nos hubiera servido; es demasiado grande para introducirlo en la bodega, y carecemos de herramientas para trocearlo.

-Pero habríamos podido remolcarlo hasta algún muelle espacial...

-¿Estás de broma? ¿Tú sabes la inercia que debe de tener el bicho ese? Nos arrastraría a nosotros, y no al contrario.

-Está bien, tío listo. -superada su momentánea frustración Salazar comenzaba a recuperar su habitual mal humor- ¿qué hacemos ahora?

-Buscar otra sonda. -respondió flemáticamente el italiano.

* * *

Varios días, una discusión y una borrachera después, Salazar aceptó de mala gana la sugerencia de su compañero. El nuevo objetivo a buscar era la *Fobos 1*, una antigua

sonda rusa lanzada al espacio a finales del siglo XX. Su destino previsto era Marte, pero apenas dos meses después de su lanzamiento un absurdo fallo informático provocó la pérdida del contacto por radio, resultando imposible restablecerlo... Hubiera sido como buscar una aguja en un pajar. Y nunca más se volvió a saber nada de ella.

Ahora da Vico afirmaba saber donde encontrarla, pero tras el fracaso de la búsqueda de la *Tombaugh* convencer a su testarudo amigo no se presentaba como una tarea fácil.

-La *Fobos* jamás llegó a entrar en órbita alrededor de Marte, ya que al no poderle enviar las instrucciones precisas para corregir su trayectoria pasó de largo adentrándose en el cinturón de asteroides. -le explicaba una y otra vez intentando vencer su berroqueña oposición.

-Pero en el perihelio volverá a aproximarse al Sol; supongo que su órbita actual será una elipse muy excéntrica que sólo rebasará la de Marte en el afelio.

-Efectivamente. Pero ocurre que es ahora cuando la sonda se encuentra allí, con lo cual lo tenemos bien fácil.

-Je, como nos ocurra igual que con la otra sonda... Además, en todos estos años la *Fobos* ha tenido tiempo sobrado para pasearse unas cuantas veces por el Sistema Solar interior... Y eso está más concurrido que una taberna en el día de barra libre. Mira que me extraña que no la hayan descubierto al menos una docena de veces.

-Pues no; por extraño que parezca, la sonda sigue perdida Lo he comprobado. Casualidades de la vida.

Sin embargo, si finalmente da Vico consiguió convencer al español, fue únicamente porque la ruta que les conducía de regreso a Marte pasaba casualmente por las cercanías del lugar donde, según sus previsiones, debería encontrarse la sonda. En realidad Salazar no se molestaba lo más mínimo en disimular su escepticismo, pero estaba deseando volver a *casa* -entendiendo como tal los garitos que solía frecuentar en Deimos- y pensaba con pragmatismo que ésta era la manera más rápida de conseguirlo... Con permiso de su amigo. En cuanto a da Vico, pese a su cada vez más débil entusiasmo, quería intentarlo de nuevo.

El trayecto se desarrolló sin ningún incidente, y tanto da Vico como Salazar se encontraban -aunque por diferentes motivos- de relativo buen humor. Pero un *día*, cuando se encontraba ya cercanos a su destino, un monumental denuesto del español despertó a su compañero de la siesta.

-¿Qué pasa, Miguel? -le preguntó, todavía adormilado- ¿A qué vienen esos gritos?

Soltando por su boca una selecta colección de epítetos malsonantes, Salazar se limitó a mostrarle en la pantalla la página principal de uno de tantos periódicos digitales que abundaban en la red, en cuya portada se podía leer en gruesos titulares el descubrimiento de la perdida sonda *Fobos 1* por parte de un equipo de investigadores japoneses después de diez años de arduas investigaciones. Para mayor ironía del destino, el hallazgo había tenido lugar muy cerca de la ubicación calculada por da Vico.

* * *

-Volvemos a Marte. Y por el camino más corto.

-Pero hombre...

-No hay peros que valgan. Estoy hasta las narices de esta estupidez.

-Escúchame, Miguel. Aceptemos que mi método resultó fallido la primera vez. De acuerdo. Pero acertó la segunda; simplemente, tuvimos la mala suerte de que se nos adelantaran. Pero esto no tiene por qué volver a ocurrir; todavía nos quedan...

-¡Y un cuerno! -exclamó furiosamente su amigo- Prefiero volver a Marte y esperar a que nos contraten para transportar algún flete, antes que seguir dando tumbos sin tino por medio cinturón de asteroides. Conmigo no cuentas.

-Pues mucho me temo que no podemos dividir al *Alcaudón* en dos... Porque yo quiero seguirlo intentando.

-Pero yo no...

La tormenta se cernía sobre la pequeña cabina del *Alcaudón* cuando la familiar alarma del radar les advirtió de la oportuna detección de un cuerpo extraño.

-¡Lo que faltaba! ¡Ni siquiera aquí nos van a dejar en paz! -gruñó Salazar encontrando un nuevo motivo para volcar en él su mal humor- ¿Qué será ahora? -se burló- ¿Un platillo volante? ¿O quizá un pecio a la deriva cargado de tesoros?

-Me alegra que hayas recuperado tu sentido del humor. -le respondió con sorna da Vico- Pero lamento desilusionarte; lo más probable es que se trate de nuevo de un inocente meteorito. Comprobaré que no pase demasiado cerca de nosotros.

-¿Qué, se digna a rendirnos pleitesía? -preguntó minutos después el español a su enfrascado compañero, al comprobar que éste no respondía.

-No es un meteorito. -dijo al fin el piloto italiano haciendo caso omiso de la pulla- Sino un carguero. Y de los grandes.

-Pues mándale recuerdos de mi parte...

-Va a ser difícil, me temo; no emite ninguna señal de identificación, ni responde a la radio. Aparentemente, está muerto.

-¡Qué bien! A lo mejor, hasta encontramos un tesoro dentro.

-Claro. Y una bandera negra, con una calavera pintada... Anda, no seas bocazas. Pero creo que merecería la pena echarle un vistazo.

-¿Por qué no? Además, esto no nos desvía demasiado de la ruta de Marte.

* * *

El carguero era realmente grande, y a su lado el *Alcaudón* parecía un insignificante mosquito. Aparentemente estaba abandonado, y pronto pudieron descubrir la razón: Uno de los motores principales estaba destrozado, y el otro se encontraba asimismo seriamente dañado. En tales condiciones resultaba imposible maniobrar, lo que le había convertido en un cuerpo muerto. Con toda probabilidad su tripulación lo había abandonado en las naves auxiliares, lo que explicaba su silencio... Aunque no la inexistencia de una radio baliza.

En estos casos la legislación era clara: Quien encontrara un buque abandonado y no reclamado por sus dueños pasaba a ser su legítimo propietario. Si, por el contrario, éste era reclamado, le correspondería un porcentaje de su valor en concepto de recompensa por el rescate... Siempre y cuando lo remolcara hasta un puerto espacial, algo que debido a su tamaño el *Alcaudón* sería incapaz de hacer; pero siempre podrían rebañar algo.

Cada vez más interesados en su hallazgo, da Vico y Salazar no prestaron demasiada atención al nombre y la matrícula que figuraban en el férreo casco del carguero; con toda probabilidad se trataría de una bandera de conveniencia, ya que hasta las grandes compañías mineras que operaban en el cinturón de asteroides solían recurrir a terceras empresas, no siempre en situación escrupulosamente legal, para realizar sus transportes de mercancías, al resultarles mucho más barato que realizarlo ellas mismas... Sobre todo si conseguían burlar, siquiera parcialmente, la voracidad fiscal de las autoridades interplanetarias. De este modo, a veces resultaba difícil descubrir la identidad de los verdaderos propietarios del flete, enmascarada tras una maraña de siglas interpuestas.

Así pues el *Pegasus* -este era el nombre del carguero- figuraba en la base de datos de la red como propiedad y único patrimonio de una pequeña compañía dedicada teóricamente al transporte de mercancías entre Marte y la Tierra, una ruta que quedaba muy alejada del lugar en el que se encontraba el pecio.

-Chico, creo que de aquí podremos sacar tajada. -comentaba Salazar a su amigo-
¿Qué dice la red?

-Nada que nos pueda servir de ayuda. Ni está registrado ningún viaje reciente del *Pegasus*, ni consta el tipo de mercancía que transporta en sus bodegas. El último dato que aparece es una travesía entre la Luna y Deimos transportando maquinaria diversa para la construcción de la cúpula de la Gran Syrte... Hace ya casi un año. No consta ningún viaje de vuelta, ni tampoco recorrido alguno por el cinturón. Con la ley en la mano, no debería estar aquí.

-Eso quiere decir que quizá transportara contrabando... Lo que explicaría su mutismo. En este caso, nada nos impide saquear un poco las bodegas en beneficio propio, lo justo para llenar el *Alcaudón*... Dependiendo de lo que se trate, podríamos colocarlo bastante bien sin llamar demasiado la atención.

-Mientras no sean drogas... -replicó da Vico, escarmentado con su accidentada experiencia con la teocaína.

-Hombre, en ese caso podríamos denunciarlo a la Policía Interplanetaria. También ganaríamos algo.

Pero no era ninguna sustancia prohibida lo que transportaba la *Pegasus*, sino simplemente contrabando: Varios miles de toneladas de rodio e iridio procedentes de los yacimientos minerales del cinturón de asteroides, como pudo comprobar Salazar al introducirse en su desierto interior por una de las escotillas de emergencia.

-¡Guau, chico, vaya filón! -comentó por radio a su compañero, que permanecía ante los mandos del *Alcaudón* en previsión de cualquier posible incidencia- Aunque sólo pudiéramos hacer un viaje, tendremos bastante dinero como para vivir varios meses. Acerca el *Alcaudón* al muelle de carga, que aquí tenemos trabajo para rato...

-Miguel, mucho me temo que no voy a poder hacerlo. -fue la respuesta de su amigo- Viene hacia aquí una nave cuyos tripulantes se han identificado como los propietarios del carguero; y me han advertido de que van armados. Creo que es mejor que vuelvas sin tocar nada.

* * *

-¡Vaya, vaya! Así que metiendo las narices en las propiedades ajenas. Esto está muy feo...

Da Vico miró de hito en hito a su enfurruñado compañero, tragó saliva y, armándose de valor, replicó a su interlocutor.

-No hicimos nada ilegal, señor Jones. Simplemente nuestro radar detectó al carguero, y nos acercamos a él previendo que pudiera necesitar ayuda.

Sam *Fat* Jones, uno de los principales hampones del cinturón de asteroides, se rebulló incómodo en el para él angosto sillón de la sala común del *Alcaudón* donde se encontraban. Finalmente, tras acomodar con mejor o peor fortuna su rebosante humanidad, habló con aire displicente.

-¿Pretenden acaso que me crea ese cuento? Si llegamos a aparecer algo más tarde, a buen seguro que habrían saqueado a conciencia las bodegas del *Pegasus*.

-¡No tiene ninguna prueba de ello! -exclamó nerviosamente Salazar.

-Amigo mío, no estamos ante ningún tribunal, y yo aborrezco a toda esa ralea de abogados, jueces y demás familia. -le espetó acremente su interlocutor tras descargar una sonora risotada- Aquí mando yo, y me sobran todas esas artimañas legales. Ustedes fisgaron sin mi permiso en el interior de un carguero de mi propiedad, y eso para mí es más que suficiente.

-Pero...

-¡No hay peros que vagan! No obstante, -suavizó- he de confesar que en el fondo me caen simpáticos; tengo motivos para estarles agradecido al haberme librado de ese maldito Stöll.

-Entonces...

-¡No me interrumpa! Sí, gracias a ustedes conseguí desembarazarme de mi principal rival, pero... ¿no creen que tengo razones para sospechar que pudieran irle con el chivatazo a la bofia? Y eso no me gustaría lo más mínimo.

-Nosotros... -un feroz culatazo en las costillas, propinado por el silencioso gorila que los custodiaba, tuvo la virtud de acallar al español sin necesidad de que el mafioso moviera un solo dedo.

-Gracias, *Bugs*, estaba empezando a hartarme. Bien, sigamos. En realidad, poco me hubiera importado que ustedes llenaran su nave con parte del cargamento que transporta el *Pegasus*; la merma hubiera sido pequeña, y podría haberlo considerado como una gratificación por los servicios prestados. Pero... -calló frunciendo teatralmente el ceño- Ustedes han visto demasiado y eso va en contra de mis intereses, máxime teniendo en cuenta la bien merecida fama de lenguaraces que tienen los astronautas independientes; sobre todo cuando han bebido lo suficiente, algo que, por desgracia, suele ocurrir bastante a menudo.

»Créanme que a mí me encantaría poderles mostrar mi agradecimiento por el favor que me hicieron, pero tengo el defecto de ser muy miedoso... Y no quisiera que los sabuesos de la Policía Interplanetaria se llegaran a enterar de lo que transportaba el *Pegasus*. Compréndanlo, he de velar por mis intereses, y ese cargamento me ha costado mucho dinero... ¡Déjalo, *Bugs*, ya es suficiente! -ordenó al matón, evitando que éste volviera a golpear, esta vez en la cabeza, al tozudo Salazar.

-La Policía Interplanetaria no tiene por qué enterarse de esto. -replicó da Vico aprovechando la interrupción- Tiene usted nuestra palabra de que guardaremos silencio.

-Palabras, palabras... Las palabras se las lleva el viento. Amigos míos, -su tono de voz sonaba tan compungido como falso- ¿creen ustedes que podría haber llegado tan lejos de haber confiado en la palabra de la gente? ¿Tienen idea acaso de cuántas veces me han traicionado aquéllos de cuyas promesas me fié? Les juro, con la mano en el corazón, que me encantaría poder creer en ustedes, pero... No puedo. Lo siento en el alma.

-¿Qué pretende hacer con nosotros? -gruñó Salazar.

-¡Oh, les prometo que será limpio e indoloro! No puedo hacer menos por ustedes. -respondió hipócritamente *Fat Jones*- Parecerá un accidente. Su nave será encontrada a la deriva con una grieta en el casco, y ustedes estarán en su interior sorprendidos por la súbita descompresión; no les habrá dado tiempo a calarse las escafandras. Les garantizo que no sufrirán lo más mínimo; no me gusta ser cruel.

-Le agradecemos su humanidad. -escupió con sarcasmo el piloto español antes de recibir un demoledor culatazo que le sumió en las tinieblas.

* * *

La vuelta a la consciencia del astronauta no fue precisamente agradable; la cabeza le dolía como si le hubiera pasado por encima una manada de elefantes. Al abrir los ojos, contempló frente a él el ceñudo rostro de su amigo.

-¡Vaya, al fin despertó el bello durmiente! ¡No te muevas! El golpe que te dio ese animal hubiera bastado para tumbar a una mula. Menos mal que tienes la cabeza bastante dura... literalmente. -ironizó.

-¿Qué pasó? -logró balbucir al fin.

-Pues que el señor bocazas se ganó una caricia del energúmeno que nos vigilaba por no ser capaz de mantener la boca cerrada.

-Déjate de sarcasmos; no estoy de humor para ello. ¿Dónde estamos?

-¿Dónde vamos a estar? Encerrados en uno de los camarotes del *Alcaudón*, prisioneros de esa asquerosa bola de sebo.

-¿Nos va a matar? -musitó el español con un hilo de voz, comenzando a recordar lo ocurrido.

-No por ahora, o al menos eso espero. Mientras tú soñabas con los angelitos, papá Luiggi tuvo que estrujarse las meninges intentando convencer a ese animal con botas de que le éramos más útiles vivos que muertos.

-¿Cómo lo hiciste? ¡Uf! -se derrumbó Salazar, fracasando en su intento de incorporarse de la litera en la que yacía- ¡Esto duele!

-Pues da gracias a que te he puesto una dosis de caballo de analgésico; lo que me extraña, es que no te partieran la crisma. Como te decía: Empecé a dorarle la píldora al cerdo ese con el tema de nuestra aventura con los cretinos de la Universidad Pinkerton y nuestra posterior búsqueda de sondas perdidas... Le dije que el numerito de los videntes había sido únicamente un montaje de estos fulanos para camuflar un método de búsqueda científico e infalible, despistando así a posibles competidores, y que de no ser por el golpe de estado que tuvo lugar en la universidad, hubiéramos acabado encontrando el dichoso platillo volante... Y que nosotros, una vez libres de ellos, habíamos decidido continuar la búsqueda por nuestra cuenta. Conseguí convencerlo de que habíamos conseguido robarles buena parte, aunque no todo, del programa informático de búsqueda, y que con anterioridad al descubrimiento del *Pegasus* habíamos estado probándolo siguiéndoles el rastro a varias sondas desaparecidas...

-Tú estás loco. -gimió Salazar- ¿Acaso te crees capaz de engañar a ese mafioso? Nos arrancará la piel a tiras en cuanto tenga la más mínima sospecha de que le estamos engañando.

-Puede. -respondió flemáticamente da Vico- Pero la alternativa que se nos presentaba no resultaba ser precisamente halagüeña... Mientras hay vida hay esperanza, y al menos por el momento he conseguido hacerle tragar la bola.

-No resultará...

-De momento, está resultando. *Fat Jones* es un individuo tremendamente astuto, pero no demasiado inteligente. Y como suele ocurrirles con mucha frecuencia a este tipo de personas carentes de estudios, siente una irrefrenable mezcla de aversión y respeto por todo aquello que huela, aun remotamente, a ciencia. No me fue demasiado difícil convencerlo de que la posesión de este platillo volante, lo que pondría a su alcance la presumiblemente avanzadísima tecnología del mismo, podría convertirlo en el amo del Sistema Solar, e incluso me permití el farol de invitarlo a inspeccionar mi

famoso sistema informático... Cosa que rehusó hacer para no poner en evidencia su ignorancia. Eso sí, tendremos que andar con pies de plomo si queremos seguir teniendo la cabeza sobre los hombros; es tremendamente desconfiado, y carece por completo de escrúpulos.

-Está bien, señor sabihondo, nos hemos librado del primer asalto gracias a la campana. Pero ahora, ¿qué?

-Ya se nos ocurrirá algo. -fue la filosófica respuesta del italiano.

* * *

-El jefe quiere verte.

El gruñido del gorila que atendía por *Bugs* sacó de su ensimismamiento a los dos astronautas, los cuales, ignorantes de a cual de ambos iba dirigido el singular, miraron interrogantes al estólido rostro del matón.

-Tú. -precisó en un esfuerzo intelectual, señalando a da Vico- ¡Y rápido!

El italiano se incorporó con parsimonia mientras su compañero, tras fusilar al cancerbero con una mirada cargada de odio, volvió a tumbarse en su lecho.

El recorrido fue corto, justo hasta el estrecho compartimento que oficiaba de sala común. Allí se encontraba *Fat Jones*, plácidamente entronizado en un sillón construido a su medida que se había hecho traer desde su nave.

-Bueno, amigo, odio perder tiempo. -fue su intempestivo saludo- Así que voy a ir al grano. Quiero que me lleves hasta ese platillo volante por el camino más corto; soy un hombre muy ocupado, y no puedo entretenerme en esto más de lo imprescindible. ¿Queda claro?

El astronauta tragó saliva y asintió débilmente con la cabeza. La instalación en el angosto recinto del gigantesco sillón y de un armario que posteriormente se supo que estaba repleto de bebidas selectas, había colmado prácticamente su capacidad, lo que había obligado a retirar la mayor parte del mobiliario original... Incluidos los asientos. Así pues, da Vico se vio obligado a permanecer de pie frente a su captor.

-Escúchame. -recalcó el mafioso apuntándole con un vaso de bourbon que sostenía en la gruesa mano derecha- No me gustan las bromas, ni mucho menos los engaños. A la menor sospecha de ello, tú y tu amigo lo vais a pasar bastante mal. ¿Entendido? -concluyó, deslizando explícitamente el dedo índice sobre el cuello.

-Sí... señor. Entendido.

-Así me gusta. Te voy a dejar bien claro lo que quiero. Mi yate *Tireless* se queda junto al *Pegasus*; en él han venido los técnicos encargados de inspeccionar el carguero, y probablemente tendrán que esperar varios días hasta que llegue otro buque al que se pueda transbordar la carga. Mientras tanto, conviene que lo escolte en previsión de que puedan aparecer otros fisgones merodeando por aquí.

»Puesto que yo hubiera tenido que aguardar en él durante todo este tiempo, he preferido aprovechar vuestro cacharro para buscar mientras tanto el maldito platillo volante. Pero como no me fío de vosotros, me he traído a uno de mis hombres para pilotar el *Al...* como se llame ¿Es que no podíais haberle puesto un nombre sencillo en inglés, como Dios manda?

-Haré todo cuanto pueda... -musitó da Vico.

-¡Cállate! Yo te diré cuando puedes hablar. Mi piloto ha estado inspeccionando el cuaderno de bitácora y los programas de navegación, y ha confesado que no entiende nada. Así pues tú le ayudarás, pero obedeciendo siempre sus instrucciones. ¿Queda claro? ¿Pero qué haces ahí parado? ¡Lárgate a la cabina, que te están esperando!

-¿Y Miguel?

-Tu amigo permanecerá encerrado en el camarote. No te preocupes por él; si se porta bien, no necesitará recibir las caricias de *Bugs*. ¡Fuera de aquí!

* * *

El *Alcaudón* se dirigía hacia Hispania, uno de tantos asteroides perdidos en la vastedad cósmica que delimitaban las órbitas de Marte y Júpiter. Allí era donde da Vico había determinado la presencia del esquivo vehículo alienígena, con una vehemencia tal que había logrado convencer, al menos aparentemente, al obeso mafioso, vehemencia que ya hubiera deseado su amigo para sí.

-Estamos como cabras. -refunfuñaba Salazar en su encierro, donde también había sido recluido su compañero una vez dejó de ser necesaria su presencia en la cabina.

-Puede; pero al menos seguimos vivos, que no es poco.

-Por ahora... Pero, ¿qué pasará cuando lleguemos a Hispania y el gordo que tenemos afuera descubra que le has engañado como a un chino?

-Pues intentaré convencerlo de que ha habido un error de cálculo y que resulta necesario repetir la búsqueda; el caso es ganar tiempo.

-Ya. Y mientras tanto, nosotros seguiremos aquí encerrados intentando comunicarnos telepáticamente con los patrulleros de la Policía Interplanetaria... ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir manteniendo esta farsa? Tarde o temprano se descubrirá el pastel, y mucho me temo que entonces lo vamos a pasar muy mal.

-Míralo por el lado bueno; de no ser por esto, ya estaríamos muertos.

-Si tú lo dices...

* * *

La puerta del camarote se abrió inopinadamente, asomando tras ella el patibulario rostro de *Bugs*.

-El jefe quiere veros. A los dos.

Más muertos que vivos, en especial Salazar, los astronautas se encaminaron una vez más a la sala en la que había sentado sus reales *Fat Jones*. En contra de lo que esperaban, éste se encontraba eufórico.

-¡Bueno, amigo, estabas en lo cierto! -saludó jovialmente a da Vico- Ahí está nuestro platillo volante.

Dando un codazo a su sorprendido amigo para evitar que pudiera meter la pata, el italiano sonrió de oreja a oreja, mostrando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

-Ya se lo dije, señor Jones; éste hubiera sido nuestro destino de no habernos encontrado con usted...

-¡Sentaos conmigo a celebrarlo con una copa! ¡Ah, que no tenéis dónde...! ¡*Bugs*, trae asientos para estos señores! ¿Qué queréis tomar? ¿Bourbon, brandy, whisky...?

* * *

El *Alcaudón* se encontraba, como tuvieron ocasión de comprobar más adelante, girando en órbita alrededor de Hispania, un insignificante pedrusco descubierto a principios del siglo XX por el astrónomo español José Comas Solá, que en nada se diferenciaba del resto de sus hermanos excepto en el hecho de que las imágenes tomadas desde la nave mostraban la existencia de un objeto metálico con forma de cúpula posado sobre su superficie. Aunque la distancia a la que se encontraban era todavía demasiado elevada para poder apreciar los detalles del mismo, no cabía la menor duda acerca de su naturaleza artificial.

-Vamos a aterrizar al lado del pecio, en una llanura que no parece presentar dificultades según me ha comunicado Dough. -les explicó *Fat Jones* refiriéndose al piloto- Acto seguido, nos acercaremos a explorarlo.

-Y nosotros? -inquirió da Vico.

-Prefiero que permanezcáis encerrados aquí; no me gustaría que aprovecharais la ocasión para hacerme una jugarreta. Pero no os preocupéis; si es cierto que eso que tenemos delante es un platillo volante, sabré ser generoso con vosotros.

-Está bien... -obedeció mansamente el italiano- Vamos, Miguel, a nuestro cuarto.

El desenlace fue rápido. Apenas unos minutos después de que los tres mafiosos abandonaran el *Alcaudón*, se abrió bruscamente la puerta del calabozo donde se encontraban encerrados los astronautas. Unos segundos más tarde las cabezas de ambos se encontraban encañonadas por los fusiles que portaban sendos miembros de la Policía Interestelar enfundados en sus armaduras de combate.

-Bien... venidos, chicos. -acertó a musitar Salazar antes de caer desmayado al suelo.

* * *

-Decidme, ¿cómo os las apañáis para meteros siempre en estos fregados? -la voz de Matías M'Babane, comandante en jefe de la Policía Interplanetaria, sonaba divertida- Ni que lo hicierais a propósito.

-Pues yo le puedo asegurar que no lo buscamos. -respondió da Vico, menos cohibido que su compañero- Se trata simplemente de una desafortunada coincidencia.

-Casualidad o no, lo cierto es que habéis tropezado dos veces con peces gordos del hampa, y las dos habéis tenido la fortuna de salir bien librados... Pero yo no volvería a tentar a la suerte; esos individuos son peligrosos.

-Esta vez no fue culpa nuestra. -se disculpó Salazar- Pasábamos por allí... Y conste que no estábamos haciendo nada ilegal.

-Sí, eso es cierto... -concedió el policía- Sin que sirva de precedente. Pero no me negaréis que, de haber podido, habríais saqueado las bodegas del *Pegasus*, aun a sabiendas de que transportaba contrabando; y, o mucho me equivoco, o lo habríais acabado vendiendo a algún perista del mercado negro. Pero bueno, tampoco es para tanto; la ley tan sólo castiga delitos consumados o bien frustrados en grado de tentativa, nunca presunciones delictivas... Y vosotros no tuvisteis ni siquiera tiempo de pensarlo. ¿Me equivoco? -concluyó, con una sonrisa cómplice.

-Usted lo ha dicho, señor M'Babane; esta vez estamos limpios. -aseveró el italiano.

-Hombre, limpios limpios, lo que se dice limpios... Me temo que no. -el policía se estaba divirtiendo- Vosotros no teníais por qué conocer la existencia de nuestra base secreta de entrenamiento en el asteroide Hispania, a no ser que os hubierais dedicado a husmear en nuestros registros... Y supongo que sabréis que la piratería informática es un delito que está duramente castigado, sobre todo si afecta, como es el caso, a cuestiones de seguridad; eso sin contar con que nos vamos a ver obligados a desmantelar la base trasladándola a otro sitio, con lo que costará eso... Porque ya no es secreta. Pero bueno, la verdad es que, en este caso, existen atenuantes. -añadió, al ver la lividez que invadía los rostros de sus interlocutores- Al fin y al cabo no se caza a un pez gordo todos los días, y si le hemos echado el guante a *Fat Jones* ha sido precisamente gracias a vuestra ayuda; eso sin contar con el valor del alijo aprehendido en el *Pegasus*. Además, a nuestros cadetes les vino muy bien el inesperado entrenamiento. Por cierto, le echasteis redaños al traérselo a nuestra propia puerta; esto sí que se llama servicio a domicilio...

-¿Entonces? -tartamudeó Salazar.

-Bueno, por una vez y sin que sirva de precedente, haremos la vista gorda. Eso sí, quiero vuestro compromiso formal de que no volveréis a meter las narices en nuestras bases de datos, y por si acaso se diera la circunstancia de que en un futuro os pudiera flaquear la voluntad, unos técnicos nuestros revisarán los equipos informáticos del *Alcaudón*, borrando toda la información reservada e instalando en ellos ciertos discretos chivatos... Para tranquilidad vuestra y nuestra, claro.

-¿Eso es todo? -da Vico no podía creer en su buena suerte.

-Bueno, todo no... ¡Pero no os asustéis, hombres, que no soy ningún ogro! - M'Babane se lo estaba pasando bomba- A no ser que queráis renunciar a la recompensa... Ah, eso es otra cosa, ¿verdad? Lo malo es que, según este informe que me ha llegado, -y exhibió ante ellos un documento- teníais ciertas deudillas pendientes, algunas bastante antiguas, incluyendo varios años de tasas astroportuarias y una reclamación del fisco por impago de impuestos atrasados, por supuesto con sus correspondientes recargos. Claro está que antes de entregaros la recompensa me veo en la obligación de descontarlo; somos la policía, y tenemos que dar ejemplo. -rió- Bien, ésta es la cantidad que queda después de enjugar vuestras deudas. Podréis cobrarla en cualquier banco.

-¿Sólo esto? -protestó Salazar tras leer la cantidad que rezaba en el cheque- Pero si únicamente en combustible...

-¡Déjalo, Miguel! -le cortó su compañero arrebatándole el cheque y empujándolo hacia la puerta- Encantados de haberle saludado, señor M'Babane.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el policía lanzó una estruendosa carcajada.

* * *

-Tú y tus jueguitos con el ordenador...

-Pues gracias a eso hemos salvado el pellejo.

-Pero ahora te estarás quietecito...

-¡Qué remedio! Cualquiera se atreve a hacerlo ahora, teniendo el ordenador pinchado por la Policía Interplanetaria.

-Por cierto, tendría que partirte la cabeza.

-¿Por qué, Miguel? -fingió sorprenderse da Vico.

-¿Por qué no me dijiste lo de la base de la policía? -preguntó a su vez el español.

-Hombre, yo no lo tenía nada claro, y no quise ilusionarte. La apuesta era muy fuerte, y si llega a salir mal... Imagínate que una patrullera nos hubiera interceptado en el espacio, o que *Fat Jones* hubiera descubierto el pastel antes de tiempo... De poco nos habría servido que los detuvieran a él y a sus sicarios después de habernos dado el pasaporte. Yo mismo estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo. ¿Para qué asustarte también a ti?

-Más asustado que estaba... -gruñó Salazar- Bueno, bien está lo que bien acaba. ¿Qué vamos a hacer ahora? El dinero que nos ha dado M'Babane no llegará para mucho; yo que me había acostumbrado a vivir de fiado...

-Acabo de leer en la red que se necesitan recogedores de chatarra espacial para limpiar la órbita geosincrónica de Marte. El trabajo es sencillo, y no está demasiado mal pagado; invirtiendo todo lo que nos sobra en equipar al *Alcaudón*, tendríamos para ir tirando unos meses...

Un puñetazo de su irascible amigo impidió a da Vico terminar la frase. Al menos durante algún tiempo, ostentaría un hermoso y llamativo ojo morado.

VADE RETRO

A 17.000 kilómetros de altura sobre el ecuador marciano, el *Alcaudón* navegaba por la órbita geoestacionaria del planeta rojo dedicado a la tarea de recoger los numerosos residuos de todo tipo que a lo largo del tiempo se habían ido acumulando en tan concurrida zona. Desde un punto de vista estricto no se encontraba en órbita, ya que en este caso no se hubiera desplazado sobre la vertical de la superficie marciana, sino que, combinando frecuentes aceleraciones, frenados y cambios de dirección, describía una compleja trayectoria que le llevaba a barrer lentamente un área del espacio de forma toroidal y varios cientos de kilómetros de radio con centro en la órbita propiamente dicha.

A popa remolcaba una especie de sombrilla, de sección parabólica y diez kilómetros de diámetro, que era el embudo colector encargado de recoger cuanto objeto de tamaño superior al de un tornillo anduviera rondando por allí. En realidad la labor que desempeñaba el *Alcaudón* no se diferenciaba demasiado, salvando las distancias, de la tradicional y milenaria pesca de arrastre, similitud acentuada todavía más por el hecho de que el colector no era una estructura rígida, sino una compleja y sutil malla metálica que recogía toda la chatarra cósmica interpuesta en su camino.

Pese a que esta recolección podía parecer sencilla a los ojos de un profano, en realidad resultaba una tarea sumamente engorrosa y complicada. El principal peligro estribaba en una posible colisión con un objeto cuya velocidad relativa respecto a la astronave fuera lo suficientemente elevada como para provocar daños de consideración, bien en la frágil estructura de la red, bien en el propio casco del *Alcaudón*. Aunque la nave se desplazaba de forma que pudiera capturar a sus presas por detrás y con un ligero incremento de velocidad respecto a ellas, esto solamente era válido para los cuerpos que se encontraran en órbita estacionaria; pero siempre existía el riesgo de tropezar con algún residuo que, describiendo una trayectoria de colisión, impactara en ángulo oblicuo o incluso frontal. Tales objetos no podían ser de un tamaño demasiado grande - otro inconveniente añadido, no los detectaba el radar hasta que no tenía lugar el impacto- ya que los satélites obsoletos o las piezas de grandes dimensiones eran retirados lo antes posible, pero bastaba a veces con una esquirla del tamaño de un garbanzo para provocar un desgarrón de varios metros cuadrados en la superficie del colector, el cual se veían obligados a remendar Salazar y da Vico antes de seguir con su monótona tarea.

No acababan ahí los inconvenientes. También era preciso evitar los satélites operativos que jalonaban la órbita geoestacionaria, algo que no siempre resultaba fácil debido a que cualquier movimiento brusco tendía a arrugar la delicada malla del

colector, la cual conservaba su forma gracias únicamente a unos generadores magnéticos que la mantenían desplegada al tiempo que conducían a los objetos recogidos -siempre que fueran metálicos- hasta el depósito situado en el fondo de la misma. Incluso la propia tarea de desplegarla al inicio de cada jornada de trabajo, o de recogerla una vez terminada ésta, presentaba grandes dificultades, ya que era preciso evitar que se enredara.

Todo ello hacía que los propietarios del *Alcaudón*, y en especial el siempre irascible Salazar, estuvieran ya hartos de su trabajo como chatarreros espaciales apenas unmes después de haber comenzado éste; ¡y solamente habían limpiado cinco grados escasos de la órbita!

El ya de por sí hosco humor de Salazar se avinagraba todavía más cuando era a él a quien tocaba salir a desenredar la malla o a reparar un desgarrón... Algo que solía ocurrir con una desagradable frecuencia. En aquella ocasión había sido un objeto oblongo, de unos treinta centímetros de largo, el que había quedado enredado entre los jirones de la destrozada red, con tan mala suerte que había impactado en un sector ya muy remendado.

-Aparentemente es un paquete de basura. -explicó a su compañero, que le escuchaba desde la cabina- Debía de estar lleno y se ha congelado, así que el impacto ha sido de aúpa. ¡Serán guarros! Como si no supieran que está prohibido tirar desperdicios aquí.

-Tantas cosas están prohibidas... -respondió filosóficamente el italiano- Anda, recógelo y procura reparar el roto.

-Espera que mire a ver quiénes han sido los cerdos. *Valera...* -leyó en el envoltorio- ¿Qué diantre será eso?

-Probablemente el nombre de una nave bastante antigua, ya que al parecer carece de un sistema cerrado de reciclado de residuos.

-Pues podían haberse ido con viento fresco en lugar de andar guarreando esto; con lo grande que es el universo...

-Venga, déjalo estar; ya no tiene remedio. -insistió da Vico.

-Luiggi, maldito, ¿qué quieres que haga yo aquí? El puñetero paquete se ha llevado por delante un buen trozo de malla. No puedo coserlo. -gruñó el astronauta español al tiempo que lanzaba al fondo del colector al causante del desaguisado.

-Coge de la bodega un trozo de malla nueva y suéldalo.

-Apenas si quedan unos retales, y no sé si dará para tanto; sin contar los jirones, falta más de un metro cuadrado.

-Haz lo que puedas.

-Lo que pueda... -renegó Salazar- ¡Lo que debería haber hecho es partirme la cara en su momento!

-Ya me *adornaste* un ojo. -respondió su amigo, recordando el refrán “*Perro ladrador, poco mordedor*”- ¿No tuviste suficiente desahogo?

-¡Tendría que haberte cortado el cuello! ¿Sabes, tío listo, cómo nos conocen por medio Marte? Ya no somos los del *Alcaudón*, sino los de la *Urraca*. ¡Y te ríes encima!

-¡Mientras no nos tilden de escarabajos peloteros! -exclamó da Vico entre carcajadas- ¡Vaya! -se interrumpió al oír un zumbido procedente de la radio- Parece que tenemos visita.

-¿Una visita ahora? ¡Lo que nos faltaba! Que vinieran a reírse de nosotros delante de nuestras propias barbas.

-¡Hola, chicos! ¿Qué tal estáis? -se oyó una voz femenina en el receptor- Soy Federika. Pasaba por aquí camino de Deimos y me dije: Voy a parar a saludarlos.

-¿Has oído, Miguel? Es tu *amiga* Federika. -recalcó el italiano enfatizando exageradamente el adjetivo.

Federika Schwartz era la propietaria y única tripulante -su perro *Adolf*, evidentemente, no contaba como tal- del *Walkiria*... Y una astronauta veterana que hacía honor al guerrero nombre de su astronave. Acostumbrada a desenvolverse -y a defenderse- entre los toscos y machistas astronautas de los asteroides, un lugar donde las mujeres brillaban por su ausencia excepto para aquellos menesteres que no habían cambiado significativamente desde los últimos cinco o seis mil años, Federika era respetada y temida por sus compañeros, alguno de los cuales había acabado en el hospital víctima de la contundente respuesta de la alemana a sus no deseadas efusiones amorosas...

Y no es que, en su rudeza, Federika no fuera femenina; lo era, incluso, en exceso. Pero también era extremadamente selectiva. Por los tugurios de medio cinturón circulaban jugosas historias, verídicas o apócrifas, pero nunca reconocidas ni desmentidas por la interesada, acerca de su desmedido apetito carnal, y eran muchos -demasiados, sin duda- los astronautas que presumían de haber gozado del mismo. En lo

que sí existía consenso era en reconocer que a Federika le gustaba llevar la voz cantante y no consentía ser cortejada por nadie. Era ella la que elegía... Siempre.

Para desgracia de Salazar y regocijo de su amigo, Federika se había encaprichado tiempo atrás de él. Ciertamente al astronauta español le gustaban mucho las mujeres, así en plural, pero como solterón empedernido que era, huía como alma que lleva el diablo de las posibles consecuencias, para él indeseables, que pudiera acarrear toda relación que se prolongara más de una noche. Y si podía ser pagando todavía mejor, puesto que quedaba bien claro que se había tratado de una mera transacción comercial.

Al parecer, aunque sobre esto Salazar no soltaba prenda ni siquiera a da Vico, entre él y Federika había habido algo. El problema estribaba en que el español lo había dado por zanjado fiel a su costumbre de no repetir jamás salvo en caso de extrema necesidad, mientras que la alemana no pensaba precisamente lo mismo. Desde entonces lo perseguía con un tesón que habría hecho palidecer de envidia a la mayor parte de la población heterosexual masculina residente entre las órbitas de Marte y Júpiter, pero que hacía temer consecuencias funestas -incluso el terrorífico matrimonio- al bueno de Salazar. Y así estaban las cosas.

La sarta de tacos de grueso calibre que constituyeron la respuesta de Salazar mostraba de forma harto elocuente su opinión sobre tan inoportuna visita. Pero la emisora de radio de su traje carecía de suficiente potencia para llegar al receptor del *Walkiria*, por lo que la alemana se vio privada de tan *entusiasta* mensaje de bienvenida.

-¿Qué os pasa, chicos, se os ha comido la lengua el gato? -preguntó al cabo, viendo que ninguno de ellos contestaba- Oye, que si molesto me voy.

-¿Cómo vas a molestar, mujer? -da Vico era pura miel- Lo que ocurre es que nos has pillado enfrascados reparando la red. Pero ya terminábamos. Abórdanos, pero ten cuidado de no enredarte. ¡Ah!, si no te importa, deja a *Adolf* en el *Walkiria*; ya sabes que Miguel no es demasiado aficionado a los perros...

-Está bien, señores delicados; pero conste que el pobrecito *Adolf* no puede ser más pacífico.

“*Ni más guarro*”. Estuvo a punto de decir el italiano, recordando que había tenido que ir fregando toda la nave cada vez que el dichoso chucho se dedicó a explorar el interior del *Alcaudón*. A continuación cerró precavidamente el canal por el que se comunicaba con Federika y dirigió un mensaje a su amigo en un tono que no admitía réplica.

-Miguel, deja eso y vuelve a la nave. Y no quiero caras largas. Yo te relevaré cuando Federika se haya ido.

La respuesta del español dejó bien patente lo que opinaba sobre la inoportuna visita, pero eso no preocupó demasiado a da Vico; estaba acostumbrado al carácter bronco de su compañero el cual a buen seguro, de no contar con el freno del italiano, a estas alturas ya estaría enemistado con la inmensa mayoría de los astronautas. Por suerte para él, da Vico era su apagafuegos.

El metro ochenta y los casi ochenta kilos de la alemana entraron impetuosamente en la cabina del *Alcaudón* desembarazándose del traje espacial; aunque ambas naves habían enlazado sus esclusas con un túnel presurizado, las ordenanzas espaciales ordenaban, como medida de precaución, embutirse en el traje cada vez que fuera necesario pasar de una a otra astronave... Algo que muy pocos astronautas cumplían. Pero Federika tenía sus propios planes, como demostró fehacientemente cuando, tras despojarse de tan incómodo atavío, apareció vestida tan sólo con una ropa interior varias tallas inferior a la necesaria para cubrir decorosamente las partes más íntimas de la generosa anatomía de la teutona.

-¡Uf, chicos, qué calor hace aquí! ¿Os importa que me quite el traje? -preguntó cuando ya se había desembarazado por completo de él. Yo es que suelo andar así por mi nave -en realidad iba con mucha menos ropa, pero no era cuestión de quemar todos los cartuchos en el primer asalto-, y como hay confianza... Nada odio más que la etiqueta.

-Ni nosotros... -se apresuró a responder da Vico al tiempo que daba un codazo a su enfurruñado, pero con unos ojos como platos, compañero- Ponte fresca. -añadió innecesariamente- Y no te preocupes, una chica tan guapa como tú no tiene por qué avergonzarse de lo que Dios le ha dado.

-Hombre, Luiggi, no es para tanto... -se esponjó la alemana, satisfecha por la lisonja.

Frisando ya la cuarentena, no se podía decir que Federika fuera bella, ni tan siquiera que lo hubiera sido nunca; pero rotundidad no le faltaba en sus carnes, y eso en un lugar donde las mujeres escaseaban -salvo, claro está, las *profesionales*- le confería un éxito absoluto entre sus poco exigentes compañeros varones. Y ella, como es natural, lo explotaba a conciencia.

-¿Quieres tomar algo? ¿Café, un refresco...?

-¿Por qué no una copita de ese aguardiente de la tierra de Miguel? Orujo, creo que se llamaba...

-No queda. -gruñó el español, abriendo la boca por vez primera.

-Sí, hombre, sí... -le contradijo da Vico, divertido como hacía mucho tiempo que no lo estaba- Ayer vi una botella en el fondo de la despensa. Ve a por ella.

Echando chispas por los ojos Salazar abandonó la cabina, momento que aprovecharon los otros dos para lanzarse una mirada de inteligencia acompañada por una sonrisa de oreja a oreja.

-Estaremos más cómodos en la sala. -propuso da Vico- ¿Vamos para allá?

Instantes después ambos se reunían con Salazar, el cual asía por el gollete una botella de auténtico orujo gallego como si el alma le fuera en ello, algo que no era de extrañar ya que ésta era la última que le quedaba, sin posibilidad alguna de reponerla en mucho tiempo. Atesorada como oro en paño para las grandes ocasiones, maldita la gracia que le hacía tenerla que compartir con nadie, y todavía menos con esa insufrible Federika... Ya arreglaría cuentas con el canalla de Luiggi en cuanto desapareciera la alemana.

-Luiggi, ¿quieres tú también? -preguntó con la boca pequeña, intentando dejar bien claro cual era la respuesta que esperaba.

-Hombre, ya que lo has sacado no te voy a hacer el feo... -da Vico estaba haciendo oposiciones para ser asesinado- Échame un chupito.

Salazar, previsoramente, había preparado los vasos más pequeños que encontró, apenas algo más que unos dedos grandes; pero Federika acabó de truncarle sus ahorrativos planes arrebatándole la botella para beber directamente de ella.

-¡Trae acá y déjate de mariconadas! -exclamó impetuosamente antes de echarse al colete casi la cuarta parte de su contenido de un trago- Donde hay confianza da asco. ¡Ah, está bueno! -exclamó tras terminar la generosa libación- Toma, Luiggi, ahora te toca a ti.

El italiano, viendo la expresión del rostro de su amigo, prefirió ser prudente temiendo haber llegado demasiado lejos. Así pues, se limitó a servirse una pequeña cantidad de aguardiente en un vaso devolviendo la menguada botella a su irritado propietario, el cual rehusó beber tapándola y haciéndola desaparecer para evitar el riesgo de una segunda ronda.

-¡Ahhhh! ¡Esto es vida! -exclamó Federika retrepándose en el sillón, maniobra que aprovechó sabiamente para resaltar de forma fugaz las partes más interesantes de su anatomía- Bueno, chicos, ¿qué tal os va con vuestro actual trabajo?

Probablemente no había el menor rastro de sarcasmo en la pregunta, pero Salazar estaba tan encendido que no tuvo por menos que explotar mostrando un perfecto dominio de las palabras más malsonantes en tres o cuatro idiomas distintos.

-Discúlpale. -intervino da Vico intentando evitar que la cosa pasara a mayores- Pero es que no lleva demasiado bien la rutina de este trabajo. De todos modos, tampoco es tan malo...

-Sí, pero a Miguel no le falta razón. -resultaba evidente que la alemana pretendía congraciarse con el huraño astronauta- A mí tampoco me gustaría dedicarme a ello. Claro está que los tiempos son difíciles. Mirad yo, que tampoco he tenido un maldito flete en los últimos meses; gracias a los ahorros, que si no...

“Gracias también a otras fuentes atípicas de ingresos que a ellos les estaban vedadas a causa de su sexo”. Pensó Salazar, rumiando todavía su enfado.

-Pero ahora he tenido suerte. -prosiguió ella- Acaban de ofrecerme un contrato para hacer de correo entre Vesta y Leucotea, donde han comenzado a explotar unos importantes yacimientos de niobio. Tendré trabajo al menos durante un año, probablemente más, y lo mejor de todo es que necesitan al menos otra nave de características similares a las de la mía. Me pidieron que la buscara y yo pensé en vosotros... ¿Aceptáis?

-¿Qué? -el salto que dieron sus dos anfitriones casi los tiró del asiento, con grave peligro para la integridad de la preciada botella de Salazar.

-Lo que habéis oído. Pagan bastante bien, y en efectivo, a cada entrega de flete... Aprovechando también el viaje de vuelta a Vesta, con lo cual el beneficio es doble. El flete será normalmente de mercancías diversas para el avituallamiento de la colonia minera de Leucotea, y de niobita en bruto de vuelta a Vesta, aunque ocasionalmente podría ser necesario transportar algún pasajero. Por esta razón prefieren naves mixtas como las nuestras en lugar de un transporte especializado, y además con astronautas independientes les sale más rentable que recurriendo a una compañía de transportes.

-¿Dónde hay que firmar? -preguntó el impaciente Salazar.

-Espera, Miguel, no te precipites. -recomendó su amigo- Federika, ¿esto es legal? Porque estamos muy escarmentados.

-Completamente, Luigi. -sonrió la alemana, conocedora de sus pasadas desventuras- La empresa concesionaria es la *Asteroids Mining Co.*, una de las más importantes del sector; sí, son bastante negreros con sus empleados, pero pagan bien. Además, el niobio es un metal caro; ya sabéis que lo emplean para construir

superconductores y esas cosas. Parece ser que los yacimientos descubiertos en Leucotea son muy importantes, y eso significa mucho dinero.

-Lo que yo no entiendo, es la razón por la que no utilizan sus propias naves. -objetó el italiano,

-Las usan. Pero están a tope, y temporalmente necesitan algunas más para reforzar el servicio; les es más cómodo contratarnos a nosotros que comprar o alquilar las necesarias. No te preocupes, Luiggi; se trata de algo completamente limpio.

-Menos mal... Por cierto, Federika, ¿has hecho ya algún viaje?

-Todavía no; mañana será el primero. ¿Os animáis?

La rotunda interjección de Salazar insinuando por dónde podían meterse las autoridades marcianas la red de recogida de residuos, fue la elocuente respuesta a su pregunta.

* * *

Tres días más tarde el *Alcaudón*, desembarazado ya de la rémora de la red colectora y resueltos todos los trámites administrativos, navegaba a toda velocidad rumbo a Vesta. Aunque Federika había intentado retrasar su partida para hacerla coincidir con la de sus amigos, la premura de los plazos impuesto no lo había hecho posible, por lo cual se vio obligada a adelantarse a ellos para disgusto suyo y satisfacción de Salazar, que seguía sin tenerlas todas consigo. Pero se mantenía en contacto por radio con el *Alcaudón* y había prometido reunirse con ellos una vez llegados a su destino para desesperación del español, que había visto dispararse todas las alarmas de su celibato.

Los papeleos fueron rápidos. Al funcionario que les había encargado la limpieza de la órbita geostacionaria de Marte le dejaron con dos palmos de narices sin esperar siquiera a que éste pudiera encontrar un sustituto, mientras los responsables de la *Asteroids Mining Co.* no hicieron demasiadas preguntas, limitándose a extenderles un contrato que se apresuraron a firmar. De Marte a Vesta viajarían de vacío y, una vez allí, recibirían el primer cargamento constituido, según les dijeron, por víveres, medicinas y utensilios diversos. Tal como había afirmado Federika esta vez era todo escrupulosamente legal, algo que prudentemente da Vico había procedido a comprobar preguntándose directamente al propio Matías M'Babane, comandante en jefe de la Policía Interplanetaria. Eso sí, les advirtió éste, las actividades de esta multinacional minera eran fuertemente cuestionadas por los grupos ecologistas, que la acusaban de provocar daños irreparables en el cinturón a causa de los expeditivos métodos empleados para la explotación de los ricos yacimientos minerales existentes en los asteroides.

-¡Serán capullos! -había sido la explícita reacción del deslenguado Salazar cuando su amigo le hizo partícipe de ello- ¿Cómo quieren que se excave un asteroide? ¿Acariciándolo?

-Hombre, la verdad es que los tipos de la *Mining* son un poco brutos. -contemporizó su amigo- Por lo visto, atiborran de explosivos un asteroide y lo hacen saltar en pedazos, en lugar de excavarlos sin necesidad de reventarlos tal como hacen otras compañías...

-Pedrusco más, pedrusco menos... -se burló el español- ¡Como si hubiera pocos!

-Sí, pero los ecologistas están que trinan. Exigen que se conceda a los asteroides la categoría de patrimonio natural protegido, al igual que se hizo en su día con muchos parajes de la Tierra. Por eso han propuesto un boicot a los productos de la compañía y sus filiales, con escaso éxito hasta ahora, todo hay que decirlo.

-¡Bah! Ahí nos las den todas. Por cierto, ¿no pensarán hacer lo mismo con Leucotea?

-No te preocupes. -rió el italiano- Los yacimientos de niobio están en la superficie, y las minas son a cielo abierto. Puedes estar tranquilo, no volarán el asteroide estando nosotros allí.

El viaje resultó tranquilo, sin más incidencias que las periódicas -y demasiado frecuentes, para el gusto de Salazar- llamadas de Federika que, con cualquier excusa, no perdía ocasión para pegar la hebra a la menor oportunidad. Y fue llegando ya a Vesta cuando comenzaron a surgir los problemas.

Federika les llamó para comunicarles que, una vez completada la estiba del *Walkiria*, partía rumbo a Leucotea, donde esperaba poder reunirse con ellos. A título de curiosidad les comentó que andaban rondando por allí varias naves fletadas por el grupo ecologista *Universo Virgen*, principal opositor a las actividades de la *Asteroids Mining Co.*, entre las que se encontraba el *Guerrero de la Galaxia*, buque insignia de la citada organización famoso por haber intervenido en numerosos actos de protesta contra todo cuanto consideraran como delito ecológico... Entendiendo como tales no la defensa de una inexistente vida en el Sistema Solar, sino la conservación de los espacios naturales de los diferentes astros tal como los encontraron los humanos al llegar por vez primera a ellos.

-¡No tendrán otra cosa mejor que hacer estos niñatos! -bufaba Salazar, pronto a irritarse contra cualquier cosa que se interpusiera en su camino- Si tuvieran que ganarse la vida como nosotros en lugar de estar mantenidos por sus papás, sabrían lo que es bueno.

-Déjalos estar. -apaciguaba su compañero- Mientras no nos entorpezcan...

Pero sí les entorpecieron. Y mucho, además, puesto que cuando un día más tarde el *Alcaudón* llegó a su destino, se encontraron con el astropuerto privado de la *Mining*, lugar desde el que la compañía controlaba todas sus actividades mineras en el cinturón, bloqueado por las naves ecologistas, recibiendo instrucciones de mantenerse al páiro sobre la vertical del astropuerto hasta nueva orden. La protesta de *Universo Virgen* era pacífica, como todas las suyas, pero la actividad portuaria estaba completamente interrumpida.

-¡Pero qué se creen esos...! -explotó el astronauta español al borde del paroxismo- Y la policía... ¿Qué hace que no lo impide? ¿Dónde está la autoridad?

La *autoridad* eran dos pequeñas naves patrulleras que constituían toda la dotación policial del asteroide. Una de ellas se encontraba allí, vigilando a la media docena de naves ecologistas sin hacer nada -tampoco hubiera podido romper ella sola el bloqueo-, mientras su compañera, como supieron más tarde, llevaba averiada varios meses en el astropuerto público de Vesta.

-Tranquilo, Miguel, ya se resolverá todo.

-¿Tranquilo dices? ¿Es que nos regalan el combustible? Ganas me dan de enfilar contra esos mastuerzos y llevarme a alguno por delante...

-No seas bruto; eso no solucionaría nada. ¿Por qué no nos vamos al otro astropuerto? Supongo que ése no estará bloqueado.

-¡Pero si está en el otro hemisferio! Si aterrizamos allí, despegamos, venimos hasta aquí y aterrizamos de nuevo, ¿sabes cuánto combustible vamos a gastar por culpa de estos fulanos?

-Bastante... Pero no nos queda otra solución que ir hacia allá o esperar aquí; al menos, merecería la pena subir hasta la órbita geostacionaria para ahorrar combustible.

Pero no les dio tiempo a ello, puesto que desde la torre de control les ordenaron que se dirigieran al astropuerto público, donde recibirían instrucciones. Así lo hicieron, con un Salazar rumiando interjecciones irreproducibles contra los ecologistas y un da Vico mucho más flemático que su irascible compañero, pero no menos inquieto que él.

El representante de la *Mining*, un estirado ejecutivo de inconfundible aspecto anglosajón, los aguardaba a pie de pista y no se anduvo con florituras. Partirían inmediatamente hacia Leucotea tal como estaba previsto, pero en lugar de suministros transportarían a una docena de pasajeros.

Cuando Salazar puso el grito en el cielo, su interlocutor se limitó a responder adustamente que el contrato contemplaba la posibilidad de que la compañía alterara sin previo aviso la naturaleza del flete en función de las circunstancias, y eso era precisamente lo que había ocurrido por culpa de los ecologistas. Aunque estaban a la espera de la llegada desde Ceres de fuerzas policiales suficientes para romper el bloqueo, calculaban que éstas tardarían al menos dos días en llegar allí, y la compañía no podía esperar tanto. Temían, con bastante fundamento, que los activistas de *Universo Virgen* se dirigieran a Leucotea, una vez fueran expulsados de Vesta, por lo que los responsables de la compañía habían decidido reforzar la dotación de vigilantes jurados existente en el asteroide. Y, puesto que sus propias naves se encontraban bloqueadas en las pistas de su astropuerto, habían decidido utilizar al *Alcaudón* para este fin.

-Pero los ecologistas se han limitado a bloquear el astropuerto desde el espacio sin tomar tierra en él, y cabe suponer que hicieran lo mismo en Leucotea... ¿Para qué hacen falta entonces los vigilantes? -preguntó ingenuamente Salazar.

Una mirada glacial fue la muda respuesta de su interlocutor.

-La compañía les paga por realizar su trabajo, no por hacer preguntas. -dijo al fin- Limítense a cumplir con sus instrucciones y todo marchará bien. Estos hombres son profesionales, y no les causarán el menor problema.

-Si usted lo dice... -refunfuñó disgustado.

* * *

Los *vigilantes jurados*, tal como les denominó el agente de la *Mining*, tenían en realidad más aspecto de comandos especiales que de pacíficos guardianes. Cuadrados como armarios roperos y con un aspecto inequívocamente militar que era realizado aún más por el diseño de sus uniformes y un llamativo corte de pelo a cepillo, los doce pasajeros del *Alcaudón* se presentaron en la nave cargando con unos aparatosos pertrechos palpablemente excesivos para ser usados en una simples labores de vigilancia. Pero Salazar y da Vico habían tomado buena nota de la advertencia recibida, por lo que optaron por guardar un discreto silencio.

El gorila que aparentemente llevaba la voz cantante en el grupo, al cual el resto de sus compañeros llamaban *señor*, se constituyó en portavoz único del grupo presentándose como *Míster Smith*. Puesto que ellos mismos traían sus propios víveres, lo único que solicitó a los propietarios del *Alcaudón* fue permiso para guardar sus pertenencias en la bodega así como para instalarse ellos mismos en los distintos habitáculos de la nave -cuatro en cada uno de los dos camarotes libres, y el resto en la propia bodega- tras lo cual, realizado todo ello con una eficiencia típicamente castrense,

rogó a sus forzados anfitriones, de forma tan cortés como firme, que procedieran a despegar sin la menor demora.

* * *

-Estos tipos no me gustan un pelo. ¿Has visto el arsenal que traían? Había armas suficientes como para conquistar todo Marte.

-A mí tampoco me gustan, Miguel; pero lo cierto es que no nos crean ningún problema; de hecho, ni siquiera salen de su encierro como no sea para usar el retrete; incluso Smith viene por aquí sólo cuando es estrictamente necesario.

-¡Eso es lo que tú te crees! Hace unas horas intenté entrar en la bodega con la excusa de que necesitaba reemplazar un piloto del panel de control que se había fundido, y los cuatro fulanos acampados allí me impidieron entrar. Smith apareció al momento preguntándome muy amablemente qué tipo de componente necesitaba, y me lo trajo a la cabina apenas diez minutos después... ¡En nuestra propia nave!

-Bueno, chico, no te sulfures; el viaje no durará demasiado. En cuanto lleguemos a Leucotea estos gorilas desembarcarán dejándonos en paz, cargaremos una partida de mineral de niobio y a Vesta de nuevo...

Lo que ambos ignoraban era que da Vico estaba muy equivocado.

A diferencia de Vesta la situación de Leucotea era tranquila... Por el momento. Los responsables de la Policía Interplanetaria estaban convencidos -y se lo habían advertido a la *Mining*- de que los ecologistas trasladarían la protesta a este último asteroide, y no a cualquier otro de los varios en los que esta multinacional mantenía explotaciones mineras, debido tanto a su cercanía momentánea a Vesta, como por el hecho de que se trataba de la última adquisición de la *Mining* y su perla de la corona, con lo cual el efecto propagandístico estaba más que asegurado pese a que, paradójicamente, en Leucotea no estaba previsto utilizar los métodos de explotación que denunciaban los militantes de *Universo Vivo*.

Puesto que el *Guerrero de la Galaxia* y sus acompañantes todavía se encontraban bloqueando el astropuerto de la *Mining* en Vesta, el *Alcaudón* contaba con una ventaja de varios días que sus arrendatarios estaban dispuestos a aprovechar... Y bien que la aprovecharon. Nada más aterrizar en Leucotea, los comandos -Salazar y da Vico no tenían la menor duda de que lo eran- que constituían su pasaje desembarcaron ordenadamente llevándose consigo todos sus bártulos, y los mismos astronautas fueron invitados a abandonar su nave sin que sirvieran de nada sus protestas alegando que preferían permanecer en ella tal como solían hacer habitualmente en todos sus viajes. A

esas alturas quedaba ya meridianamente claro que la multinacional no se andaba por las ramas.

Finalmente fueron alojados en una lujosa habitación de la residencia de técnicos y ejecutivos de la compañía, alejados de los barracones en los que se hacinaban los mineros y el resto de los trabajadores del asteroide; se trataba de una medida inusual - normalmente los astronautas independientes solían ser asimilados al último escalón social y laboral por las multinacionales- que se debía no a deferencia alguna, sino a palpables razones de seguridad. Evidentemente no estaban retenidos -eso hubiera resultado completamente ilegal-, pero se les recomendó, alegando ambiguos riesgos de conflictos con el personal de las minas, que no abandonaran el edificio bajo ningún concepto, algo en lo que parecieron mostrar especial empeño los porteros de mismo cuando, pese a todas las advertencias recibidas, Salazar se empeñó en visitar la cantina.

Alegando que la residencia disponía de una excelente cafetería en la cual disponían de barra libre, los dos astronautas vieron frustrado su intento, lo cual les convenció todavía más de que algo grave se estaba cociendo.

-Luigi, esto cada vez me gusta menos. -Salazar y da Vico se encontraban sentados en una mesa de la aséptica cafetería, hablando en voz baja pese a que los empleados de la compañía allí presentes mostraban hacia ellos la más olímpica de las indiferencias- Me temo que nos hemos vuelto a meter en un lío.

-A mí lo que más me preocupa es que nos hayan sacado del *Alcaudón*. -respondió el italiano con tono sombrío- Y por si fuera poco... ¡Oye, ahí está Federika!

En efecto, la alemana acababa de entrar en la sala acompañada por un tipo que, a juzgar por su atildado aspecto, parecía ser un pez bastante gordo de la compañía.

-¡Hola, chicos! ¿Qué tal estáis? -su saludo, convencional y formalmente correcto, sonaba claramente forzado- Os presento a James McNamara, jefe de seguridad del asteroide.

-Les ruego acepten nuestras disculpas por las molestias que involuntariamente les estamos causando. -añadió éste al tiempo que estrechaba la mano a ambos- Por supuesto, la compañía les compensará sobradamente por ello.

-¿Qué es lo que ocurre, señor McNamara? -preguntó da Vico.

-Como ustedes saben, los ecologistas nos están creando bastantes molestias últimamente. La Policía Interplanetaria expulsó a sus naves de Vesta, y ahora se dirigen hacia aquí con la intención de repetir el bloqueo.

-Ya fuimos advertidos de ello, pero ¿por qué nos han sacado de nuestra nave recluyéndonos aquí? Me temo que nadie se ha molestado en explicarnos nada.

-De nuevo les pido que disculpen a mis subordinados; los últimos acontecimientos han alterado de forma grave la habitualmente plácida vida de Leucotea. No obstante, les aseguro que pediré explicaciones al responsable. -era evidente que no tenía la menor intención de hacerlo- Tal como ya he explicado a la señorita Schwartz, sospechamos que los ecologistas pudieran contar con agentes infiltrados entre el personal de las minas, y en previsión de posibles sabotajes hemos preferido traerlos aquí. En cuanto a su nave, no tienen por qué preocuparse por ella; todos los vehículos existentes en el astropuerto están siendo custodiados por nuestras fuerzas de seguridad, algunos de cuyos miembros son los que vinieron con ustedes.

-¡Pero esto es absurdo! -exclamó Salazar- La gente de *Universo Vivo* hace gala de su rechazo total a cualquier tipo de acto violento...

-Mi querido amigo, no sea usted tan ingenuo. Ciertamente es que los líderes de ese movimiento ecologista utilizan siempre medios pacíficos en sus protestas, pero existen elementos radicales infiltrados en estas asociaciones que, aprovechándose de su cobertura, planean realizar acciones mucho más drásticas... Incluso, si me guardan el secreto, les confesaré que sospechamos de la existencia de vínculos entre estos topes y alguna de nuestras competidoras, a las que beneficiaría cualquier tipo de perjuicio que sufriera la *Mining*. Esto es lo que tememos, y créanme si les digo que todas nuestras precauciones están plenamente justificadas.

-Bien, ahora parece bastante claro... -contemporizó el italiano- Pero, dígame, ¿qué va a pasar con nosotros?

-No tienen por qué preocuparse; su misión sigue siendo la misma, retornar a Vesta con un cargamento de niobita. Pero como no podrán despegar hasta que se rompa el inminente bloqueo del astropuerto, mientras tanto tendrán que armarse de paciencia y gozar de nuestra hospitalidad, que les prestamos muy gustosos... Serán tan sólo unos días, justo lo que tarden en llegar los ecologistas primero, y en echarlos de aquí las patrulleras después...

-¿Y luego?

-Suponemos que seguirán intentando jugar al ratón y al gato saltando de una a otra de nuestras explotaciones en el cinturón. -suspiró el norteamericano- Pero eso no será ya responsabilidad mía, sino de mis compañeros de los otros asteroides. Y ahora, si me lo permiten, tengo que retirarme. Federika, ¿viene usted conmigo?

-¿Cómo no? -respondió la germana mientras Salazar sentía que se le hacía un nudo en el estómago.

* * *

-Tranquilos, chicos, soy yo.

La voz femenina resonó, pese a su bajo tono, en el silencio de la habitación donde da Vico y Salazar dormían. Evidentemente, intentaba que éstos no se alarmaran ante su sigilosa incursión nocturna.

-¿Federika? -preguntó el español, con la mente todavía embotada por las brumas del sueño- ¿Qué demonios haces tú aquí?

-¡Silencio, no grites! Podrían oírnos. Y lamento desilusionarte, pero no vengo a lo que seguramente estarás pensando... Nunca me han gustado los *ménages á trois*. ¡Y no enciendas la luz! Nos vigilan.

-¿Qué pasa? -preguntó a su vez da Vico.

-Algo grave... Y no me interrumpáis, porque no tengo mucho tiempo para explicároslo; ese cerdo de McNamara está roncando en mi habitación, y no puedo correr el riesgo de que se despierte mientras yo esté con vosotros.

Obviando explicaciones por lo demás innecesarias, continuó explicando:

»Estamos metidos en un buen lío. Estos fulanos de la *Minig* planean tomarse la justicia por su mano y dar un escarmiento a los ecologistas, y para ello sólo se les ha ocurrido aprovecharse de nosotros... O, más concretamente, de nuestras astronaves.

-¿Cómo...?

-Sí, hijos, nos han contado una milonga. -suspiró- No existe el menor movimiento subversivo entre los mineros, ni hay infiltrados de ningún tipo entre ellos. ¡Pobrecitos! Si los tienen esclavizados; bastante tienen con sobrevivir y evitar ser despedidos. Todo lo que nos han contado es mentira. Quieren nuestras naves para dar un golpe de mano a los ecologistas; ésta es la misión de los *angelitos* que trajisteis a Leucotea.

»Su plan es sencillo. Tras introducir en el *Alcaudón* y el *Walkiria* a esos energúmenos armados hasta los dientes, fingirán despegar cargados con la niobita. Nuestras naves no despertarán recelos entre los capullos de *Universo Vivo* que, creyéndolos inofensivos cargueros, saldrán a su encuentro para impedirles el paso. Acto seguido habrá un abordaje a su buque insignia y, probablemente, una pequeña degollina. Y santas pascuas...

-¿Cómo te has enterado de todo eso? -preguntó ingenuamente Salazar.

-Chico, ¿acaso eres imbécil? ¿Cómo crees tú? Parte se lo sonsaqué al rijoso del McNamara, algo que por cierto no me resultó demasiado difícil... Y el resto lo deduje yo misma. No hacía falta ser ningún Sherlock Holmes para adivinarlo.

-¿Qué piensan hacer con nosotros? -intervino da Vico, más sensato que su compañero.

-Ojalá lo supiera... Pero mucho me temo que nada bueno. Para ellos tan sólo somos un estorbo. Tened en cuenta que tienen que justificar de alguna manera el asalto al buque de los ecologistas, y lógicamente no van a decir la verdad. Nos cargarán con el muerto, estoy convencida de ello.

-¿Acaso insinúas...?

-Poneos en su lugar. Se cargan el *Guerrero de la Galaxia*, todo el mundo sabe que han sido ellos, y por supuesto los propios ecologistas a los que va dirigida la advertencia. Pero no existe la menor prueba legal que los incrimine, e incluso los gobiernos involucrados prefieren hacer la vista gorda. M'Babane es un buen hombre, y además honrado, pero está sometido al arbitrio de los políticos y su cargo depende de esa enteleguía llamada *Consejo Interplanetario*... que en realidad está controlado por las malditas multinacionales. Así pues, llevamos todas las papeletas para que nos acusen de haber obrado por nuestra cuenta y riesgo. Imaginad los titulares de los periódicos que les son afines: "*Astronautas independientes provocan un accidente al intentar romper el bloqueo de los ecologistas*". Y los de la *Mining*, claro está, jurarán por sus antepasados que nada han tenido que ver en el asunto.

-Realmente nos lo pones muy negro...

-Ojalá pudiera ser de otra manera. Sospecho que, tras el abordaje, provocarán la destrucción de las dos naves, el *Guerrero de la Galaxia* y una de las nuestras, probablemente la vuestra, para hacer desaparecer cualquier posible prueba... Bastará con provocar una explosión, aparentemente accidental, en los motores de cualquiera de ellas. Ellos huirán en la otra y, probablemente, vosotros os iréis al infierno junto con el *Alcaudón*. Lo siento, chicos, pero la realidad es cruda.

-Eso sólo les resuelve la mitad de la coartada. -gruñó el italiano- Se supone que los comandos se pondrán a salvo en la nave superviviente y, aunque consigan esconder su identidad, los tripulantes del resto de los buques naves ecologistas serán testigos de que una de las dos astronaves retorna a Leucotea; eso significa que alguien, supongamos que tú siguiendo tu propio razonamiento, se librará de la trampa...

-Pretenden que sea yo. McNamara me ofreció el oro y el moro si accedía a sus componendas y, de paso, le premiaba con mis favores. Su plan es que yo me quede en tierra y, posteriormente, corrobore la versión oficial de que vosotros os habíais vuelto locos suicidándoos al tiempo que destruíaís al *Guerrero*... Y al *Alcaudón*.

-¿Y si no aceptaras? -insistió da Vico conteniendo a su impulsivo compañero- ¿Y si finges aceptar y más tarde los traicionas?

-La *Mining* cuenta con medios sobrados para hacerme callar... Para siempre. - musitó Federika con amargura- Y lo más probable es que lo hicieran una vez dejara de serles útil. Pero tengo un plan; aunque es arriesgado, se trata de lo único que se me ocurre. Escuchadme bien y no me interrumpáis...

* * *

-Yo no puedo hacer nada. Habrá que llamar a un médico.

McNamara, con el ceño fruncido que cabía esperar en alguien que es arrancado bruscamente de la cama, a horas intempestivas y gozando de compañía femenina, miró con irritación a da Vico quien, a su vez, mostraba una inocente expresión en su rostro. En el dormitorio que había sido asignado a los astronautas se encontraban, además de ellos dos, el silencioso vigilante *nocturno* -en Leucotea, con un *día* de apenas cinco horas de duración, se seguía un horario convencional de 24 horas- del edificio, que hacía evidentes esfuerzos por pasar desapercibido, y el propio Miguel Salazar, postrado en el lecho con lívido aspecto. Aparentemente estaba enfermo, razón por la que da Vico había llamado al vigilante y éste, a su vez, al jefe de seguridad del asteroide.

-Ejem... Si no le importa, señor McNamara, me gustaría poder hablar con usted a solas...

-Está bien. -gruñó el aludido- Morgan, puede retirarse a su puesto. Yo me encargo de todo.

Visiblemente aliviado, el vigilante se esfumó sin tener que hacerse repetir la orden. Una vez hubo desaparecido, el yanqui insistió con irritación:

-¿Y bien?

-Verá, señor McNamara. -al italiano se le veía indeciso o, cuanto menos, esa era la impresión que pretendía dar- En realidad enfermo, lo que se dice enfermo, Miguel no está...

-¿Qué quiere decir con eso? -explotó el sabueso- ¿Acaso se está burlando de mí?

-¡Oh, no, Dios me libre! Miguel está mal, bastante mal. Pero no es algo que un médico pueda remediar... Bueno, sí, pero hablando con mayor propiedad, digamos que no hace falta ningún médico para solucionarlo.

-Le agradecería que se explicara mejor; mi tiempo es muy valioso, y ya me ha hecho perder demasiado.

-Es que... Verá. Mi amigo es un buen chico, pero... Como todos, tiene sus defectillos. Y es aficionado a ciertas substancias que no está demasiado bien visto tomar...

-¿Drogas?

Da Vico asintió mudamente, como si sintiera vergüenza por la confianza que acababa de hacer.

-Bueno, a mí personalmente eso me importa un bledo. -concedió McNamara- Cada cual es muy libre de meterse en el cuerpo la mierda que más le guste. Pero supongo que el médico de la compañía sabrá cómo tratar el síndrome de abstinencia? ¿Qué toma su amigo? ¿Cocaína, neomesalina, teocaína?

-¡Oh, no! -suspiró el astronauta- Algo tan vulgar como la heroína. Y no es necesario que llame usted a ningún médico; basta con que me acerque hasta el *Alcaudón* para recoger una dosis.

-Eso no puede ser; hemos declarado el toque de queda en Leucotea. Los ecologistas están a punto de llegar, y tememos que se pueda cometer un atentado.

-Sería solo un momento, y me podría acompañar alguno de sus hombres... ¿Para qué molestar a un médico?

-Está bien. -concedió el norteamericano tras una breve vacilación- Tiene usted razón; no merece la pena. Pero no es preciso que vaya usted, mis hombres podrían traérselo. Basta con que les diga donde la guardan.

-¿Acaso cree usted que las substancias ilegales las ponemos en la alacena del botiquín? La heroína está bien escondida y, aparte de Miguel, solamente yo sería capaz de encontrarla.

Un hondo gemido del presunto heroinómano tuvo la virtud de vencer las últimas reticencias de McNamara, ansioso por volver a su cama y a la compañía de Federika.

-De acuerdo. Mandaré a dos de mis chicos para que le escolten. Mientras tanto, no se mueva de aquí.

* * *

Una vez que McNamara hubo mordido el anzuelo, el resto resultó ya relativamente sencillo. Da Vico, custodiado más que escoltado por dos de sus antiguos pasajeros, partió camino del *Alcaudón*, posado en una de las pistas del cercano astropuerto. Su misión era sencilla, pero al mismo tiempo arriesgada, dado que el éxito del plan trazado dependía de una perfecta coordinación entre él y Federika. Si alguno de los dos fracasaba en su intento, o si fallaban en su sincronización, todo se vendría abajo... Con desagradables consecuencias tanto para ambos como para el fingido enfermo. La *Mining* no se andaría con chiquitas, de eso podían estar completamente seguros.

El camino hacia el *Alcaudón* resultó breve, apenas unos minutos. Da Vico abrió la escotilla -aparentemente nadie había penetrado en la nave, pero otro de los gorilas de McNamara la custodiaba armado con un aparatoso fusil láser- y se introdujo en su interior con los matones pisándole los talones.

Las circunstancias impedían cualquier posible vacilación. Tenía que obrar con rapidez y determinación, y así lo hizo. Seguido por sus silenciosos guardianes, se dirigió a la cabina y abrió la trampilla que protegía uno de los mecanismos de seguridad de los que estaba provista la nave, concretamente el que desconectaba bruscamente los motores en caso de emergencia. Su uso solamente estaba recomendado en situaciones de extremo peligro en las que estuvieran en juego tanto la integridad de la astronave como la de sus tripulantes, y eso era debido a una buena razón: Dado el diseño de los motores impulsores tal operación los dañaba irreversiblemente, siendo necesario realizar posteriormente una complicada y costosa reparación que suponía, en la práctica, la sustitución de la mayor parte de sus piezas. Como es natural ningún astronauta en su sano juicio recurría a este sistema de seguridad salvo que fuera inminente la explosión de su nave y a veces incluso dudaba a la hora de hacerlo, lo que había supuesto, según se decía por los mentideros marcianos, el pase a mejor vida de estos indecisos.

Pero da Vico no vaciló, aun a sabiendas de que tal iniciativa supondría un daño prácticamente irreparable para su nave, único patrimonio del que disponían él y su compañero. Con el corazón en un puño, y fingiendo buscar una inexistente dosis de heroína en el hueco que quedaba tras la abierta trampilla, rompió el precinto y presionó con todas sus fuerzas el fatídico botón.

Los desprevenidos sabuesos se vieron sorprendidos por el pandemónium de alarmas, sonoras y visuales, que se desataron en la cabina inmediatamente después de que el italiano consumara su acción, pero bastaron apenas unas décimas de segundo para que su cuidado entrenamiento les hiciera reaccionar arrastrando al astronauta lejos del lugar del delito... Demasiado tarde, puesto que el mal estaba ya hecho. El *Alcaudón*

se había convertido en un cuerpo muerto, y sería necesario someterlo a una profunda y compleja reparación antes de que pudiera volver a volar de nuevo.

Un minuto después McNamara increpaba al magullado da Vico en el camarote donde éste había sido encerrado. La pegajosa sonrisa tan habitual en su rostro había sido sustituida por una dura expresión que no presagiaba nada bueno.

-Amigo, la bromita les va a costar bien caro. -su irritación era patente- Además, su estúpido esfuerzo ha resultado vano. Todavía disponemos de la otra nave y, aunque ahora nos resulte algo más complicado, podremos llevar adelante nuestro plan tal como teníamos planeado. Lo único que han conseguido, ha sido destrozar su propia nave.

-Eso lo veremos. -escupió el astronauta, pugnando infructuosamente por liberarse de la férrea presa a la que le tenían sometido sus captores- No cante victoria tan pronto, maldito asesino; quien ríe el último, ríe mejor.

Iba a responderle su captor, cuando el zumbido de su móvil desvió la atención de éste. Tras escuchar nerviosamente el mensaje, que le hizo palidecer de modo patente, ordenó a sus subordinados:

-Vosotros dos cuidadme a este pájaro, y que alguno de vuestros compañeros haga lo mismo con el otro en la residencia. Luego me encargaré de ellos. Ahora tengo que ir a ver qué ocurre en la nave de la alemana; al parecer, también ella tiene ganas de juerga.

Una sonrisa de triunfo afloró en el tumefacto rostro del astronauta cuando el sicario abandonó de forma precipitada el *Alcaudón*. Federika, al parecer, también había cumplido con su misión.

* * *

-Bueno, chicos, ya terminó todo. Os juro que todavía no me lo puedo creer.

Federika, Salazar y da Vico se encontraban sentados en una mesa de *Los canales de Marte*, una de las muchas tabernas que, repartidas por toda la superficie del planeta rojo, eran frecuentadas por los astronautas independientes.

-Sí, pero a qué precio. -gimió Salazar- El *Alcaudón* está inutilizado, y no tenemos ni un céntimo para repararlo... ¡Si hasta nos hemos tenido que entrapar para poder remolcarlo hasta aquí!

-Bueno, Miguel, no es para tanto... Los de *Universo Vivo* nos han prometido ayuda; ya han abierto la suscripción pública, y sólo es cuestión de esperar un poco a que se recaude la cantidad necesaria para sufragarlos. La puñeta es que los buitres del seguro no quieran hacerse cargo del pago; con eso de que lo destruimos nosotros...

-A la fuerza ahorcan. -terció la alemana- Y gracias a que yo pude escapar de Leucotea para advertirlos; no quiero ni pensar en lo que hubiera ocurrido de haberme salido mal las cosas.

-Fue una buena estratagema la del perro. -rió el italiano en un evidente intento de quitar dramatismo- La verdad es que no me gustaría verme enfrentado a él... Sesenta kilos de músculo y hueso en baja gravedad pueden ser realmente demoledores.

-Puedes estar bien seguro de ello; *Adolf* está muy bien entrenado. El animal es muy dócil, pero si me ve en peligro o yo se lo ordeno, es perfectamente capaz de destrozar al más pintando... ¡Menudo susto se llevaron esos fulanos cuando se les abalanzó encima! Todavía deben de estar corriendo.

-Bien empleado les está por estúpidos. -remachó Salazar, aparentemente recuperado de su postración- ¿Acaso creían que se trataba de un caniche?

-Eso debieron de pensar cuando les dije que mi pobre perrito estaba encerrado en el *Walkiria* y que no tenía más remedio que ir a darle de comer; evidentemente, *olvidé* advertirlos de que se trataba de un cruce entre mastín y gran danés. Los muy imbéciles entraron conmigo en la nave sin sospechar lo más mínimo, y en cuanto me desembaracé de ellos perdí el culo por despegar. El resto resultó fácil.

-Por suerte no te dispararon...

-Nunca se hubieran atrevido; eso hubiera supuesto su ruina. Finalmente, fueron buenos perdedores.

-Poco tenían que perder cuando los ecologistas dieron media vuelta una vez que, gracias a tí, fueron conscientes de la celada que se les había tendido... -Salazar, siguiendo su inveterada costumbre, había adoptado el papel de defensor del diablo.

-No lo creas, Miguel; ellos también estaban tocados del ala. Se les había descubierto el pastel, y había un testigo muy molesto: Yo. Además estabais vosotros; en esas circunstancias, ya no podían hacerlos desaparecer tal como en principio habían planeado. No les quedaba más remedio que aceptar su derrota parcial, y así lo hicieron.

-En realidad ambos se salieron con la suya. -añadió da Vico- Los ecologistas salvaron la cara, mientras la *Minig* consiguió quitarse de encima a esos moscones... Los únicos que hemos salido perdiendo somos nosotros. Por cierto, ¿sabéis de lo que me he enterado? La *Minig* ha anunciado a bombo y platillo que va a paralizar el método de extracción minera que tanto irritaba a los ecologistas... Aunque parece ser que la verdadera razón es que ya no les resultaba rentable seguir destripando asteroides. Pero han quedado como Dios los muy sinvergüenzas.

-No, si al final hasta acabarán dándose besitos. -gruñó el español- Mientras tanto, a nosotros nos echaron a patadas de Leucotea... Menos mal que, por lo menos, nos pagaron el viaje de ida.

-Sólo hubiera faltado eso. Los de la *Minig* son muy legalistas, por abogados en nómina que no quede, y ya se han cuidado muy mucho de no dejarnos el menor resquicio para una posible reclamación judicial. Si os fijáis, ellos no han hecho absolutamente nada que pudiera tipificarse como delito... Fuimos nosotros mismos los que destrozamos voluntariamente nuestra propia nave, e incluso Federika incumplió su contrato con la compañía. En definitiva; -suspiró da Vico- Estamos vendidos. Ahora sólo faltaría que ellos y las otras multinacionales de su calaña nos pusieran en la lista negra.

-No te quepa la menor duda de ello. -afirmó la germana- Pero no te preocupes, en esta situación se encuentran buena parte de los astronautas independientes. Sobreviviremos.

-A mí lo que me preocupa es el tiempo que vamos a tardar en tener operativo el *Alcaudón*. Aparte de que dependemos de la ayuda económica de terceros, mientras tanto estamos varados sin ganar un solo céntimo... Pero comiéndonos los ahorros.

-Todo se solucionará, Luiggi. Yo no me fío demasiado de estos tipos de *Universo Vivo*, pero los muchachos están respondiendo bastante bien. No sacaremos mucho en limpio de la *generosidad* -Federika recalcó la palabra- de los ecologistas o de sus simpatizantes, de eso estoy segura, pero los astronautas siempre hemos ayudado a un compañero en apuros. Y mientras tanto, yo puedo echaros una mano. En el *Walkiria* hay sitio para uno de vosotros, que se podría venir conmigo hasta que el *Alcaudón* esté reparado; iremos a medias en los fletes.

-Te lo agradezco infinito, Federika, pero yo no puedo. -se apresuró a responder el italiano exhibiendo su mejor sonrisa- Ya sabes que soy alérgico a los perros, y *Alfred* suelta muchos pelos. Pero Miguel...

-¡Ah, no, eso sí que no! -exclamó el aludido dando un salto que casi derribó la mesa junto con todo lo que había sobre ella- ¡Ni loco me encierro yo con ésta!

Y salió corriendo cual alma que lleva el diablo mientras sus dos amigos, intercambiándose una mirada cómplice, reían a carcajada limpia.

ARS AMANDI

-Deja ya de jugar con el ordenador; nos ha salido trabajo.

-¿De veras? -gruñó Salazar sin apartar la vista del videojuego- ¿De qué se trata en esta ocasión? ¿Recoger más chatarra espacial? ¿Soportar a un grupo de chiflados dando tumbos de asteroide en asteroide? ¿Pelearnos con mafiosos? Olvídalo; aquí, por lo menos, gano de vez en cuando...

-Esta vez es mucho más sencillo. -respondió beatíficamente da Vico- Tan sólo tenemos que trasladar a un grupo de prostitutas desde Marte hasta Pandora... Con sus chulos, por supuesto.

-¿Qué? -el aullido del astronauta español resonó hasta en el último rincón del *Alcaudón*- ¡Tú estás loco! ¡Y además me has hecho perder una vida!

-¡Miguel, atiéndeme de una vez! Esto es más serio de lo que piensas.

-¡Claro que es serio! No va a ser una excepción. ¿Acaso no eran serios todos los embolados en los que nos hemos metido por culpa del señorito? El balazo que me metió en el cuerpo el gorila de Stöll fue muy serio. Y cuando estuvimos a punto de dejarnos el pellejo a manos de *Fat Jones* tampoco fue precisamente una broma. ¿Y ahora me vienes con esas? Chico, tú deliras. Si estás loco, adelante con tus locuras. Pero conmigo no cuentas.

-Está bien. -suspiró el italiano- Te aseguro que en esta ocasión todo es escrupulosamente limpio y legal, me lo ha confirmado el propio asistente de M'Babane¹. Las chicas tienen sus contratos en regla, saben perfectamente en qué van a trabajar, no han sido coaccionadas y la empresa que las contrata cumple religiosamente con sus obligaciones fiscales. Te guste o no, la prostitución es un negocio legal en el cinturón de asteroides.

-Eso a mí tres narices me importa. Simplemente, no me fío un pelo de esa gente.

-Pues te puedes fiar. Lo normal es que estas chicas viajen en vuelos regulares como un pasajero más, pero ocurre que Pandora está fuera de las rutas comerciales.

-Supongo que habrá alguna astronave que llegue hasta allí...

¹ Matías M'Babane, comandante en jefe de la Policía Interplanetaria y responsable máximo de la seguridad en el Cinturón de Asteroides. Salazar y da Vico suelen ser su habitual fuente de quebraderos de cabeza. Este personaje aparece en varias de las aventuras del *Alcaudón*.

-Claro, los propios cargueros de la compañía minera que explota los yacimientos de niobio del asteroide. Pero el último partió hace tres días, y no habrá otro hasta dentro de dos meses. Las chicas tendrían que haber viajado en él, pero por culpa de un retraso en la concesión de sus visados llegaron a Marte cuando el transporte ya había zarpado. La empresa para la que trabajan, la *Venus Pleasure Inc.*, se vio ante la disyuntiva de mantenerlas a la sopa boba durante casi dos meses, o fletar una nave para llevarlas allí. Fueron a preguntar a la cantina del astropuerto, casualmente yo andaba cerca y...

-El amigo da Vico siempre tan oportuno. -ironizó Salazar- Ahora me dirás que casualmente no había más naves disponibles, que te tuvieron que rogar encarecidamente que accedieras, que te han prometido el oro y el moro...

-Bueno, en realidad no fue exactamente así. -confesó el italiano- El dinero que ofrecían no era nada del otro mundo y fueron varios los capitanes que rechazaron la oferta, pero como nosotros estábamos sin un céntimo...

-¡Éste es mi Luigi! -se burló ácidamente su compañero- Además de esquirol, nos vendes a precio de saldo. Me pregunto si no seremos más putas que nuestras presuntas pasajeras...

-¡Miguel, por Dios, no exageres! ¿Prefieres que sigamos pudriéndonos en Marte? El administrador del astropuerto me ha vuelto a recordar todo lo que debemos en concepto de derechos de amarre, y en la cantina ya ni nos fían...

-¿Acaso supone esto alguna novedad? Llevamos años entrenándonos para faquires.

-Hombre, tampoco es para tanto; recuerda que... -pasada la explosión inicial, Salazar solía acabar dominado por la retórica de su amigo.

* * *

Las chicas eran un total de nueve, y venían acompañadas por dos tipos de aspecto patibulario y cara de pocos amigos cuyo vocabulario parecía reducido a monosílabos, los cuales atendían respectivamente -la economía verbal abarcaba, aparentemente, hasta a sus nombres propios- por John y Fred. Puesto que el *Alcaudón* tan sólo contaba con tres camarotes, hubo de ser habilitado un dormitorio provisional en la bodega, donde se instalaron seis literas. Salazar y da Vico -al menos en esto ganaron con respecto a viajes anteriores- se reservaron uno de los camarotes, mientras los dos chulos hacían lo propio con el contiguo. Ellos mismos distribuyeron a las chicas según sus particulares preferencias: Tres de ellas -sus favoritas- se instalaron en el camarote restante, mientras sus seis compañeras lo hacían en la bodega.

El viaje no resultaría demasiado largo; Pandora se encontraba en esos momentos cercano a la conjunción con Marte, por lo que bastaría con dos semanas escasas para que el *Alcaudón* alcanzara su destino. Fred, que al parecer era el portavoz del grupo, dejó bien claro nada más poner el pie en la nave que a la *mercancía* ni tocarla y, a ser posible, ni tan siquiera mirarla. En cuanto a las chicas, era evidente que habían recibido instrucciones estrictas al respecto, puesto que optaron por no abandonar voluntariamente su reclusión -bien en el tercer camarote, bien en la bodega- salvo en caso de estricta necesidad. Su lugar habitual de reunión era la bodega, donde se les había instalado un receptor de televisión, la cual abandonaban tan sólo para acudir al cuarto de baño y, en el caso de las tres ocupantes del camarote, para dormir. Evidentemente ni tan siquiera asomaban por la sala común, tomada por sus taciturnos cancerberos, ni, mucho menos, por la cabina, feudo de los dos astronautas.

Salazar y da Vico, por su parte, optaron prudentemente por reducir al mínimo su trato con los hoscos guardianes y a la nada con las chicas, como modo de evitar posibles incidentes. De hecho, permanecían el mayor tiempo posible en la cabina, donde incluso comían, saliendo de ella tan sólo cuando resultaba imprescindible. Su larga experiencia como astronautas independientes les aconsejaba no inmiscuirse en los asuntos de sus pasajeros, una regla de oro que procuraban cumplir a rajatabla... Pero esto no les impedía hablar entre ellos.

-¿Qué te parecen las chicas? -preguntaba el español a su amigo en uno de los muchos ratos muertos durante los cuales permanecían sentados ante los controles.

-Guapas, muy guapas... Y muy jóvenes, apenas son unas chiquillas. Lástima que...

-¿Que no las podamos catar? -se burló Salazar- Ya sabes que la mercancía nunca se toca.

-¡No seas bruto, Miguel! -le recriminó su compañero- No me refería a eso. Me dan lástima las pobres.

-Lástima... ¿por qué? Tú mismo me dijiste que tenían los contratos en regla y que sabían perfectamente a qué se iban a dedicar. Nadie las ha engañado, ni podemos hablar de trata de blancas. Así pues, allá ellas.

-La cosa no es tan fácil como parece. -suspiró da Vico- Que hayan aceptado dedicarse a la prostitución no significa necesariamente que lo hayan hecho de forma voluntaria. Habría que ver los motivos que las han empujado a caer tan bajo.

-¡Vaya, hombre! ¿Olvidas que fuiste tú quien aceptó el flete sin contar siquiera conmigo, y que luego intentaste convencerme de que se trataba de un negocio legal y bla, bla, bla...? Tarde te llegan los escrúpulos, chico.

-Es que no es lo mismo ver las cosas en abstracto que encontrarse con ellas de frente...

-¿No me dirás que te has enamorado de una de ellas?

-Por supuesto que no. -negó con vehemencia el astronauta italiano- Pero es que sólo con ver sus caras de pena...

-¿Las has estado espiando? Pues ten cuidado, no te vayan a captar esos energúmenos; tienen pinta de no andarse con chiquitas.

-No bromees; estoy hablando en serio. Ayer -por convención y comodidad en el interior de las astronaves regía un artificial, pero práctico, día de veinticuatro horas- fui al cuarto de baño, y tuve que esperar en la puerta porque estaba ocupado. De allí salió una de las chicas, que me miró pidiéndome ayuda antes de escabullirse camino de la bodega... Su rostro traslucía tristeza.

-Te advierto que no estoy dispuesto a ejercer de desfacedor de entuertos, y lo digo completamente en serio; bastantes quebraderos de cabeza hemos tenido en el pasado como para meternos en más berenjenales. Lo siento por esas chicas, pero no es nuestro problema.

-Puede que tengas razón. -suspiró resignadamente da Vico- La vida está plagada de situaciones injustas, y no podemos permitirnos el lujo de intentar solucionarlas. Bastante tenemos con sobrevivir nosotros.

Por desgracia para ellos, sus dotes proféticas resultaron ser nulas.

* * *

Ocurrió tan sólo tres días más tarde, cuando el *Alcaudón* navegaba plácidamente rumbo a su destino. Salazar y da Vico, que se encontraban en la cabina, oyeron una violenta discusión que llegaba hasta ellos atenuada por la distancia. Instantes después la puerta se abrió con brusquedad, penetrando en el recinto una de las chicas. Su aspecto pregonaba bien a las claras que había sido víctima de la querrela: Despeinada, con la ropa desgarrada, sangrando por la nariz y con la cara arañada, era la imagen misma del desconsuelo. Sollozando, les pidió ayuda.

Apenas les había dado tiempo a reaccionar a los dos astronautas cuando, pisándole los talones, hizo su aparición el patibulario Fred.

-¡Ven aquí, puta, que te voy a desollar viva! -exclamaba, iracundo, el gorila.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntaron a dúo ambos amigos interponiéndose en su camino, lo cual aprovechó la muchacha para refugiarse tras ellos- ¿Qué es este escándalo? -añadió el italiano.

-¡Ésta... Ésta... Ésta...! ¡Furcia, más que furcia! -el proxeneta se atropellaba al hablar- ¡Y ustedes, déjenme pasar!

-¡De eso ni hablar! -Salazar le plantó cara impidiéndole llevar a cabo sus intenciones- Primero díganos lo que ha pasado.

Fulminándolos con la mirada, su interlocutor hizo ademán de estrangular a un imaginario enemigo con sus imponentes manazas, tascó el freno y finalmente, ya algo más calmado, habló.

-Esta fulana ha provocado una pelea con sus compañeras, y cuando intenté poner orden se revolvió contra mí. ¡Todavía me duelen los huevos de la patada que me soltó!

-¡Es mentira! -chilló la aterrorizada chica sin abandonar la protección que le brindaban las espaldas de los astronautas- Fue Selene la que me provocó, llevaba provocándome durante todo el viaje, y cuando me harté y la respondí te faltó el tiempo para salir en defensa suya. Como es tu favorita...

-¡Te voy a...! -gritó su rival forcejeando con los dos atónitos pilotos.

-¡Basta ya! -ordenó da Vico recurriendo a toda su autoridad- ¡Quieto todo el mundo! No pienso permitir peleas en nuestra nave. Y vamos todos a la sala; allí estaremos todos más cómodos, y podremos esperar a que se calmen los ánimos.

Cabizbajo, el hombretón obedeció malhumorado, encabezando en silencio la comitiva. Tras él siguieron los astronautas, seguidos por último por la asustada muchacha. En el corredor aguardaban, expectantes, el otro guardaespaldas y el resto de las chicas, todos los cuales contemplaban en silencio el desarrollo de los acontecimientos sin hacer siquiera el menor ademán por intervenir. Una vez que los cuatro protagonistas se encerraron en la sala común cerrando la puerta tras ellos, las chicas volvieron a sus alojamientos a instancias de su guardián, e incluso éste se quitó discretamente de en medio.

* * *

-Quiero que quede clara una cosa: En esta nave mandamos mi amigo y yo -da Vico estaba ejerciendo realmente de capitán- y no queremos altercados de ningún tipo en ella. No nos importan lo más mínimo sus querellas, ni lo que puedan hacer una vez hayan desembarcado en Pandora; pero mientras permanezcan en el *Alcaudón* deberán acatar nuestra autoridad. Y si no están conformes, puesto que no pueden abrir la puerta y

marcharse, me reservo el derecho a recurrir a los patrulleros de la Policía Interplanetaria si lo considera necesario. ¿Entendido?

-Entendido. -masculló entre dientes Fred; su humillación era evidente, como evidentes resultaban también los ímprobos esfuerzos que hacía por contenerse.

Salazar, por su parte, se mantenía en silencio sin quitarle ojo de encima; el fulano era mucho más robusto y, seguramente, también mucho más fuerte que cualquiera de ellos dos, por lo cual en caso de desatarse una pelea deberían aunar sus esfuerzos para neutralizarlo... Siempre y cuando no apareciera su compinche. Mientras tanto, meditaba sobre la ironía que supondría tener que pedir ayuda a la Policía Interplanetaria, cuando lo habitual a lo largo de su carrera como astronautas independientes había sido esquivarla... Realmente las cosas habían cambiado.

-Y usted, señorita, ¿qué tiene que decir? -remachó el italiano dirigiéndose a la chica, la cual no había abierto la boca desde que entraran allí.

-Yo... -balbuceó ésta con un hilo de voz al tiempo que clavaba la vista en el suelo- Yo no quiero crear ningún problema a nadie. Pero tengo miedo de que me vuelvan a pegar.

Ante la mudo interrogación a que le sometieron a dúo ambos astronautas, Fred respondió malhumorado:

-Olvidaré la patada en los huevos... Pero no estoy dispuesto a consentir que se vuelva a pelear con las otras chicas.

-¿Llamamos a Selene? -preguntó Salazar.

-No serviría de mucho; ya nos ha dicho... ¿cómo te llamas, muchacha?

-Gwendolyne. -respondió ésta secándose los húmedos ojos con el dorso de la mano.

-Ya nos ha dicho Gwendolyne -prosiguió da Vico- que sus peleas con Selene fueron continuas desde que se embarcaron... Sería preferible separarlas.

-Lo estaban. -gruñó el cancerbero- Selene duerme en el camarote, y ésta en la bodega. Me encargué personalmente de ello. Pero fue inútil; la mayor parte del tiempo la pasan todas ellas en la bodega, por lo que los roces son inevitables. Además, también se ha peleado con las otras...

-Entonces habrá que recurrir a una solución diferente. -repuso el astronauta con rapidez, impidiendo una respuesta presumiblemente conflictiva de la chica- Está claro que lo mejor que se puede hacer es separarla de sus compañeras... Lo cual no resulta

fácil en una nave del tamaño del *Alcaudón*. Quizá podríamos alojarla en nuestro camarote durante los días que quedan de viaje. ¿Tú qué opinas, Miguel?

Pero el interpelado ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca, puesto que se le adelantó Fred vociferando como un energúmeno.

-¡Alto ahí, que os veo venir! Sois muy listos; lo que queréis es tiraros a esta zorra. ¿Me tomáis por un imbécil?

-Lamento decirle que se equivoca de plano. -el tono de la voz de da Vico no podía ser más glacial- Ni mi amigo ni yo tenemos la menor intención de tocarle un solo pelo a su protegida.

-¿Pretendéis que me crea que va a dormir con vosotros sin que pase nada? ¿Acaso no tenéis sangre en el cuerpo? A no ser, claro está, que seáis maricones...

-Le puedo garantizar que no lo somos. -respondió el italiano al tiempo que contenía con un mudo gesto a su impulsivo compañero- Pero no tenemos el menor interés en complicarnos la vida. No vamos a compartir el camarote con ella; nosotros dormiremos en los sillones de la cabina. Y si nuestra palabra no le resulta suficiente garantía, -añadió con sorna- siempre puede ponerle un precinto a la chica.

-Bueno, si es así... -rezongó el gorila mientras sus torpes neuronas funcionaban trabajosamente al máximo rendimiento analizando la posibilidad de un hipotético engaño- ¡Pero como os vea arrimaros a ella, os juro que os despedazo con mis propias manos!

-Pierda cuidado; no le daremos ese placer. -zanjó el astronauta sintiendo cómo se clavaban silenciosamente en él los ojos de los otros dos interlocutores; mirada de agradecimiento la de Gwendolyne, y de ira apenas disimulada la de su compañero y amigo; ahora le tocaría soportar el chaparrón de éste, pensó resignado.

* * *

Cinco días más tarde el *Alcaudón* aterrizaba sin novedad en el pequeño astropuerto del asteroide Pandora, con sus dos cansados propietarios acusando en sus cuerpos el tiempo que habían pasado encerrados en la cabina. Salazar conservaba íntegro su mal humor por la jugarreta que le había deparado su compañero, pero esto no preocupaba en demasía a da Vico; ya se le pasaría. Lo importante era que habían conseguido conjurar un posible conflicto entre sus pasajeros, aunque el astronauta español renegaba de las *geniales* ideas de su compañero insistiendo una y otra vez en que cuatro bofetadas bien dadas habrían hecho entrar en razones a la chica sin necesidad de más historias.

Además, argumentaba exhibiendo unas altas dosis de cinismo, los proxenetas hubieran sido los primeros interesados en no deteriorar demasiado a la *mercancía*.

Evidentemente da Vico no pensaba igual. Y, aunque negaba de forma categórica la insinuación de su amigo de haberse encandilado con la muchacha, lo cierto era que se había desatado en él un sentimiento de protección hacia ella desde el mismo momento en que se cruzaran silenciosamente en el pasillo de la nave; porque, como reconoció paladinamente a Salazar, se trataba de la misma chiquilla de ojos tristes y aspecto desvalido que le hubiera llamado la atención días atrás.

Por lo demás la propia Gwendolyne había cumplido su promesa haciéndose invisible, tanto para los propietarios del *Alcaudón* como para sus propios compañeros de viaje, y éstos a su vez la habían dejado en paz aunque, previsoramente, tanto Fred como su compañero se habían encargado de custodiar de forma ostentosa la puerta de su camarote para impedir, llegado el caso, que la chica pudiera entrar en contacto, siquiera de forma fugaz, con sus forzados paladines. Vano empeño puesto que los astronautas no tenían la menor intención de buscarse quebraderos de cabeza, pero al menos el energúmeno pudo así curar su orgullo herido.

Todo ello había acabado ya, y tras cumplir con los trámites burocráticos todos los pasajeros abandonaron en silencio la nave sin ni tan siquiera despedirse de sus anfitriones. La única excepción fue Gwendolyne que, zafándose momentáneamente del férreo control al que era sometida, les dirigió una lánguida mirada acompañada de un escueto *gracias* que tuvo la virtud de hacerle un nudo en la garganta a da Vico, reuniéndose acto seguido con sus impacientes compañeros.

Salazar y da Vico, por su parte, tenían urgente necesidad de estirar las piernas después de varios días de tan incómodo encierro voluntario, a lo cual había que sumar la conveniencia de que el primero de ellos pudiera desahogar su humor de perros recurriendo a las escasas diversiones que ofrecía ese pedrusco sideral. Además tenían necesidad de contactar con los representantes de la *Venus Pleasure Inc.* para hacer el papeleo que les permitiría cobrar sus honorarios antes de marcharse de allí con viento fresco.

Así pues, siguieron los pasos de sus pasajeros encaminándose hacia el pequeño complejo vecino al astropuerto que constituía la *capital* de Pandora: Apenas un puñado de edificios formado por las oficinas de la compañía multinacional que explotaba los yacimientos del asteroide, la delegación -más simbólica que real- de la Policía Interplanetaria, los alojamientos de los mineros y el sector de ocio, representado en exclusiva por el prostíbulo regentado por la *Venus...* Y nada más, puesto que los muelles donde se almacenaba la niobita, los talleres donde se reparaban las astronaves y la pequeña cantina que cubría las necesidades de estibadores y pilotos se alzaban al otro

lado de la pista de aterrizaje. La residencia que albergaba a los empleados de la compañía -excepto a los mineros- y a los técnicos del astropuerto, por último, quedaba oculta tras el curvado horizonte, pero en cualquier caso eso era algo que les resultaba totalmente indiferente, ya que los astronautas tenían vedado el acceso a ella.

El representante en Pandora de la *Venus Pleasure Inc.* era un atildado hombrecillo de aspecto insignificante y sexualidad equívoca que no disimulaba su amaneramiento y, desde luego, no habría dado en modo alguno la imagen de fortaleza que parecía imprescindible para regentar un garito de esas características -los mineros de los asteroides solían ser tipos rudos- de no haber ido escoltado por dos moles de desbordantes músculos y contraído cerebro capaces de apaciguar con su mera presencia al más exaltado de los camorristas.

Los modales del personaje, que dijo llamarse Walter M. -de Monroe-Chappaquiddick, eran descaradamente afeminados, algo que molestaba sobremanera a Salazar y a da Vico; pero el negocio era el negocio, razón por la cual procuraron olvidarse de sus prejuicios al menos hasta que hubieran cobrado sus honorarios. Éste no era el caso de su locuaz interlocutor, que no se cansaba de alabar la apostura de ambos para incomodidad de los aludidos, al tiempo que quitaba importancia al incidente ocurrido entre Fred y Gwendolyne felicitándoles por haber sabido mantener el control de la situación. ¡Qué se podía esperar de una gente tan vulgar, aunque necesaria...!

Finalmente, tras entregarles el dinero -en metálico y sin mayores trámites- insistió en invitarlos a visitar su establecimiento, sin dejar demasiado claro si se refería únicamente al bar o si, por el contrario, la invitación incluía también a las chicas. Temerosos de que tras la oferta se ocultara en realidad un intento de desplumarlos del dinero recién ganado, los astronautas declinaron educadamente. Esta negativa no melló en modo alguno la insistencia del proxeneta sino que, antes bien, la incrementó: Pese a que Pandora se hallaba a trasmano de las rutas comerciales, y pese también a que los mineros eran gente tosca y extremadamente grosera, -aquí hizo un inequívoco mohín de disgusto- la *Venus Pleasure Inc.* tenía a gala disponer de una oferta con un garantizado nivel de calidad. Su bar disponía de las mejores bebidas alcohólicas de todo el Cinturón a unos precios razonables, -habría que ver lo que entendía el fulano por *razonables*- y en cuanto a las chicas... Bien, aunque existían ofertas baratas para satisfacer la rijosidad de los poco exigentes mineros, también podía proporcionarles servicios selectos reservados para gente refinada como los técnicos y los ejecutivos de la empresa minera. O, como favor especial, también para ellos. De hecho, las chicas que habían traído al asteroide estaban destinadas precisamente a ello, y ya habían podido comprobar que no tenían el menor desperdicio. Y si sus gustos eran liberales y desinhibidos -remachó finalmente, tras constatar las reiteradas negativas de sus esquivos clientes- también les

sería posible disfrutar de una compañía agradable y divertida, no necesariamente femenina.

Al llegar ese momento a Salazar y a da Vico se les encendieron súbitamente todas las alarmas, por lo que pretextando la primera excusa que se les ocurrió -un inexistente flete en Ceres que debían atender con urgencia- pusieron pies en polvorosa alejándose cual alma que lleva el diablo de tan pegajoso personaje. Éste, por su parte, se resignó a dejarles ir sin haberles podido sacar nada... Lo cual era una lástima, teniendo en cuenta lo atractivos que le resultaban.

* * *

Una vez a salvo en el acogedor refugio del *Alcaudón*, los dos camaradas iniciaron los trámites previos al despegue.

-¡Uf...! Vaya sarasa que era el tío. -exclamó Salazar con irritación- ¿Has visto de qué manera nos miraba? Un poco más y no sé si no nos hubiera metido mano.

-Cerca estuvo de ello. -respondió flemáticamente su compañero- y, vistos los bigardos que le acompañaban, mucho me temo que en ese caso no hubiéramos tenido más remedio que tragar... Lo siento por ti, pero dadas las circunstancias tan sólo me hubiera quedado la esperanza de no ser su tipo.

-¡Pero serás...! -fingió explotar el español- Mal amigo, ¿habrías sido capaz de dejarme caer en las garras de ese bujarrón marchándote tú de rositas?

-Hombre, si la alternativa hubiera sido quedarme yo disfrutando de sus *caricias* mientras tú te largabas... Amigo mío, antes es Dios que la Virgen, y ciertas partes de mi cuerpo son sagradas. -se mofó da Vico riéndose a carcajadas.

-Por cierto, también es casualidad que hayan puesto a ese elemento al frente de un prostíbulo de mineros... Parece de chiste.

-No lo creas, es exactamente lo mismo que colocar a un diabético regentando una pastelería; nada más seguro. Por su parte él también dispondrá de su ración de macho siempre que lo desee, materia prima no le faltará, y ya tiene a los zombies esos para protegerle en caso necesario. En fin, con su pan se lo coman. Nosotros hemos hecho nuestro trabajo, nos han pagado a tocateja y ya estamos de más aquí; así que vámonos con viento fresco... Si el cretino del controlador nos da permiso para despegar de una puñetera vez; ¡ni que esto fuera el astropuerto central de la Luna! ¿A qué esperan estos fulanos, si no hay ninguna otra nave en la pista?

-Probablemente estarán desayunando o haciendo cualquier tontería; la verdad es que se lo toman con calma. -gruñó el siempre irascible Salazar- ¡Ah, Luiggi, se te había olvidado conectar los sensores de la bodega! Mira que si se nos hubiera colado un polizón...

La respuesta a la acción del astronauta fue el encendido de una luz de alarma en el abigarrado panel de control de la cabina. Los dos amigos, tras comprobar su significado, se miraron con perplejidad.

-Miguel, ¿revisaste la bodega después de marcharse los pasajeros?

-Por supuesto. -respondió amoscado el aludido- Quería comprobar que hubieran dejado todo recogido y en orden.

-Pues según el detector de infrarrojos, hay algo caliente allí; y se está moviendo.

-Voy para allá a ver qué pasa. -respondió el español incorporándose de su asiento.

-Ten cuidado.

-Descuida; por si acaso, llevaré esto. -dijo al tiempo que empuñaba la pistola de aguja que, por precaución, guardaban en un escondite secreto de la cabina.

Pero Salazar no tuvo necesidad de utilizar el arma, ya que el polizón obedeció dócilmente sus órdenes acompañándole a la cabina, donde la sorpresa de da Vico fue mayúscula.

-¡Gwendolyne! ¿Qué haces tú aquí?

La chica sonrió tímidamente, bajó la vista al suelo repitiendo el gesto que tanto turbaba al astronauta, y respondió con un hilo de voz:

-Necesito huir de Pandora. No quiero trabajar como prostituta.

-¡Muy bonito! -exclamó su captor, aparentemente insensible, a diferencia de su compañero, a sus innegables encantos femeninos- ¿Y no podías haberlo pensado antes de firmar el contrato en la Tierra? Porque no me vendrás ahora con la excusa de que creías que te contrataban como bailarina...

-No. -musitó entrecortadamente entre hipidos- Sabía perfectamente lo que firmaba... ¡Pero estaba desesperada, y no veía otra manera de huir del lío en el que estaba metida!

-Vamos a ver, muchacha. -intervino da Vico interrumpiendo de forma deliberada a su exaltado compañero- Siéntate aquí, -ordenó, ofreciéndole su propia butaca-

tranquilízate y cuéntanos tu problema. Y tú, Miguel, deja de mirarla con esos ojos asesinos y estate pendiente de la torre de control; no creo que tarden mucho en autorizar el despegue.

-¡Muy bonito! -bufó el aludido- Don Quijote de los Asteroides, siempre tan caballeroso con las mujeres... ¿Acaso no sabes que nuestra obligación es hacerla desembarcar y entregarla a las autoridades astroportuarias? No lo digo yo, lo dicen las leyes astronáuticas. Lo siento si la chica se ha complicado la vida, pero éste no es nuestro problema, sino el suyo. Debería haberlo pensado antes.

Gwendolyne, por toda respuesta, rompió a llorar desconsoladamente hundiendo el rostro entre sus delicadas manos. Da Vico fulminó a su amigo con la mirada y continuó:

-Las leyes dicen que, cuando se descubra la presencia de un polizón a bordo, la tripulación de la nave está obligada a entregarlo a las autoridades en la primera escala que se realice o, en su caso, a una patrullera de la Policía Interplanetaria durante el trayecto.

-Pero... -la turbación de Salazar era evidente.

-No hay peros que valgan. Nosotros no hemos encontrado a nadie mientras estábamos todavía posados en el astropuerto. Gwendolyne aparecerá cuando ya hayamos despegado, y las leyes no nos obligan a volvernos atrás si no lo deseamos. La desembarcaremos en Marte.

-Tú y tu afición a meternos en líos... Esto no les va a gustar nada a los de la *Venus*...

Tampoco me habría gustado lo que le hubieran hecho a esta pobre criatura de haberse quedado en Pandora. Y no se hable más; atiende al despegue mientras yo le ayudo a instalarse en uno de los camarotes. No tiene sentido que siga pasando incomodidades en la bodega. Ah, y si llamaran preguntando por ella, hazte el tonto. Tenemos que salir de aquí antes de que la echen en falta.

-A la orden, jefe. -rezongó Salazar hundiendo la vista en los controles- ¿Quién me mandaría a mí asociarme con semejante zumbado?

* * *

El *Alcaudón* volaba de nuevo por la inmensidad del espacio de retorno a Marte. Los temores de Salazar habían resultado infundados, ya que la torre de control de Pandora dio el permiso de despegue sin hacer la más mínima alusión a la fugitiva. De hecho, fueron los propios astronautas los que comunicaron su existencia una vez que hubieron

puesto suficiente distancia por medio como para justificar su negativa a retornar al asteroide.

El controlador no mostró mayor interés por la incidencia, limitándose a informarles que la remitiría a la delegación de la Policía Interplanetaria y a los responsables de la *Venus Pleasure Inc.*, tras lo cual se despidió. Unos minutos después recibían las respuestas. El delegado policial, molesto porque le habían interrumpido su solaz precisamente cuando disfrutaba de las instalaciones del prostíbulo, se limitó a solicitarles que cumplieran con las ordenanzas, mostrándose conforme con la decisión de da Vico de entregar a la chica a las autoridades marcianas.

Muy diferente fue la reacción de Chappaquiddick, ya de por sí predispuesto en contra de los dos astronautas a causa de su reciente rechazo a los *favores* del proxeneta. Irritado profundamente con ellos, lo que insuflaba rasgos cómicos a su amanerada figura, acusó a los dos amigos de haber raptado a Gwendolyne al tiempo que les exigía el regreso inmediato del *Alcaudón* a Pandora y la entrega sin condiciones de la renuente prófuga.

Con una calma premeditada da Vico -de común acuerdo Salazar había preferido mantenerse en un discreto plano- negó todas las acusaciones del hombrecillo y rehusó acceder a sus exigencias, reafirmando en su compromiso de llevar a la muchacha a Marte. En cuanto al incumplimiento de contrato en que había incurrido ésta, así como los daños y perjuicios que su espantada hubiera podido ocasionar a la empresa, eran algo que deberían dirimir entre ellos sin involucrar a los propietarios del *Alcaudón*, primeras víctimas -el astronauta enfatizó deliberadamente la frase- de un conflicto que les resultaba ajeno. Dicho esto, y sin dar tiempo siquiera a su interlocutor para responder, cortó la comunicación dejándole con dos palmos de narices.

-¡Anda y que ten den...! -exclamó de manera harto gráfica- Bueno, una cosa zanjada. Ahora tendremos que hablar largo y tendido con Gwendolyne. Miguel, ¿te importaría llamarla?

-Como quieras, Luigi. Pero antes, dime una cosa. ¿Qué cuernos piensas hacer cuando lleguemos a Marte? ¿Realmente vas a entregársela a la Policía Interplanetaria? Si esos buitres de la *Venus* se lo proponen, acabará de prostituta en el rincón más infecto del Sistema Solar, o se pudrirá en la cárcel al no poder pagar la indemnización por daños y perjuicios que con toda seguridad le van a exigir. Esa gentuza sabe aprovecharse de todos los recovecos legales, y por desgracia tienen cogida la sartén por el mango. Lo siento por la chica; no tengo nada claro que le hayamos hecho un favor.

-Bueno, cuando lleguemos a Marte ya veremos como nos las apañamos. -suspiró éste.

La mirada de perplejidad que Salazar dirigió a su amigo fue más expresiva que cien palabras.

* * *

-Soy americana, de un pequeño pueblo de Kentucky, y mi nombre verdadero no es Gwendolyne, sino Norma: Norma Smith. Mis padres son propietarios de una pequeña granja cuya hipoteca vencía, y no disponíamos del dinero necesario para amortizarla. Yo marché a Nueva York en busca de trabajo, y allí... -un sollozo interrumpió la narración de la muchacha.

-Tranquila, Gwen... Norma. Estás entre amigos -le consoló da Vico- Cálmate y cuéntanos sólo lo que creas conveniente decirnos.

-Ya da todo igual. -suspiró enjugándose las lágrimas- Allí en Nueva York tuve muy mala suerte. Conocí a un chico del que me enamoré ciegamente y al que me entregué en cuerpo y alma. Nunca lo hubiera hecho; era un canalla de la peor calaña que... Bueno, -suspiró de nuevo- prefiero olvidarlo. Cuando me di cuenta del ambiente en el que me había sumido ya era tarde para dar marcha atrás; estaba atrapada como en una telaraña. Fue entonces cuando conocí por casualidad a un reclutador de la *Venus Pleasure Inc.* que iba buscando chicas para sus locales del cinturón de asteroides, y no lo dudé un solo instante; era la única posibilidad que tenía de huir de esa ratonera. Firmé el contrato sin pensármelo dos veces y... el resto ya lo conocéis.

-Todo no. -interrumpió hoscamente Salazar- ¿Por qué razón huiste de Pandora?

-Cuando me contrataron en Nueva York, pensé que nada podría ser peor que lo que dejaba atrás. Pero el viaje desde la Tierra fue un infierno, el resto de las chicas y en especial esa Selene me hacían la vida imposible. Yo, yo... yo no soy como ellas. Yo quiero ser una mujer decente, casarme y formar una familia... Pero soy una desgraciada.

Y rompió a llorar con desconsuelo. Da Vico, completamente turbado, intentó consolarla.

-Calma, chiquilla, ya pasó todo. -le dijo mientras acariciaba su sedosa cabellera- Nadie te va a hacer daño. Pobrecilla, qué mal lo has debido pasar...

-No eran sólo las chicas. Los dos chulos que nos acompañaban eran unos auténticos sádicos. Y luego el degenerado del mandamás de Pandora... ¡Oh, Dios mío!

-¿Qué ha sido de la granja de tus padres?

-No lo sé, no tengo noticias tuyas desde que partimos de la Luna, esos gorilas nos tenían prohibido cualquier contacto con familiares o amigos. Antes de salir les envié

todo el dinero que me pagaron de adelanto, diciéndoles que había encontrado trabajo en una oficina. No era suficiente para pagar toda la deuda, pero confío en que no les hayan desahuciado...

-Cuando lleguemos a Marte, no tendremos más remedio que entregarte a la Policía Interplanetaria; has infringido varias leyes, y resultaría imposible esquivarlas. Pero si les cuentas lo mismo que nos has dicho a nosotros, es muy probable que te ofrezcan amparo... Además están los movimientos antiprostitución, a los cuales podrás pedir ayuda... Y por supuesto, también podrás contar con nosotros.

-Gracias... gracias.

-Un momento. -intervino de nuevo el taciturno Salazar, que hacía patentes esfuerzos por rumiarse su mal humor- Todo eso que nos has contado está muy bien, pero hay algo más que quisiera saber. ¿Cómo lograste escapar de las garras de esos fulanos, si como tú has dicho os vigilaban estrechamente? ¿Cómo llegaste hasta nuestra nave, si carecías de traje espacial? ¿Cómo pudiste entrar en ella, si estaba cerrada?

-Yo hubiera preferido no tener que hablar de eso; pero creo que es mejor que sepáis todo... -explicó ruborizándose- Una vez que nos instalaron en el local y nos informaron de nuestras obligaciones, nos enviaron al bar a captar clientes. Tuve la suerte de conocer a un mecánico del astropuerto que, según me dijo, tenía que venir aquí a hacer algunas revisiones de rutina antes de que os marcharais. Le conté mi historia, le rogué que me trajera... Y él se apiadó. Vinimos en su vehículo presurizado, y entramos en la nave por el diafragma... Al menos, así lo llamó él. Hizo las reparaciones que tenía que hacer y se marchó, mientras yo me escondía en la bodega.

-Eso explica todo. -zanjó da Vico- Ahora, lo que tenemos que hacer es ver cómo resolvemos el embrollo de Marte.

* * *

Conforme pasaban los días, cada vez resultaba más patente que el bueno de Luiggi da Vico se había enamorado como un auténtico colegial. Salazar, todavía escocido por la irritante propensión de su amigo a meterlos en líos, no perdía ocasión para zaherirlo, algo que al italiano no parecía importarle demasiado, obsesionado como estaba en hallar la forma en la que Gwendolyne, o Norma, pudiera zafarse del dogal que le había tendido la *Venus Pleasure Inc.*

La protagonista principal, por su parte, había adoptado unas discretas pautas de comportamiento que en poco se diferenciaban de las que ya mostrara durante el accidentado viaje de ida. Encerrada en su camarote y muda y sorda para todo cuanto no fuera agradecer una y otra vez a los astronautas su ayuda, era la imagen misma de la

circunspección. Ciertamente no parecía una mujer descarriada, sino una inocente muchachita indefensa merecedora de todo tipo de protección.

Y da Vico se la proporcionaba, con el consentimiento tácito del gruñón, pero inofensivo, Salazar. Pese a ser dos tipos duros y bragados acostumbrados a sobrevivir en un medio tan hostil como era el cinturón de asteroides, ambos respetaban a su pasajera como si de la flor más delicada se tratara. Este comportamiento, al menos en Salazar, podía ser interpretado como una mezcla de indiferencia y respeto a su compañero, pero para el italiano tan sólo había una palabra que lo pudiera explicar: Amor.

¿Correspondía el objeto de sus sueños al fervor que éste le mostraba? La respuesta, como solía ocurrir siempre que un hombre intentaba interpretar los inescrutables comportamientos femeninos, resultaba harto difícil de pronunciar. Gwendolyne -éste era el nombre con el que la seguía acariciando mentalmente su enamorado, y no su prosaico apelativo real- se dejaba querer sin traslucir ni agrado ni desagrado, una actitud lo suficientemente ambigua como para dar alas a las esperanzas del curtido astronauta, el cual no se atrevía en su timidez ni a rozarla siquiera cuando las estrecheces del *Alcaudón* obligaban casi al contacto físico de sus tripulantes.

Así ocurrió una noche -llamémosle así al período de descanso- cercana ya la temida llegada a Marte. Da Vico acababa de ser relevado por su compañero en la cabina, y se dirigía a su camarote cuando, al pasar por la puerta tras la que dormía Gwendolyne, descubrió con sorpresa que ésta estaba entreabierta. Intrigado por lo insólito de la situación, -la muchacha era extremadamente pudorosa- no pudo resistir la tentación de asomar la cabeza.

Allí estaba. Tierna como una ninfa, apenas velado su grácil cuerpo por una sábana que en su mayor parte había resbalado al suelo, se mostraba ante sus ojos gozosamente desnuda a modo de himno triunfal a la belleza y al amor. Da Vico, tragando saliva, se vio obligado a librar una enconada batalla entre su instinto masculino, ardiente bajo el raudal de hormonas que se derramaban ferozmente en su torrente sanguíneo, y su responsabilidad como anfitrión respetuoso de la virtud de quien en él había confiado. Muy cerca estuvo de caer en la irresistible tentación que se mostraba incitante ante sus sorprendidos ojos, pero finalmente acabó triunfando la prudencia no sin dificultades, la cual le recomendó retirarse discretamente a su camarote; eso sí, ni esa noche ni las siguientes lograría dormir, obsesionado como estaba por la visión celestial que había tenido la suerte de gozar de forma tan efímera como intensa.

* * *

Conforme se acercaba el día en que el *Alcaudón* rendiría viaje en Marte el humor de da Vico se fue agriando cada vez más, hasta llegar a superar al eterno gruñón de su compañero. Por más vueltas que le daba, seguía sin encontrar una solución al rompecabezas que supondría la entrega de Gwendolyne a la Policía Interplanetaria. Asimismo, se maldecía una y mil veces por haberse precipitado denunciando su presencia como polizón en la astronave, aun a sabiendas de que le habría resultado imposible ocultarla a los minuciosos controles policiales.

¿Y si se casaba con ella? La idea le iluminó la mente. Salazar, a quien consultó, le dijo lisa y llanamente que estaba loco. Optó entonces por consultar, no sin dificultades debido a las barreras burocráticas de toda índole que hubo de sortear, al propio M´Babane. El jefe de la Policía Interplanetaria se mostró muy sorprendido por su iniciativa, pero tras hacer un comentario socarrón acerca de la notable habilidad de los tripulantes del *Alcaudón* para meterse en líos, principalmente habiendo faldas por medio, le remitió a los servicios jurídicos del organismo policial, ante los cuales le recomendó personalmente. Mientras tanto, huelga decirlo, la dulce Gwendolyne se mantenía ajena por completo a las maniobras de su enfebrecido enamorado.

La respuesta de los servicios jurídicos fue precisa, demasiado clara para lo que hubiera deseado el italiano: De no mediar denuncia por parte de la tripulación del *Alcaudón*, como era evidente que no la habría, en lo que a la Policía Interplanetaria se refería la muchacha tan sólo había incurrido en una infracción administrativa, al regresar a Marte sin poseer un permiso de residencia válido para este planeta. Ahora bien, nada le impedía legalmente tomar una astronave que la condujera a la Tierra; la única limitación sería que, mientras permaneciera en el planeta rojo, no podría abandonar el recinto del astropuerto, corriendo por su cuenta todos los gastos de alojamiento y mantenimiento.

Hasta ahí no había mayor problema, salvo en el hecho de que la chica no tenía ni un céntimo, ni los astronautas podían permitirse el lujo de prestárselo. Eso sí, si Gwendolyne se casaba con uno de ellos las cosas cambiarían radicalmente, ya que entonces podría convivir con ellos en el *Alcaudón* al haberse convertido en un miembro más de la tripulación.

Caso aparte era el tema de la *Venus Pleasure Inc.* La compañía había interpuesto una denuncia a la fugitiva por incumplimiento de contrato, y le exigía una abultada cantidad en concepto de indemnización por daños y perjuicios. El pleito era civil, no penal, y no acarreaba ningún tipo de sanción o arresto; pero de perder Gwendolyne el pleito, y resultaba evidente que lo perdería, se vería obligada a entregar a sus antiguos empresarios un dinero del que carecía. Ya a título personal, que no oficial como se encargó de recalcar su informante, el agente le advirtió a da Vico sobre la irresponsabilidad que supondría rehusar el pago una vez que fuera firme la sentencia

judicial; pese a su imagen de legalidad la *Venus Pleasure Inc.* no se andaba con chiquitas a la hora de reclamar las deudas, supliendo la inercia burocrática de la administración judicial con un ágil y eficiente servicio propio de cobro a morosos, el cual acostumbraba a recurrir a métodos poco ortodoxos, cuando no dudosamente legales, para conseguir sus propósitos. Sí, la Policía Interplanetaria estaba al corriente de estas prácticas pero, atada de pies y manos como estaba por las leyes, no le quedaba otro remedio que mirar para otro lado consignando como *accidentales* las consecuencias poco agradables de estas actividades.

Da Vico estaba desesperado, y hacía pagar los platos rotos de su malhumor al pobre de Salazar. Éste, con un pragmatismo que rozaba descaradamente el cinismo, no se hartaba de recomendarle que se olvidara de la chica y la dejara sola con sus problemas, algo que tenía la virtud de irritar profundamente a su amigo. Gwendolyne, mientras tanto, se limitaba a ser amable con ambos sin traslucir en ningún momento ni sus emociones ni sus temores. Aparentemente, no parecía importarle demasiado todo cuanto pudiera estar relacionado con su incierto futuro. Y, puesto que Luiggi no se había atrevido a comunicarle las desazonantes nuevas ni, todavía menos, su descabellado proyecto de matrimonio, parecía vivir en un mundo ajeno a la realidad... Aunque, mal que le pesara, esto no duraría demasiado tiempo.

Finalmente el instante fatídico llegó. El *Alcaudón* aterrizó sin novedad en Marte, y sus tripulantes recibieron órdenes de dirigirse al puesto de control policial llevando consigo a la pasajera. Por mucho que da Vico intentara retrasar lo inevitable, la hora había llegado. Ya no cabían más dilaciones. Pero él, hundido en su butaca, no mostraba la menor intención de afrontar los hechos.

-Bueno, tío, ¿a qué esperas? -le increpó Salazar- Tendremos que movernos, ¿no?

-Ve tú. Yo me quedo aquí.

-¡Y un cuerno! ¡Ya está bien de hacer el imbécil! Escúchame bien, porque no te lo pienso repetir: Ahora mismo te vas a levantar, vas a coger a esa chica por las orejas o por donde mejor te parezca, y se la vas a entregar a la policía. Y si no lo haces así, rompemos en este mismo momento nuestra sociedad y nos largamos cada uno por nuestro lado. ¿Queda claro?

Un tenso silencio fue la única respuesta a la filípica. En su fuero interno Luiggi era consciente de que Salazar tenía razón, pero su frenesí amoroso le impedía reconocerlo. Y desde luego, estaba dispuesto a cometer cualquier locura con tal de impedir que le separaran de su amada.

Nunca sabrían hasta donde podrían haber llegado las cosas de no haberse producido repentinamente un anticlímax a causa de la súbita aparición de la propia interesada en la

cabina. Gwendolyne, o Norma, era la misma de siempre, pero algo importante había cambiado en ella. Su mirada no era ahora lánguida y asustadiza, sino fría y autoritaria; la tímida jovencita se había transfigurado en otra persona muy distinta.

-Chicos, no hace falta que discutáis por mi culpa; no tengo la menor intención de crearos problemas.

La sorpresa fue mayúscula en ambos contendientes, pero la interpretación que le dieron no fue precisamente la correcta.

-¡Gwendolyne! -exclamó da Vico dirigiéndole una mirada transida de dolor- Tenemos que hablar de muchas cosas.

-Por supuesto que sí; -respondió la aludida con voz acerada- pero no de lo que tú pretendes. Voy a dejaros bien clara una cosa: No soy quien creáis que era.

Un jarro de agua fría pareció verterse sobre la espalda del italiano. Sin darle tiempo a reaccionar, la mujer continuó:

-Efectivamente me llamo Norma Smith, pero no soy una paleta caída ingenuamente en las redes de una red de proxenetismo; soy militante del Frente Feminista Anti Prostitución, y me ofrecí voluntaria para la misión de infiltrarme en una de estas compañías con el fin de recabar pruebas para denunciarlas y promover su ilegalización. Todo lo demás fue una farsa, incluida mi novelesca fuga y mi patética petición de ayuda; os pido disculpas por haberos engañado, pero no me quedaba otra solución si quería llevar a cabo con éxito mi misión. Si lo estimáis conveniente, el F.F.A.P. está dispuesto a entregaros una compensación económica en concepto de indemnización por las molestias que os hayamos podido causar.

* * *

La reacción de los dos amigos no pudo ser más dispar. Mientras da Vico se quedaba sin habla, el rostro de Salazar enrojeció de ira adoptando la inequívoca expresión del *“ya sabía yo que esto iba a pasar”*. Sin embargo, nada de ello pareció hacer mella en su interlocutora, que siguió hablando como si nada ocurriera.

-Ah, y no os preocupéis por mí. No tendré el menor problema con esos miserables; a estas alturas mis compañeros ya les habrán reembolsado el dinero que me reclamaban. Ahora sabrán lo que es bueno.

-Señorita Smith -Salazar había conseguido finalmente articular algunas palabras- ¿Acaso no podía habérmelo confiado en Pandora? ¿Por qué razón nos mantuvo engañados durante todo el viaje?

-Por seguridad; no podía correr el riesgo de caer en manos de esos energúmenos, y necesitaba huir de Pandora antes de que ellos empezaran a sospechar de mí. Además, no me apetecía lo más mínimo tener que ejercer de puta. Y como no tenía garantías de que voso... ustedes accedieran a sacarme del asteroide y traerme hasta Marte en caso de conocer la verdad. Lamento las molestias que les haya podido crear, pero la causa lo requería. Insisto en que podemos recompensarlos...

-¡A la mierda su puto dinero y todos ustedes con él! -explotó el astronauta español, vertiendo todo su odio contra la muchacha- ¡Mire a mi amigo! Estaba enamorado, y usted lo sabía. ¿Y qué hizo? En vez de desengañarlo, jugó miserablemente con sus sentimientos. Usted no es mejor que ellos.

-Piense lo que quiera si eso le ayuda a sentirse mejor. -respondió ella con hipocresía- En lo que a mí respecta, hice lo que estimaba que tenía que hacer.

-¡Pedazo de arpía! ¿Es que no tiene sentimientos?

-Por supuesto que los tengo; pero no estoy dispuesta a malgastarlos con ningún hombre. Me dan asco.

-¡Fuera! ¡Fuera de aquí! -Salazar había perdido definitivamente los estribos- Váyase ahora mismo o no respondo de mis actos. Márchese en mala hora y ojalá le caigan todos los males sobre su maldita cabeza.

-¡Hombres! -bufó Norma- Todos son igual de despreciables... Todos.

Y dio media vuelta, dejando a sus turbados anfitriones sumidos en el desconcierto.

* * *

-¿Qué tal lo llevas?

-¿Cómo quieres que lo lleve? Fatal. Ha sido un palo muy gordo. Pero sobreviviré...

Habían pasado dos semanas desde que tuviera lugar el inesperado desenlace del caso, y da Vico todavía acusaba el golpe recibido. Pese a que Salazar había intentado interponer una denuncia contra Norma Smith y su asociación, su compañero consiguió convencerlo de que no lo hiciera; bastante humillación habían recibido ya como para airearla todavía más, máxime después de las ingenuas consultas que da Vico había hecho a la Policía Interplanetaria. Tampoco habían querido aceptar, pese a la inicial oposición de Salazar, el dinero que les había ofrecido la F.F.A.P. en concepto de compensación; amén de que no era nada del otro mundo, -hasta para eso habían resultado miserables- los astronautas seguían teniendo orgullo a pesar de la humillación sufrida.

-Olvídate de esa fulana; nos engañó a los dos.

-¡Pero a mí mucho más que a ti! -gimió el italiano- Yo me enamoré de ella.

-Yo no, pero tengo ojos en la cara y hormonas en las venas... Y la verdad es que estaba realmente buena. ¡Vaya desperdicio!

Afuera las incontables estrellas tachonaban el firmamento brillando como luciérnagas incrustadas en un terciopelo negro.

DIES IRAE

-¿Qué tal andáis ahora de trabajo?

-Vamos tirando... Al menos, comemos todos los días. -suspiró Luigi da Vico mirando con filosofía el fondo de su vaso.

-Aunque a veces nos quedemos con hambre. -gruñó Miguel Salazar apostillando a su compañero.

-Entonces, nada fuera de lo habitual. -se burló su interlocutor, un desgarbado escandinavo que atendía al nombre de Olafsson- Realmente, la vida de los astronautas independientes suele ser bastante dura...

-Sobre todo, contando con nuestra habilidad para meternos en berenjenales. -le interrumpió el astronauta español con ironía- La verdad, es que no sé cómo nos las apañamos para acabar siempre complicándonos la vida.

-Bueno, eso nos pasa un poco a todos; recordad cuando yo tuve que salir por pies de Palas porque a la Policía Interplanetaria le habían dado el soplo de que en el *Thule* llevaba whisky de contrabando... Me escapé por los pelos, y lo peor de todo fue que tuve que deshacerme del cargamento lanzándolo al espacio.

-No creo que fuera para tanto; -respondió con sorna el italiano- conociéndote, apostarí que se trataba de garrafón. Bien mirado, les ahorraste una buena resaca a los sufridos mineros.

-¡Muy gracioso! -se amostazó el nórdico mientras sus dos amigos se reían a carcajadas.

-¿Y qué tal te va a ti? -preguntó finalmente da Vico- De un tiempo a esta parte no se te veía demasiado ese estropajo que tienes por pelo.

-De eso quería hablaros. Veréis, he estado trabajando para los chiflados de una secta religiosa... No son mala gente, pero más raros que un perro verde. Imaginad, dicen que el fin del mundo es inminente, y como por “mundo” entienden a la Tierra, sólo se les ha ocurrido emigrar en masa a Marte.

-Cada tonto con su tema. -sentenció Salazar- Pero tú, ¿qué pintas ahí? Los vuelos entre la Tierra y Marte están excluidos de nuestras licencias.

-Dejad que os explique. Esta gente, que además rechaza todo cuanto suponga, según ellos, una perversión del alma, fundaron una colonia hace algún tiempo en la región de la Gran Syrte, más o menos allá por donde el aire marciano da la vuelta... Pero como al parecer hasta el propio Marte les resultaba pecaminoso, les dio por arrendar un asteroide para establecer allí una especie de santuario o algo por el estilo... Y ahí es donde he intervenido yo, transportando materiales y obreros desde Marte hasta allí.

-Parece un buen trabajo, siempre claro está que no blasfemes; -bromeó da Vico- lo cual en tu caso no debe de resultar fácil. Por cierto, ¿qué tal te pagan?

-Religiosamente... Nunca mejor dicho.

-Chico, nos das envidia. -confesó el astronauta español, apurando de un trago su bebida al tiempo que hacía un mudo gesto al vigilante camarero para que le rellenara el vaso- Nosotros no hemos tenido suerte; desde hace varios meses venimos sobreviviendo a base de pequeñas chapucillas.

-Podrías tenerla... Si os interesa, os puedo traspasar el contrato.

-¿Quéeee? -exclamaron a dúo los propietarios del *Alcaudón* abriendo los ojos como platos.

-Chicos, no es por presumir, pero lo cierto es que últimamente las cosas me han ido bastante bien; no sólo con estos beatos, eso ha sido lo de menos, sino sobre todo con mis otros negocios... Y bueno, la verdad es que me apetece tomarme unas vacaciones en la Tierra.

-Ya. -sentenció el italiano con socarronería- ¿También whisky esta vez?

-¿Qué más da eso? No es elegante hablar de estas cosas en un lugar público. -zanjó Olafsson sonriendo de oreja a oreja- Baste con saber que todo salió bien, pero me conviene un cambio de aires. Así pues, si queréis haceros cargo de mi trabajo... El legal, por supuesto.

-¡Hecho! Y te estamos muy agradecidos.

-¡Bah! ¿Para qué estamos los amigos? Por cierto, -exclamo haciendo una mueca de desagrado- este matarratas es todavía peor que el que traigo yo.

* * *

-A mí esto me huele a gato encerrado.

-Hombre, no seas tan suspicaz; yo no lo veo mal, y teniendo en cuenta que estamos a la quinta pregunta...

-Olafsson siempre ha sido un marrullero.

-¡Toma! ¿Y nosotros no? -da Vico no pudo evitar la carcajada- ¿Qué diferencia hay entre él y nosotros?

-Mucha, y tú lo sabes.

La discusión tenía lugar en la sala común del *Alcaudón*, a donde se habían retirado sus dos propietarios tras despedirse del noruego. Como solía ocurrir prácticamente siempre, ambos no conseguían ponerse de acuerdo acerca del camino a seguir, en este caso refiriéndose a la tentadora oferta de su amigo.

-Sí, no necesito que me lo recuerdes; sé positivamente que Olafsson no tiene demasiados claros los límites entre lo que es legal y lo que no lo es tanto... Aunque eso es lo habitual entre los pilotos independientes. Lo que ya no me gusta tanto es que acostumbra a arriesgar demasiado; pero ahí lo tienes, de vacaciones en la Tierra con los bolsillos llenos. -suspiró el italiano- Ya me gustaría estar en su pellejo.

-Pues a mí no. -objetó su compañero- A saber lo que habrá hecho para tener que salir por pies del Cinturón; porque de vacaciones nada, esto ha sido una huida pura y dura.

-Probablemente; supongo que se tratará de algún asunto de contrabando. Pero eso no tiene que ver con nosotros; lo que nos ha ofrecido es su tapadera legal, no sus otros negocios, y yo no me imagino a estos meapilas traficando con mercancías prohibidas.

-¿Quién sabe? Cosas más raras se han visto en el mundo.

-Pero no en este caso. He estado consultando la red, y resulta que son una asociación religiosa legal y respetabilísima. Se llaman Iglesia de la Purificación Divina y, tal como nos explicó Olafsson, planean trasladar su sede marciana a Protesilao aprovechando las instalaciones de una antigua estación minera abandonada.

-Protesilao... -silbó sorprendido Salazar- Eso queda lejos.

-Lo que me extraña, visto como las gasta esta gente, es que en vez de un asteroide troyano² no eligieran un transneptuniano... Porque raritos sí que son; los puritanos más

² Los asteroides troyanos se caracterizan por describir una órbita coincidente con la del planeta Júpiter, aunque manteniendo siempre con él una distancia de 60 grados, bien precediéndolo, bien siguiéndolo. Se denominan así debido a que todos ellos ostentan nombres de héroes de la guerra de Troya, griegos los que preceden a Júpiter, y troyanos los que lo siguen; Protesilao pertenece al primero de estos dos grupos.

furibundos, a su lado, serían unos sibaritas decadentes. Fíjate que rechazan todo cuanto pueda suponer el menor placer, tanto para el cuerpo como para el alma, desde el alcohol y el tabaco hasta la música, el cine o la televisión; sus únicas lecturas autorizadas son las de sus propios textos sagrados, e incluso tienen estrictamente reglamentada la forma de cocinar los alimentos para evitar que éstos les resulten mínimamente apetitosos.

-Pues como no capten a sus adeptos ya adultos, mucho me temo que la secta se les va a acabar como quien dice en cuatro días... -se burló Salazar.

-No lo creas. -da Vico le adivinó el pensamiento- Por supuesto, también tienen estrictamente prohibido cualquier tipo de relaciones sexuales; pero recurren a la inseminación artificial para tener hijos sin necesidad de contacto carnal alguno. De hecho tienen bastantes, y todavía tendrían más si cupieran en su colonia. Pero afirman que cuando Dios purifique la Tierra exterminando a los impíos serán ellos, únicos supervivientes de la furia divina, quienes tendrán encomendada la misión de repoblarla conforme a las pautas marcadas por sus profetas.

-¡Estos tíos están como cabras! ¿Y con esos zumbados es con quienes pretendes que tengamos tratos? Estás todavía peor que ellos.

-Escúchame, Miguel, antes de embestir. A pesar de su rechazo frontal hacia cualquier tipo de placer mundano, no son tan estúpidos como para renunciar a los avances tecnológicos siempre y cuando les resulten útiles para sus fines; nada tienen que ver con sectas tecnófobas como los amish o los neojerosolimitanos, y de hecho están muy tecnificados. Además, tienen dinero a espuestas y saben administrarlo.

-Vamos, que están como para que los encierren en un manicomio, pero no son imbéciles...

-Yo no lo habría sabido expresar mejor. -respondió el italiano con una cínica sonrisa- Y como lo que nos interesa de ellos es su dinero y no sus rituales religiosos, no veo razón por la que no podamos entendernos amigablemente con esta gente; eso sí, tendrías que moderar tus modales y tu lenguaje, que nos conocemos.

* * *

Sin embargo, a la hora de la verdad las cosas no resultaron ser tan sencillas como pronosticara da Vico. El representante de los *Puros*, calificativo con el que se autodenominaban los sectarios, era un hombrecillo de mediana edad y aspecto tranquilo que no daba la menor impresión de ser un iluminado; antes bien, se asemejaba a un atildado ejecutivo. Cortés en el trato y educado en los modales, tan sólo un ligero aire de superioridad dejaba traslucir, estando sobre aviso, su exaltada ideología.

Míster Godloving -nunca llegarían a saber si se trataba de su verdadero nombre o de un simbólico apelativo-, que así se llamaba el personaje, resultó ser un negociador avezado dispuesto a recompensar convenientemente los servicios prestados pero mostrándose asimismo seguro de sí mismo y extremadamente exigente con sus interlocutores. Si sentía algún tipo de repulsión, tal como solía ser habitual en los fanáticos religiosos, hacia la forma de vida de los gentiles se había cuidado muy mucho de mostrarla, limitándose a negociar desde un punto de vista exclusivamente comercial con sus dos anfitriones a los que había aceptado, les dijo, gracias a la recomendación de Olafsson.

La misión del *Alcaudón* sería, en principio, la misma que la del *Thule* haciendo de correo ente Marte y Protesilao, donde sus nuevos propietarios estaban rehabilitando y ampliando las instalaciones de la estación minera abandonada. Por esta razón, tendría que transportar hasta allí tanto mercancías diversas -desde materiales de construcción hasta medicinas y alimentos- como a los obreros que participaban en los trabajos junto, eso sí, con un supervisor de los *Puros* encargado de verificar que todo se realizara conforme a los deseos de la secta.

Aunque los *Puros* renunciaban, y así lo manifestó explícitamente Godloving, a cualquier tipo de proselitismo con los astronautas, éstos se deberían comprometer a no mostrar ningún tipo de comportamiento que pudiera atentar contra los preceptos morales de su iglesia, ya que de ocurrir esto el contrato quedaría automáticamente rescindido.

Las condiciones impuestas eran, por decirlo de una manera suave, bastante leoninas. Quedaba tajantemente prohibido no sólo embarcar mujeres a bordo, algo que no les suponía mayor problema puesto que era lo habitual, sino también cualquier tipo de material erótico o pornográfico independientemente de cual pudiera ser su soporte -revistas, fotografías, vídeos, programas informáticos-, algo que especialmente a Salazar le fastidiaba bastante más. Tampoco estaban permitidos el alcohol, el café -en realidad la única bebida autorizada era el agua-, el tabaco, la carne de cerdo, el marisco y los dulces.

No se podrían tener ni libros -salvo los píos autorizados por la secta- ni periódicos, y para evitar tentaciones debería ser desconectado el sistema informático en toda la nave excepto en la cabina, estando autorizado su uso sólo para las necesidades de la navegación. Por supuesto tampoco habría nada de música, aunque si Salazar y da Vico lo deseaban sus huéspedes les podrían proporcionar edificantes himnos religiosos. Los *Puros* se reservaban el derecho de inspección de cualquier rincón de la nave siempre que su supervisor lo considerara oportuno, incluyendo los camarotes privados de sus propietarios e incluso la propia cabina.

-¿Podremos al menos hacer crucigramas? -había preguntado un irritado Salazar.

-Nuestros ancianos han debatido convenientemente sobre este tema -en la respuesta no había, fingido o real, el menor asomo de sorna- y han llegado a la conclusión de que este tipo de ejercicios intelectuales son lícitos siempre y cuando no tengan como fin obtener placer, sino un edificante conocimiento de las Sagradas Escrituras.

-¡Pues sí que estamos apañados! Me dedicaré entonces a pensar en las musarañas, algo que ni usted ni nadie me podrá impedir.

-Nada tengo que objetar a ese tipo de comportamiento, puesto que usted es un gentil y no está sometido a nuestra disciplina; pero sería una lástima que no invirtiera ese tiempo muerto en beneficio de su alma. Eso sí, le ruego que sea tan considerado con nosotros como nosotros lo estamos siendo con usted.

Una oportuna intervención del diplomático da Vico dando por zanjado el tema consiguió evitar que su impulsivo compañero echara a perder el jugoso negocio.

* * *

Tres días más tarde el *Alcaudón* partía de Marte rumbo a Protesilao, llevando en su bodega un cargamento de víveres y materiales de construcción. Junto con sus dos propietarios, el único pasajero del mismo era un tal Mr. Heavenworthy, el censor - oficialmente supervisor- que les había asignado la Iglesia de la Purificación Divina. Nadie más viajaba en este primer trayecto, aunque les habían advertido de que a la vuelta regresaría con ellos -y con el cargante Heavenworthy- un grupo de varios técnicos que habían concluido ya su misión en el asteroide.

Heavenworthy era, para desgracia de los astronautas, el reverso de la moneda del educado Godloving. Completamente imbuido en su papel de inquisidor, nada más poner el pie en la astronave procedió a escudriñar minuciosamente hasta el último rincón de la misma, descubriendo -y requisando- algunos pequeños alijos previsoramente camuflados por Salazar. Una vez concluida esta tarea procedió a purificar al *Alcaudón*, para lo cual ejecutó ciertos pintorescos exorcismos que hubieran divertido sin duda a sus dos descreídos anfitriones de no haberse dado la circunstancia de que se empeñara en exorcizarlos a ellos también. Tras declarar a la nave y a sus ocupantes libres de influencias malignas -él, por definición, era ya *puro*-, dio su aquiescencia para el despegue.

Mitad perplejos mitad humillados, y con Salazar al borde del infarto a causa de la incautación de sus reservas alcohólicas, los astronautas decidieron a poco, y de común acuerdo, encerrarse en la cabina o en sus camarotes ignorando olímpicamente al intransigente puritano, el cual no perdía ocasión para recriminarles su pecaminoso

ateísmo. Por fortuna para ellos a éste no pareció importarle demasiado el ostracismo al que se vio sometido, aprovechando la soledad para orar y meditar... O al menos, eso parecía hacer en la sala común de la astronave, en la cual había asentado sus reales convirtiéndola en una exótica capilla donde entonaba continuamente sus melopeas y gorigoris.

Esto no era algo que preocupara especialmente a los propietarios del *Alcaudón*, antes bien les traía sin cuidado siempre que no les incordiasen... El problema estribaba en que, como buen fanático que era, sí acostumbraba a hacerlo para desesperación de ambos.

Por si fuera poco, el viaje sería largo puesto que, dada la órbita troyana de Protesilao, el *Alcaudón* debería abandonar el cinturón de asteroides hasta alcanzar la órbita del lejano Júpiter, la cual compartía el minúsculo asteroide aunque siempre precediendo sesenta grados al gigantesco planeta. Así pues, deberían armarse de paciencia, una paciencia puesta constantemente a prueba por el impertinente Heavenworthy.

Como por ejemplo, cuando sucedió el incidente de la cabina apenas tres días después de iniciado el viaje. Da Vico había estado buscando en la red datos sobre Protesilao, y se los estaba mostrando a Salazar cuando el pasajero irrumpió sin previo aviso conculcando todas las normas posibles de urbanidad y buena educación. Tras descubrir lo que campeaba en el monitor, una inocente página astronómica dedicada a los asteroides troyanos, montó repentinamente en cólera increpando a los dos sorprendidos pilotos por su presunta falta de piedad, recordándoles acto seguido su compromiso de no utilizar nada que pudiera atentar contra los rígidos preceptos morales de su secta.

-¡Oiga usted! -exclamó molesto da Vico al tiempo que intentaba calmar a su compañero- Aparte de que no habría estado de más que hubiera llamado a la puerta antes de entrar, me gustaría saber qué tiene de malo consultar la información referente al asteroide hacia el cual nos dirigimos. ¿O es que ni siquiera podemos disponer de aquello que necesitamos para nuestro trabajo?

-¡Eso es falso! -exclamó el iracundo santón con los ojos inyectados en sangre- Salvo las coordenadas astronómicas necesarias para navegar y la información requerida para el aterrizaje, que les será proporcionada en su momento por la torre de control de Nueva Sión -éste era el nombre con el que los *Puros* habían rebautizado por su cuenta y riesgo a Protesilao-, nada más necesitan; no desde luego esta blasfema página.

-¿Blasfema? -gruñó Salazar burlando por un momento el férreo marcaje de su amigo- ¿Qué tienen ustedes en contra de la astronomía?

-Son conocimientos vacíos, cuya única finalidad es la de proporcionar placer intelectual distrayendo al verdadero creyente de la adoración a Dios. Todos los placeres son invención diabólica y, como tales, han de ser prohibidos.

-Olvida usted que nosotros no somos verdaderos creyentes -el tono de voz del italiano era educado, pero firme como una roca-, y que nos comprometimos a no herir sus sentimientos religiosos, pero no a compartirlos. Y si usted no hubiera entrado sin avisar, no habría visto herida su fina sensibilidad.

-¡Informaré de este impío ultraje a mis superiores! -chilló el fanático, con el rostro rojo como la grana.

-Si ya ha dicho todo lo que tenía que decir le ruego que abandone la cabina, puesto que está entorpeciendo nuestro trabajo. Yo también informaré a sus superiores sobre sus actividades proselitistas, algo que se nos garantizó explícitamente que no ocurriría. Ah, y otra vez antes de entrar le recomiendo que procure llamar a la puerta, por el bien de todos.

La discusión concluyó, tan bruscamente como se había iniciado, con la despedida a la francesa de Heavenworthy el cual, corrido como una mona, se refugió en sus dominios para desahogar su despecho recitando una larga retahíla de salmodias.

-¡Será...! -exclamó Salazar al tiempo que cerraba malhumoradamente la puerta.

Un hosco gruñido de aprobación fue la única respuesta del italiano.

* * *

Frente a la proa del *Alcaudón*, iluminado débilmente por los pálidos rayos del lejano Sol, se alzaba Protesilao, un minúsculo cuerpo celeste de forma irregular y tan sólo unos pocos kilómetros de longitud máxima, apenas algo más que una mota de polvo perdida en la inmensidad del cosmos. Tiempo atrás se habían descubierto en sus entrañas unos importantes yacimientos de rodio e iridio, pero el hallazgo posterior de otros filones en asteroides más cercanos a Marte había provocado su abandono, convirtiéndose a raíz de entonces en un olvidado mundo fantasma.

Su gran lejanía, combinada con la existencia de unas antiguas instalaciones mineras susceptibles de ser fácilmente rehabilitadas, habían motivado su elección por la Iglesia de la Purificación Divina como residencia principal de sus acólitos, algo que ni da Vico ni Salazar alcanzaban a comprender dado que, una vez instalados allí, los sectarios quedarían aislados por completo del resto del universo, dependiendo en exclusiva del cordón umbilical de unas comunicaciones propias -evidentemente no existía nada parecido a una línea regular- para su subsistencia en el inhóspito guijarro, algo que no

resultaría nada fácil cuando éste entrara en oposición con Marte o con los principales asteroides en los que existían una población y una infraestructura estables. Pero... ¿quién entiende a un fanático?

Por fortuna para ellos, el cargante Heavenworthy no les había vuelto a incordiar tras la discusión en la cabina; perteneciente a la abundante casta de los perros ladrones pero poco mordedores, el cobarde personaje había optado por evitar su compañía, algo que no preocupaba especialmente a sus anfitriones... Eso sí, cada vez que se cruzaban en cualquier recinto de la astronave, algo inevitable dada su angostura, no perdía la ocasión de barbotar una mezcla de imprecaciones y amenazas, siempre cortadas de raíz por una mirada del astronauta de turno, en especial si se trataba de Salazar, tras lo cual se refugiaba precipitadamente en su cubil invocando todo tipo de maldiciones divinas.

El aterrizaje en el pequeño astródromo de Protesilao, poco más que un muelle minero apresuradamente parcheado por sus nuevos ocupantes, se realizó sin ningún tipo de incidente. Apenas el *Alcaudón* estuvo posado, Heavenworthy lo abandonó cual alma que lleva el diablo, mientras sus tripulantes preparaban la desestiba de la bodega al tiempo que aguardaban ser recibidos por alguien, vista la precipitada fuga de su teórico introductor de embajadores.

Ese *alguien* no se presentó hasta casi una hora más tarde, cuando ya empezaban a impacientarse y, aunque se presentó como el reverendo Hope -al menos su nombre no era esdrújulo- y se trataba evidentemente de una persona distinta, Salazar y da Vico hubieran podido jurar que se encontraban de nuevo frente al mismísimo Godloving que habían dejado en Marte, tal era la similitud existente entre ambos.

Para alivio suyo, el parecido entre ambos personajes no se limitaba a la apariencia física, extendiéndose también al talante. Hope comenzó pidiéndoles disculpas por las molestias que les hubiera podido ocasionar Heavenworthy, un piadoso hermano al cual su exaltado fervor religioso le llevaba en ocasiones a extralimitarse en su celo catequizador... Pero no tendrían por qué preocuparse puesto que en sucesivos viajes el problema no se volvería a repetir, aunque no especificó si se debería a un cambio de cancerbero o, por el contrario, de una severa llamada al orden al exaltado Heavenworthy. Y aunque da Vico, más perspicaz que su amigo, creyó detectar un tono de hipocresía en las palabras de su interlocutor, prefirió dar por buenas las excusas fingiendo un total beneplácito.

Zanjado el contencioso, los astronautas fueron amablemente invitados a disfrutar de la hospitalidad de los *Puros*. El *Alcaudón* permanecería en Protesilao apenas veinticuatro horas, lo justo para vaciar sus bodegas y recibir a los pasajeros que retornaban a Marte. Sus propietarios hubieran preferido pasar este tiempo a bordo de la

nave sin poner el pie siquiera en el asteroide, pero al parecer los responsables de la Iglesia de la Purificación Divina tenían otros planes; el reverendo Hope se empeñó en alojarlos en sus dependencias sin atender a sus excusas, apelando a las reglas sagradas de la hospitalidad... Aunque, según sospechara da Vico, quizá la verdadera razón fuera la de controlarlos más estrechamente mientras permanecieran allí.

Así pues, Salazar y da Vico tuvieron ocasión de disfrutar largo y tendido de los *atractivos turísticos* del minúsculo asteroide troyano, el cual quedaría vetado a los *gentiles* una vez que, terminadas las obras, fuera ocupado por los acólitos de la secta. En realidad, lo único que habían hecho los sectarios consistía en rehabilitar las antiguas instalaciones, muy deterioradas tras varios lustros de abandono, adaptándolas a sus propias necesidades. Los dormitorios comunales de los mineros habían sido transformados en un conjunto de celdas que nada tenían que envidiar a las monacales, mientras lo que fuera el área de esparcimiento, es decir, la cantina, era ahora un flamante templo. Las oficinas, los comedores y el pequeño botiquín eran las únicas dependencias que conservaban su función original tal como fueran diseñadas.

Y eso era todo. La antigua mina, excavada a cielo abierto, se encontraba en el hemisferio opuesto del asteroide, pero tanto da Vico como Salazar se excusaron de visitarla alegando cansancio... Aunque en realidad, maldito lo que les importaba el dichoso agujero.

Sus acompañantes, solícitos, se aprestaron a alojarlos en sendas celdas, invitándoles amablemente a visitar el templo... Lo cual, dada su indiferencia absoluta en materia religiosa, estaba claro que no tenían la menor intención de hacer, prefiriendo recluirse en sus alojamientos sin abandonarlos ni tan siquiera para comer... Conocían lo suficiente de la dieta de los *Puros* como para preferir pasar hambre antes que someter a sus estómagos a semejante tortura. Y como el asteroide estaba completamente vacío de ocupantes a excepción de los operarios encargados de las obras -que no les fueron presentados- y de los *Puros* responsables del control de las mismas, los atractivos del mismo resultaban ser completamente nulos.

-¡Ni tan siquiera hay mujeres! -había gemido, medio en broma, medio en serio, el rijoso Salazar.

-Te iba a dar lo mismo. -fue la respuesta de da Vico- Para empezar, no te dejarían acercarte a ellas, pero es que además tengo entendido que siempre que están en presencia de un hombre van completamente cubiertas con una especie de hábito que les tapa hasta la cara...

Las celdas, como cabía esperar, eran espartanas hasta la exageración, unos simples cubículos donde apenas cabían en apretada hermandad una cama y una mesa con su

correspondiente silla. Los aseos, huelga decirlo, eran comunitarios. Completaban el mobiliario una pequeña biblioteca de temas religiosos y un sistema de megafonía imposible de desconectar, como descubrieron desolados, aunque sí era factible elegir entre más de una docena de canales, todos ellos dedicados a rezos diversos.

-¡Chico, esto es peor que la cárcel! -protestó Salazar en cuanto se vieron libres de sus empalagosos guías- Allí al menos no te torturan con esta tabarra.

-Bueno, Miguel, será mejor que nos lo tomemos con filosofía; -respondió su amigo comprobando la dureza del catre- tan sólo vamos a estar aquí unas horas, así que ¿para qué amargarnos la vida? Yo también estaría más a gusto en el *Alcaudón*, pero qué se le va a hacer... Por cierto, ¿prefieres quedarte aquí, o te vas a la celda de al lado?

Ante el elocuente silencio del malhumorado español, da Vico se encogió de hombros tumbándose cuan largo era en el incómodo lecho. Instantes después, roncaba como un bendito.

* * *

Salazar no tuvo tanta suerte, pues no pegó ojo en toda la *noche*. Gracias a ello, pudo oír un pequeño ruido en el pasillo al que se abría la puerta de su celda. Intrigado se asomó al mismo, descubriendo una sombra furtiva que se escabullía sigilosamente dos puertas más allá. Puesto que la celda contigua a la suya era la de da Vico, cuyos estentóreos ronquidos traspasaban la débil mampara que separaba a ambas, era evidente que no se podía tratar de su amigo.

Nada de particular hubiera tenido es un lugar donde existían una docena de habitaciones, de no darse la circunstancia de que ese ala estaba todavía sin habitar y ellos eran los dos únicos ocupantes de la misma. Y como entre los hábitos de los *Puros* no figuraba el de trasnochar, la situación bien podía calificarse de insólita.

Así pues la curiosidad venció a la prudencia, y Salazar se precipitó hacia la puerta que el desconocido había dejado ligeramente entreabierta. En el interior del cuarto reinaba la oscuridad, pero el sonido entrecortado de una respiración jadeante denunciaba su presencia allí. Sin pensárselo dos veces el español empujó la hoja entrando resueltamente... estallando ante él una pléyade de multicolores estrellas.

Aunque el golpe recibido habría bastado para tumbar a una mula, Salazar solía presumir de tener una cabeza realmente dura; lo que debía de ser cierto a tenor de los resultados, ya que no llegó a perder totalmente el conocimiento pese al brutal golpe, cayendo de bruces sobre su agresor. Éste chilló como una rata al verse atrapado bajo el cuerpo del astronauta, y al intentar liberarse de su involuntaria presa tan sólo consiguió enredarse todavía más con él.

Instantes después un estallido de luz cegaba a ambos, al tiempo que la voz de da Vico intentaba imponerse sobre la barahúnda de gritos y jadeos.

-Miguel, ¿qué es este escándalo? ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es usted?

El desconocido, viendo frustrada la fuga, se derrumbó pidiendo entre sollozos que no lo mataran, mientras el perplejo italiano intentaba calmarlo y Salazar, incorporándose a duras penas, intentaba recuperarse del porrazo recibido mirándole torvamente sin decir palabra.

Su agresor era un hombrecillo menudo cuya tez cetrina denunciaba su origen sudamericano, lo cual quedaba confirmado por el hecho de que hablara en español. Sus entrecortadas frases mostraban una obsesión enfermiza por evitar ser castigado, lo que hacía sospechar que pudiera tratarse de un adepto de la secta que, por las razones que fuesen, hubiera infringido alguna de las severas normas de la misma.

-Tranquilícese, no queremos hacerle menor daño. -insistía una y otra vez da Vico- Pero para poder ayudarlo, necesitamos saber qué es lo que le ha ocurrido.

-El hermano Buenaventura ha sufrido una pequeña crisis nerviosa, de la que se recuperará pronto. -dijo una voz a sus espaldas- Tranquilícense, no es nada importante. Les agradezco su interés y les pido disculpas por las molestias que el hermano les ha causado, en especial al señor Salazar; huelga decir que deploro profundamente este incidente.

Hope, pues de él se trataba, estaba acompañado de dos fornidos acólitos con caras de pocos amigos. Era evidente que venían en busca del fugitivo, el cual al descubrirlos se parapetó cuanto pudo tras los astronautas al tiempo que en su rostro se reflejaba una expresión del más profundo pavor.

-Si ustedes son tan amables, les agradecería que volvieran a sus alojamientos. Nosotros nos encargaremos de él.

-Un momento. -respondió da Vico cerrándoles el paso- ¿Qué es lo que está pasando aquí? Este hombre está aterrorizado, y a juzgar por su aspecto no creo que sean ustedes los más idóneos para tranquilizarlo.

-Señor da Vico, le ruego que no intervenga en nuestros asuntos. -el tono de voz de Hope había dejado de ser amistoso para convertirse en glacial- Ustedes no tienen el menor derecho a entrometerse en nuestra Iglesia, por lo que les ruego que se limiten a cumplir con su trabajo... So pena de ser expulsados de Nueva Sión con el contrato rescindido. La elección es suya.

-¡Pero no podemos consentir que se maltrate a una persona! -exclamó Salazar apoyando a su compañero.

-Nadie va a maltratar al hermano Buenaventura... A no ser que, como gentiles que son, consideren como tal a nuestras reglas disciplinarias de obligado cumplimiento para todos los fieles, yo por supuesto incluido.

-¿Nos garantiza usted que este hombre va a ser tratado de forma civilizada?

-Le puedo asegurar que somos civilizados y nos comportamos como tales. -Hope mordía literalmente las palabras- Puede que nuestra disciplina repugne a los espíritus ateos, pero todos nosotros, y por supuesto también él, la hemos elegido voluntariamente para mayor gloria del Señor. Pueden estar ustedes tranquilos, no vamos a torturarlo ni a hacer con él nada que contravenga a las leyes de Dios; lo crean o no, no somos ningunos salvajes.

Haciendo un mudo gesto a su amigo para que lo imitara, da Vico se apartó franqueando el paso a los acólitos. Éstos agarraron sin muchas contemplaciones al desdichado arrastrándolo a lo largo del pasillo, mientras éste no cesaba de gritar con desesperación que no quería ser sacrificado por Dios.

-No se tomen al pie de la letra sus palabras. -se disculpó Hope ante los ceñudos astronautas- Es una forma metafórica de hablar. Les puedo asegurar que jamás recurriríamos a ningún tipo de violencia física contra un hermano, ni siquiera con los descarriados.

Y se marchó, dejándolos sumidos en un mar de dudas.

* * *

-Me siento como un criminal. No deberíamos haber consentido que se llevaran a ese hombre.

Los dos astronautas se encontraban sentados en el borde de la cama de una de las celdas, discutiendo sobre lo sucedido. Obviamente, ni siquiera habían intentado volver a dormir después de lo ocurrido.

-¿Y qué querías que hiciéramos? -respondió da Vico a su compañero encogiéndose filosóficamente de hombros- De haberles plantado cara hubieran traído a más gorilas, nos habrían llevado a rastras hasta el *Alcaudón* y, una vez allí, nos habrían puesto de patas en el espacio con la recomendación expresa de no volvera aparecer por aquí... Previa rescisión del contrato sin derecho a indemnización alguna, por supuesto. Y no hubiera servido además para nada, puesto que habrían echado el guante a ese pobre diablo de idéntica manera.

-No, si tienes razón; -rezongó el español- pero me desazona pensar que podríamos haber hecho algo por ayudarlo.

-¿Qué? ¿Denunciarlos cuando volvamos a Marte? Son una secta legal, y las autoridades ponen mucho cuidado en no herir sensibilidades religiosas. Sí, ya sé que lo que hemos visto huele a coacción a cien kilómetros, y eso sí es ilegal; ¿pero quién lo demuestra? Además, hay que partir de la base de que todas las sectas, y ésta no iba a ser una excepción, coaccionan a sus fieles, y por muy violación de los derechos humanos que sea esto, quienes podrían impedirlo no mueven un dedo por evitarlo. ¿Propones que lo hagamos nosotros? Tendríamos que estar muy locos. Además, ¿qué nos importa? Muy zumbado hay que estar para meterse en uno de estos manicomios, y quien lo hace... Bien empleado le está, por gilipollas. -sentenció lapidariamente- No es culpa nuestra que haya tanto grillado suelto por el mundo, ni es mi intención redimirlos.

-¡Pero el tipo ese no hacía más que gritar que su vida estaba en peligro! Y su pánico era real.

-Claro. ¿Pretendías acaso que se quejara de aburrimiento por rezar tanto? Amigo mío, a veces me asombra tu ingenuidad. Aunque esta gente tiene una comedura de coco de padre y muy señor mío, a veces alguno de ellos se debe de hartar de hacer el indio, que es lo que le ha debido de ocurrir a este tipo. Y como lo normal es que no les dejen irse por las buenas habrá intentado escaparse de este agujero, probablemente como polizón en nuestra nave. Al descubrirse el pastel se ha puesto a chillar como una rata intentando engañarnos para que lo lleváramos con nosotros, y habrá creído conveniente recurrir a cierta dosis de dramatismo para convencernos. Eso es todo. Y ahora, si me lo permites, voy a intentar descansar un rato hasta que tengamos que embarcar en el *Alcaudón*. Buenas noches... O lo que quede todavía de ellas.

Lejos de allí, en un rincón oculto en las entrañas del asteroide, una grabadora registró hasta la última palabra de la conversación mantenida por los dos amigos, remitiéndosela inmediatamente a Hope. Éste, tras oírla detenidamente, decidió que un cambio de planes podría resultar conveniente para sus proyectos.

* * *

-Estaba deseando largarme de ese agujero. Que les den por ahí a esos zumbados.

-¡Silencio, Miguel, no vayan a oírte! Está en juego el contrato.

-¡A la mierda el contrato! Estoy harto de estos capullos.

-Sí, Miguel, es cierto. Son unos capullos, unos insoportables capullos, pero nos pagan; y bastante bien, por cierto. ¡Nos pagan! ¿Sabes lo que significa esto? Dinero.

Dinero fresco para pagar nuestras deudas, para modernizar el *Alcaudón*, que buena falta le hace, e incluso puede que para ahorrar algo con vistas a nuestra cada vez más cercana vejez... Una minucia comparado con tu incapacidad para soportar a unos fanáticos tan estúpidos como inofensivos.

-Está bien, Luiggi, tú ganas; me aguantaré. Aunque estos tipos no me gustan lo más mínimo. Lo más mínimo. -enfaticó.

A Salazar no le faltaba razón en sus quejas. Si bien era cierto que Heavenworthy había desaparecido del mapa, su sucesor, un tal Godbrother, tampoco se podía decir que les inspirara demasiada simpatía... Ciertamente no era un moscón insoportable como su antecesor, sino más bien todo lo contrario; pero su adustez era tan exacerbada, y su talante tan altanero, que pese a no incordiar a los astronautas -de hecho, los ignoraba- éstos no las tenían todas consigo de haber salido ganando con el cambio.

Por si fuera poco, los técnicos y obreros que teóricamente deberían haberlos acompañado en el viaje de vuelta, una gente presumiblemente más normal al no ser miembros de la secta, habían sido reemplazados por media docena de *Puros* que, en su extrema inexpresividad, más bien semejaban ser zombies. Para sorpresa de ambos uno de ellos resultó ser el mismísimo hermano Buenaventura, el cual, tan ausente de este mundo como el resto de sus compañeros, ni tan siquiera se dignó a dirigirles la palabra para enojo de Salazar, que vio en ello el reflejo de la más despreciable ingratitud.

El cargamento del *Alcaudón*, por último, lo constituían unas voluminosas cajas herméticamente cerradas, de cuyo contenido no fueron informados Salazar y da Vico, las cuales iban custodiadas por los seis acólitos que, renunciando a las camas libres existentes en los camarotes, habían acampado en la inhóspita bodega tal como si estuvieran protegiendo un preciado tesoro. Y de esta guisa habían partido rumbo a Marte, hartos ya de sus pasajeros casi, incluso, desde que éstos hubieran puesto el pie en la nave.

Por fortuna para ellos ninguno de sus pasajeros, ni Godbrother ni, mucho menos, los acólitos que le acompañaban, les molestaban lo más mínimo; de hecho, ni siquiera les dirigían la palabra excepto el primero, y sólo para darles las instrucciones imprescindibles. Si solamente hubiera sido eso, a Salazar y a da Vico les hubiera traído sin cuidado el mutismo de los *Puros*; pero lo que les soliviantaba, en especial al español, era que los sectarios les impidieran el paso, bajo ningún pretexto, a la bodega de la nave, manteniendo a buen recaudo los enigmáticos contenedores. Al prurito de dignidad que incomodaba a los astronautas, imposibilitados de disponer libremente de su propio navío, se sumaba además el malestar producido por su desconocimiento de la naturaleza del cargamento que transportaban.

Al manifestarle su disconformidad a Godbrother por este hecho, éste se había limitado a advertirles que no era éste un asunto de su incumbencia, y al insistir ellos recordándole que podían rehusar legalmente a llevarlos a su destino siempre y cuando tuvieran sospechas fundadas de que la carga fletada pudiera ser peligrosa o ilegal, recibieron como única respuesta una seca reiteración de lo anterior, con el único añadido -a Godbrother había que arrancarle las palabras una a una- de que los contenedores estaban precintados y así llegarían a Marte, donde él personalmente se las entendería con los aduaneros.

De momento ahí quedó la cosa, pero los acontecimientos no tardarían en precipitarse. Un *día*, cuando el *Alcaudón* se encontraba ya a mitad de camino entre la órbita de Júpiter y Marte, Godbrother entró sin llamar en la cabina seguido por dos de sus secuaces. Antes de que ninguno de los dos sorprendidos astronautas pudiera articular palabra, les espetó secamente:

-Señores, les ruego que abandonen la cabina.

-¿Qué...? -preguntaron ambos a dúo.

-Por favor, no me hagan repetir la petición. A partir de ahora seremos nosotros los que pilotemos la astronave.

-¿Pero qué dice? -exclamó Salazar levantándose furioso de su asiento- ¿Está usted loco?

-No, señor Salazar, estoy completamente cuerdo. Y le recomiendo que refrene sus impulsos si no quiere sufrir daño alguno. -zanjó el fanático apuntándole al pecho con una pistola de aguja.

-¿Qué es esto? ¿Un secuestro?

-Llamémoslo un préstamo temporal de su astronave... Debido a razones que no les es necesario conocer, hemos decidido realizar ciertas modificaciones en el plan de vuelo; en lugar de dirigirnos directamente a Marte, necesitamos desviarnos hacia un asteroide en el que descargaremos esas cajas que tanto les intrigaban.

-No sabía que su secta se dedicara al contrabando. -gruñó Salazar fulminándolo con la mirada.

-Se equivoca de nuevo. Nuestros motivos no son otros que los de servir mejor a Dios.

-Pues se me antoja una extraña manera de conseguirlo; ¿acaso piensan erigirle una ermita en ese pedrusco?

-No debería consentirles semejante irreverencia, pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Salgan de aquí y reclúyanse en sus camarotes; detesto recurrir a la violencia, y lamentaría profundamente verme obligado a hacerlo.

-¿Podemos al menos quedarnos juntos? -preguntó da Vico al tiempo que se incorporaba.

Una muda respuesta fue interpretada por éstos como signo de asentimiento.

* * *

-Bueno, pues ya estamos otra vez metidos en un buen lío... Por variar.

Ambos astronautas se encontraban recluidos en uno de los camarotes del *Alcaudón*, el estoico da Vico tumbado en la cama mientras el inquieto Salazar daba vueltas por el estrecho recinto como un león enjaulado.

-Tú lo has dicho. -respondió el italiano a su amigo- Lo que me gustaría saber es qué traman estos fulanos.

-Para mí que la historia de la secta es tan sólo una tapadera para camuflar sus actividades delictivas.

-Podiera ser, no te digo que no; existen precedentes de ello. Pero yo personalmente no lo creo; encuentro demasiado sinceros a estos fanáticos.

-Entonces, ¿qué piensas que pueda ser?

-No lo sé. -suspiró da Vico- Estoy desconcertado. Conviene que tengamos paciencia y andemos ojo avizor.

-¿Con estos gorilas sueltos por ahí y dos de esos angelitos custodiando la puerta? Me temo que va a ser imposible zafarse de ellos.

-¿Quién sabe? De momento lo mejor es que nos mantengamos relajados; nunca se sabe lo que podrá pasar, y más vale estar preparados. Así pues, siéntate, tumbate o haz lo que prefieras, pero por favor estate quieto; me estás poniendo nervioso.

Un gruñido fue la única respuesta del español a su amigo. Ciertamente intentó calmarse, pero lo de estarse quieto sería demasiado para él.

Varias horas más tarde era madrugada según el horario de a bordo. Da Vico dormitaba plácidamente, mientras Salazar permanecía despierto sentado en la única silla existente en el camarote. De pronto, unos discretos toques en la puerta advirtieron a los reclusos del deseo de alguien de entrar en su improvisado calabozo, e instantes después

el rostro cetrino del hermano Buenaventura asomaba cautelosamente por la rendija abierta en el umbral haciéndoles ostensibles gestos de que se mantuvieran en silencio. Por fortuna da Vico había despertado y pudo tomar las riendas de la situación refrenando a tiempo a su compañero, el cual probablemente se habría tirado al cuello del visitante, sin pensárselo dos veces, de haber estado solo.

-¿Qué desea? -preguntó el italiano a su carcelero- ¿Por qué nos molesta a estas horas?

-¡Silencio! -susurró éste con expresión intranquila- Podrían oírnos. Me estoy jugando el cuello por ayudarles, y disponemos de muy poco tiempo. He enviado a mi compañero a rezar las oraciones de maitines a la capilla, pero Godbrother no tardará en enviar un relevo. ¡Ah! Diga a su amigo que no me mire con esos ojos asesinos; no soy ningún desagradecido y estoy en deuda con ustedes, pero tuve que simular indiferencia al embarcar en su nave para no echar a perder nuestra única oportunidad de conjurar el peligro que se cierne sobre la Tierra. Después de mi rebelión en el asteroide, bastante trabajo me costó engañarlos fingiendo estar arrepentido. Aunque oficialmente me perdonaron sospecho que no se fían mucho de mí, y si no me apartaron del plan fue porque carecían de un sustituto suficientemente preparado para reemplazarme por él.

-¿Qué ocurre? -respondió da Vico bajando el tono de su voz.

-El santuario de Nueva Sión es sólo la tapadera de un plan diabólico de los jefes de la Iglesia, su verdadera finalidad es la de construir secretamente artefactos con los que atacar a los gentiles. ¿Saben lo que transportamos en la bodega? Varias bombas atómicas de gran potencia listas para ser detonadas.

-¿Pretenden hacerlas estallar en la Tierra?

-Peor aún. Nos dirigimos hacia uno de esos asteroides que pasan tan cerca de la Tierra...

-Supongo que se referirá a los asteroides Apolo³. -puntualizó da Vico.

-Sí, eso es. Ellos han calculado el momento exacto en el que, haciendo estallar varias bombas atómicas en su superficie, se conseguiría desviarlo de su órbita cayendo sobre la Tierra. Luego dirían, claro está, que se trataba de un castigo divino a la iniquidad humana...

³Asteroides cuyas órbitas se cruzan con la de la Tierra, lo que los convierte en los astros que más se aproximan a nuestro planeta con excepción de la Luna.

-¡Pues vaya manera de hacerse propaganda! -exclamó Salazar abriendo la boca por vez primera- Por cierto, amigo, ¿conoce usted el nombre del asteroide elegido, que supongo será hacia el que nos dirigimos?

-Miguel, ¿qué más da eso? -le espetó su compañero.

-Es importante. Por muy fuerte que fuera la explosión, tan sólo lograrían desviarlo ligeramente de su ruta, y tendrían que hacerlo no ahora, que estará supongo cerca del afelio⁴, sino dentro de varios meses, cuando éste se aproxime a la Tierra. Evidentemente, cuanto más lejos lo hicieran menor sería la potencia de la explosión necesaria, pero la desviación sería detectada con la suficiente antelación como para corregirla... Pero si lo hacen cuando el asteroide cruce por las cercanías de la Tierra, la colisión sería inevitable. ¿Me equivoco?

-¿A dónde quieres llegar con eso?

-Esto descarta a la mayor parte de los asteroides Apolo ya que no serviría cualquiera, sino solamente aquél cuyos elementos orbitales encajaran en esta carambola espacial. -prosiguió impertérrito el español sin prestar la menor atención a las objeciones de su amigo- Además, tendría que ser uno que estuviera deshabitado y no resultara previsible que fuera a recibir visitas en todo ese tiempo. Sabiendo de cual se trata, quizá podríamos intentar enviar un mensaje a la Policía Interplanetaria para que lo ocupara desbaratando los planes de esta gentuza...

-He oído hablar del asteroide, pero no consigo recordar qué nombre le daban... -titubeó Buenaventura- Sonaba algo así como *tus tetas* -concluyó, ruborizándose.

-¡Tutatis! -exclamó da Vico- ¿Era Tutatis?

-Creo... Creo que sí, que era el que usted dice. Pero ¿qué ganamos con saberlo? Godbrother no se separa un solo instante de la cabina, hasta come y duerme en ella siempre acompañado por alguno de los hermanos. Nunca lograrían llegar hasta allí para enviar su mensaje.

-Nosotros no, pero usted quizá sí...

-Olvídelo. Yo también tengo mis turnos de guardia en la cabina, por supuesto, pero no sabría cómo utilizar la radio; ni tampoco me dejarían hacerlo. Lo siento. -la desilusión traslucía en el rostro del sectario arrepentido- Fui entrenado, al igual que el resto de mis compañeros, para colocar las bombas en los lugares del asteroide que fueron calculados para conseguir la desviación deseada, así como para hacerlas

⁴ Punto más alejado de la órbita de un cuerpo celeste.

detonar... Pero nada más. Ninguno de nosotros, salvo el propio Godbrother, tiene la menor idea de cómo se pilota una astronave. Lo planearon a conciencia, por supuesto.

-¿Qué tienen previsto hacer cuando llegemos a Tutatis, además de poner las bombas? ¿Volver a Protesilao?

-No. Permaneceremos allí hasta que llegue el momento de activarlas. Y luego... Bien, para nosotros no sería un suicidio, sino una inmolación a la gloria infinita de Dios. -explicó Buenaventura con abatimiento.

-Ya... -respondió da Vico- Puede creerme si le digo sus superiores no han inventado nada nuevo; pero dejemos eso. Me interesa más saber otra cosa: ¿qué pensaban hacer con nosotros? ¿Matarnos?

-¡Oh, no! Dios nos prohíbe derramar la sangre de un semejante. Permanecerían encerrados en la nave hasta la llegada del Día de la Ira, y entonces correrían la misma suerte que nosotros.

-Un panorama realmente halagüeño; -ironizó Salazar- Sobre todo, teniendo en cuenta su hipócrita afirmación de que Dios les prohíbe matar semejantes. ¿Y nosotros? ¿Y los millones de víctimas inocentes que causaría su locura?

-No habríamos sido nosotros los causantes del desastre, sino la mano justiciera de Dios de la cual los *Puros* somos tan sólo un mero instrumento. -musitó Buenaventura avergonzado, a la vez que incómodo por su condicionamiento mental tan sólo parcialmente superado- Además, ya les he dicho que yo quiero evitarlo; pero no sé cómo.

-Pues nosotros tampoco. -gruñó el astronauta español- Al menos a mí no se me ocurre nada, salvo la necesidad de impedir por todos los medios que el *Alcaudón* llegue a Tutatis.

-Quizá... -interrumpió da Vico, más para sí mismo que para sus nerviosos interlocutores.

-¿Qué? -preguntaron ambos ansiosamente.

-No sé, puede que sea una tontería, y no quisiera que nos hiciéramos falsas ilusiones.

-¡Por Dios, Luiggi, desembucha ya!

-He pensado que quizá inutilizando el sistema de navegación automática... Pilotando en manual encontrar ese pedrusco sería más difícil que buscar una aguja en un pajar.

-Pudiera funcionar... -respondió Salazar con un atisbo de esperanza- Pero eso nos dejaría a la deriva.

-No necesariamente; tanto tú como yo seríamos capaces de llegar hasta Marte navegando a ojo... Pero tenemos el problema de nuestros amigos de ahí afuera, que se iban a enfadar bastante. Buenaventura, ¿qué harían si les chafamos sus planes? ¿Cortarnos el cuello?

-¡Oh, no, eso no!; nunca recurrimos a la violencia física. -respondió el aludido- Pero no tengo forma de averiguar cual sería la reacción de Godbrother, ya que por la misma razón por la que no podríamos llegar a Tutatis, supongo que tampoco nos sería posible volver a Nueva Sión.

-En efecto. Sin sistemas de navegación un buen piloto podría volar hasta un planeta, Marte por ejemplo, pero nunca podría hacerlo con un asteroide puesto que a causa de su minúsculo tamaño resultan ser prácticamente invisibles hasta que no los tienes delante mismo de las narices.

-Intentémoslo pues. Buenaventura, la responsabilidad es suya. ¿Está dispuesto a asumir el riesgo?

-¿Qué remedio me queda? En cualquier caso, ya estamos muertos. Díganme lo que tengo que hacer.

* * *

Godbrother estaba furioso. Muy furioso. En un descuido suyo Buenaventura había destrozado el sistema de navegación automática del *Alcaudón*, lo que le impedía tanto arribar a Tutatis, como retornar a Protesilao. Mediocre piloto e incapaz de gobernar la nave sin el auxilio de sus sofisticados sistemas informáticos, el fanático se sentía perdido en la inmensidad del cosmos. Y lo peor de todo era que no sabía qué hacer, puesto que no podía arriesgarse a lanzar por la radio una petición de socorro.

El renegado Buenaventura había sido encerrado en un camarote; en su momento ya recibiría su castigo, que sería severo, pero ahora las prioridades eran otras. Tenía plena certeza de que los instigadores del sabotaje habían sido los propietarios del *Alcaudón*, pero, le gustase o no, no tendría más remedio que recurrir a ellos para salir del atolladero. Claro está que pretenderían imponerle sus condiciones, pero... Todo sería cuestión de ser más astuto que ellos. De momento, se imponía la diplomacia.

Para sorpresa suya, ambos astronautas se mostraron sumamente receptivos; algo que, bien pensado, no era de extrañar dado que, al menos por el momento, tenían la sartén por el mango. No ocultaron su responsabilidad en el incidente, ni su voluntad de frustrar los planes desarrollados por los jefes de la Iglesia de la Purificación Divina; pero en un alarde de cínica sinceridad recordaron a Godbrother que estaban -nunca mejor dicho- en el mismo barco, y que la única posibilidad de salvación pasaba por llevar al *Alcaudón* a Marte... Pilotado por ellos, por supuesto.

Claro está que quedaba por dilucidar la nada baladí cuestión de decidir lo que harían una vez llegados al planeta rojo. Salazar y da Vico propusieron un pacto entre caballeros consistente en desembarcarlos en algún astródromo poco frecuentado, desde el cual ellos podrían ponerse en contacto con sus hermanos de religión; sus forzados anfitriones se comprometerían a guardar silencio sin denunciarlos a la Policía Interplanetaria. Ésta podría haber sido una solución aceptable para ambas partes de no haber mediado el espinoso problema del *cargamento* que el *Alcaudón* transportaba en su bodega; los astronautas exigieron que fuera arrojado al espacio como la mejor forma de zanjarse el peligro, pero Godbrother se negó de plano alegando que donde fueran ellos irían también las bombas.

Era evidente que esta exigencia complicaba notablemente las cosas a los sectarios, ya que el riesgo de ser pillados por la Policía Interplanetaria con las manos en la masa era muy elevado; pero Godbrother respondió secamente a sus circunstanciales aliados que ése no era asunto suyo. Así pues, ambas partes convinieron en aterrizar en algún apartado rincón de Marte, a resguardo de la vista de las autoridades, donde desembarcarían los sectarios junto con su infernal *cargamento*, alcanzándose asimismo un compromiso de mutuo silencio sobre la rocambolesca aventura. Por supuesto ninguna de las dos partes estaba dispuesta a respetarlo a la menor oportunidad que se le presentara de hacerlo, por lo que era de prever que, tarde o temprano, el conflicto se recrudecería de nuevo... Resultando imposible predecir quien lograría llevarse finalmente el gato al agua.

Implantado por la fuerza de los hechos un provisional y frágil armisticio, el *Alcaudón* se fue acercando a trancas y barrancas a Marte, dando a las autoridades como excusa del abandono de su ruta y del consiguiente retraso, una avería que paradójicamente era real, la pérdida del sistema de navegación automática. Si la Policía Interplanetaria se lo creyó o no fue algo que no llegarían a saber, puesto que recibieron autorización para aterrizar, tal como estaba previsto en el plan original de vuelo, en el astropuerto de la capital marciana. Más peliagudo iba a resultar desviarse hasta el remoto astródromo que Godbrother había elegido para escabullirse, pero en realidad ni él ni los propietarios del *Alcaudón* estaban convencidos de que pudiera realizarse con

éxito tan arriesgada maniobra... Como quedó fehacientemente demostrado cuando el secuestrador volvió a asumir de nuevo el control de la astronave.

-¡Pero si usted no sabe aterrizar manualmente! -había objetado Salazar con alarma-
¿Pretende acaso que nos estrellemos?

Una enigmática sonrisa de Godbrother tuvo la virtud de helarles la sangre a los dos amigos. Instantes después eran encerrados en su camarote.

* * *

-Debimos haberlo pensando antes. -gruñía Salazar- De un fanático dispuesto al suicidio se puede esperar todo... Hasta que estelle el *Alcaudón* con nosotros dentro.

-A mí no me ha sorprendido en absoluto; -respondió su compañero- si te he de ser sincero, yo temía algo así desde el principio. Si no han podido inmolarse en Tutatis como pretendían, es lógico que ahora intenten hacerlo en Marte, a ser posible haciendo mucho daño; ¿cómo se iban a quedar sin su martirio?

-¿Por qué no me lo dijiste antes? -gimió el español.

-Porque te conozco, y sé que no habrías sido capaz de soportarlo.

-Algo habrá que hacer por evitarlo... ¿Tienes alguna idea?

-Ninguna en absoluto. -zanjó da Vico, al tiempo que le hacía un expresivo gesto cruzando el dedo índice sobre los labios; podrían estar escuchándolos, como efectivamente así ocurría.

Durante algún tiempo el italiano permaneció tumbado en su litera, aparentemente con indolencia pero sin perder de vista un solo instante al reloj situado frente a él, en la pared. De repente se incorporó tan rápido como le permitieron sus músculos, abalanzándose sobre la puerta al tiempo que gritaba al perplejo Salazar que le siguiera.

Puesto que los camarotes del *Alcaudón* no estaban diseñados como calabozos, las puertas disponían de cierre tan sólo por la parte interior pero no por el pasillo, razón por la que Godbrother se había visto obligado a apostar a dos de sus acólitos para evitar que los prisioneros pudieran burlar el encierro. Así pues, da Vico no tuvo el menor problema para franquear el umbral, dado que los dos cancerberos yacían inertes en el corredor mostrando síntomas evidentes de haber padecido una asfixia por descompresión súbita.

-¡No te quedes parado como un pasmarote, hay que comprobar que los demás hayan quedado también fuera de combate! -le espetó a su amigo- ¡Vamos a la cabina!

Allí el espectáculo era similar, con el cabecilla derrumbado sobre los mandos y el tercero de sus subordinados caído cuan largo era en el suelo.

-¡Vamos, ayúdame a quitarlo de aquí! A saber qué barrabasada estaría planeando... ¡Santa Madonna! -exclamó espantado al descubrir la imagen que mostraba la pantalla de proa.

No era para menos. Frente a ellos, tan cercana que parecía poderse tocar con la mano, se alzaba la inmensa mole de la Torre Burroughs, el edificio más alto de Marte con casi un kilómetro de altura y orgullosa seña de identidad no sólo de la capital, Nemanía, sino también de la totalidad del planeta. El *Alcaudón* se precipitaba contra ella en rumbo de colisión y, a juzgar cómo se agigantaba por momentos, el choque se adivinaba inminente.

-¡Miguel, agárrate donde puedas...! -aulló da Vico para haciéndose oír a duras penas por encima de la barahúnda de alarmas de todo tipo que atronaban en la cabina- Si te da tiempo.

Tanto Salazar como da Vico eran unos experimentados pilotos, y el italiano lo demostró fehacientemente en tan comprometida situación forzando una arriesgada pirueta que hizo crujir hasta el último tornillo de la sufrida astronave, pero que logró el milagro de desviarla lo justo para pasar rozando la cornisa del edificio antes de zambullirse, con los motores aullando a toda potencia, en las capas superiores de la enrarecida atmósfera marciana.

Salvado el peligro da Vico se derrumbó en su sillón dejando que el *Alcaudón* fuera frenando por su propia inercia. Tras descansar unos segundos volvió su rostro, pálido y desencajado, al no menos asustado Salazar.

-¡Uf, chico, creía que no lo contábamos! Llama enseguida a la Policía Interplanetaria, aunque sospecho que debemos de llevar pisándonos los talones al menos la mitad de todas sus patrulleras... Bueno, deja, eso lo haré yo. Es mejor que bajes a la bodega a comprobar que los dos fulanos restantes estén también fritos... ¡Pero no toques nada! Mucho me temo que estos hijos de mala madre han debido activar los detonadores de las bombas para que estallaran con el choque. No, mejor pásate antes por el camarote donde estaba encerrado Buenaventura; espero que a ese infeliz no se le ocurriera asomar las narices mientras se producía la descompresión, al fin y al cabo es a él a quien tenemos que agradecer que todavía estemos vivos. Si no está demasiado nervioso llévatelo a la bodega para que desactive las bombas, no me hace ninguna gracia estar sentado encima de un polvorín.

Y viendo que su estupefacto amigo no movía un solo músculo de su cuerpo, le apremió:

-¡Vivo, que no tenemos todo el día! Ya habrá tiempo de sobra para las explicaciones.

* * *

-Os juro que, por más que lo intento, jamás consigo agotar mi capacidad de asombro con vosotros. ¿Cuándo vais a dejar de meteros en follones? -Matías M'Babane, comandante en jefe de la Policía Interplanetaria, se encontraba sentado frente a los compungidos propietarios del *Alcaudón* con una mezcla de seriedad y diversión contenida en su rostro- Realmente lo vuestro es de película.

-Le aseguro que esta vez no tuvimos culpa alguna, señor M'Babane, el negocio era completamente legal... -protestó da Vico con gesto contrito- O al menos, así lo creíamos nosotros.

-Pues lo cierto es que, legal o no, organizasteis un zipizape de mucho cuidado: Ponéis en estado de alerta a la mitad de mi departamento, sembráis el pánico en Nemanía, estáis a punto de llevaros por delante a la Torre Burroughs... Y cuando finalmente logramos abordar el *Alcaudón*, nos encontramos con el bonito espectáculo de media docena de cadáveres y una colección de bombas atómicas listas para detonar. Chicos, realmente les habéis puesto el listón muy alto a todos aquéllos que pretendan emularos.

-Ya le hemos contado toda la historia. -gimió Salazar- Y en vez de reprendernos deberían estarnos agradecidos, de no ser por nosotros la Tierra primero, y Marte después, habrían sido víctimas de enormes catástrofes.

-Sí, ésa es vuestra versión, pero también contamos con la otra... La de los portavoces de la Iglesia de la Purificación Divina, que niegan en redondo haber tenido nada que ver con los incidentes ni, mucho menos, con el *cargamento* que encontramos en la bodega de vuestra nave. Tan sólo reconocen haberos contratado para un viaje de ida y vuelta de Marte al asteroide troyano donde están instalado su sede transportando personas y materiales de construcción, y dicen desconocer lo que pudo ocurrir en el transcurso del mismo en el *Alcaudón* para que seis de sus siete adeptos que viajaban en él fallecieran en tan extrañas circunstancias. Por supuesto, huelga decir que declinan cualquier tipo de responsabilidad en lo sucedido.

-¡Pero eso es completamente falso! Pregunten a Buenaventura...

-Si os referís al único superviviente que quedó de todos ellos, más vale que os vayáis olvidando de ese pobre diablo. Está tan loco, que ha habido que internarlo en un centro psiquiátrico; no serviría como testigo.

-Y usted... ¿nos cree? -musitó el italiano con un hilo de voz.

-He de confesaros que vuestra situación podría llegar a ser bastante comprometida; -el policía se estaba divirtiendo de lo lindo- imaginaos los cargos que pesan sobre vosotros: Homicidio múltiple, navegación temeraria, transporte ilegal de armas prohibidas... Chicos, la cosa se os puede poner bastante negra.

Compadecido al ver cómo a los dos astronautas se les demudaba el semblante, continuó:

-Pero quiero dejaros clara una cosa, ya que no es cuestión de que os dé un infarto en mi propio despacho: nosotros, como Policía Interplanetaria, creemos en la veracidad de vuestra versión, que coincide además con las conclusiones de nuestras propias investigaciones. El problema no es, pues, policial, sino judicial; no va a resultar nada fácil conseguir pruebas que incriminen a esos fanáticos, y por la misma razón tampoco tenemos demasiado claro cómo podríamos exculparos a vosotros... Los muertos, el pánico de los habitantes de Nemanía y las bombas atómicas siguen estando ahí.

-¿Qué podemos hacer entonces? -preguntó Salazar, tan sólo en parte aliviado.

-No os preocupéis, estáis bajo nuestra protección y tenemos la firme voluntad de defenderos; ¡faltaría más después de la que nos habéis librado! Ya veremos cómo lo hacemos. Lo que no os puedo ocultar, es que el asunto está muy enbrollado.

-¿Tan difícil es demostrar la culpabilidad de esos fulanos?

-Por desgracia, sí. -suspiró el policía restregándose los ojos en un gesto de momentáneo abatimiento- Ya sabéis que toda esa gentuza acostumbra a aprovecharse del derecho a la libertad religiosa utilizándolo como una coraza protectora para sus tropelías... Y lo peor de todo, es que no existe la menor voluntad política para atajar estos abusos, ya que los gobernantes de turno temen ser tildados de antidemócratas si intentan ponerles coto. No sé, a veces pienso que este mundo es demasiado complicado para mí.

-Pues si no les meten mano, corremos el riesgo de que vuelvan a intentar una nueva barrabasada...

-No, eso no. -atajó M'Babane- Son fanáticos, pero no estúpidos. Sabían que andábamos detrás de ellos desde hacía tiempo, y pueden imaginarse que a partir de ahora seguiremos sus pasos con lupa. Además, no todos son iguales, por fortuna; al parecer fue un tal Hope, que en realidad se llamaba Wilbur Smith, el responsable de toda esta historia. Por cierto ha desaparecido del mapa sin dejar el menor rastro, y

suponemos que han debido de ser sus propios compañeros quienes lo hayan depurado, mitad para borrar posibles pruebas, mitad para evitar que les siga creando problemas.

El viejo funcionario hizo una breve pausa y continuó:

-Por otro lado, no les resultaría posible volver a conseguir más bombas atómicas; como comprenderéis, no se trata de algo que pueda ser comprado así como así en el mercado negro. De hecho, éstas eran las únicas que andaban descontroladas por ahí, y mira a donde fueron a parar... A saber el dineral que les habrá costado. No, en este punto estamos bastante tranquilos, el peligro de que un loco pueda volver a intentarlo es mínimo, yo diría que prácticamente inexistente.

-¿Y cómo quedamos nosotros?

-No sé si resulta conveniente que os diga esto, pero la verdad es que os lo merecéis; -sonrió de oreja a oreja- gracias a vosotros estoy todavía aquí en vez de estar flotando en la atmósfera marciana en forma de polvo radiactivo. Veréis, a veces la política sigue caminos tortuosos que conducen, no obstante, a la meta deseada... O no demasiado lejos de ella. Digamos que hemos llegado a un acuerdo tácito con esta gente: ellos guardan un discreto silencio sobre la muerte de sus adeptos y se comprometen, por supuesto, a no volver a jugar con fuego. Nosotros, en compensación, hacemos la vista gorda...

»Claro está que tiene que haber una investigación sobre lo ocurrido en el *Alcaudón*, es algo que no podemos evitar habiendo muertos por medio... Pero os puedo anticipar la conclusión oficial de la misma, por supuesto bajo compromiso de absoluta confidencialidad por vuestra parte: en el camino de vuelta a Marte sufristeis una grave avería que os desvió de vuestra ruta. Cuando con muchos esfuerzos lograsteis llegar hasta Marte, un fallo en el sistema regenerador de aire de la astronave provocó la muerte de la mayor parte de los pasajeros y el desfallecimiento del resto. Perdido el control el *Alcaudón* se precipitaba sobre Nemanía cuando, tras recuperar el sentido, hicisteis un heroico esfuerzo por evitar la catástrofe. Por supuesto, las causas del accidente fueron totalmente fortuitas. ¡Ah, se me olvidaba! Huelga decir que esas bombas atómicas nunca existieron; nada más lejos de nuestros deseos que permitir que se extienda el rumor de que unos artefactos tan peligrosos puedan haber estado rodando por ahí sin control alguno.

-Pierda cuidado, seremos una tumba. ¿Eso es todo? -preguntó Salazar sintiendo un irresistible deseo de marcharse lo antes posible.

-Casi. -le atajó su interlocutor- Quiero vuestro compromiso formal de que no os iréis de la lengua ni siquiera estando tan borrachos como una cuba; nos va mucho en ello, tanto a vosotros como a mí. Y como sé que vuestra economía no suele andar demasiado boyante y en un futuro pudierais ser tentados por algún periodista sin

escrúpulos, conseguimos *convencer* a los responsables de la Iglesia de la Purificación Divina para que incluyeran en vuestros honorarios una generosa propina en concepto de compensación por las molestias sufridas... Que no tendréis necesidad de declarar al fisco.

-Señor M'Babane, le estamos muy agradecidos...

-¡Bah, no es nada! Es lo menos que podía hacer por vosotros. Y además -añadió con sorna- conste que lo hacemos, me refiero al Departamento, claro está, no a mí, no por generosidad, sino por propio interés; quien quita la ocasión quita el peligro. -rió- Con el bolsillo lleno, siempre tendréis menos tentaciones de hablar más de la cuenta.

»Esperad un momento. -añadió al ver que sus inquietos interlocutores estaban empezando a intranquilizarse- Ahora que ya hemos dejado zanjada la cuestión, digamos, desde un punto de vista oficioso, me quito mi uniforme de comandante de la Policía Interplanetaria y me dirijo a vosotros en calidad de amigo vuestro para haceros una pregunta... Que no estáis obligados en modo alguno a responder, por supuesto; pero si decidís hacerlo, tenéis mi palabra de que jamás lo utilizaré con fines profesionales ni, por supuesto, en contra vuestra. Se trata únicamente de... curiosidad personal.

-Usted dirá... -se resignó da Vico.

-Me gustaría saber cómo os las apañasteis para deshaceros tan limpiamente de esa cuadrilla de indeseables... Porque el trabajo no pudo ser más fino.

-Fue idea mía. -confesó el italiano tras constatar el tácito consentimiento de su amigo- Miguel no tuvo nada que ver, y ni tan siquiera me atreví a comentárselo... No las tenía todas conmigo, y prefería asumir en solitario el riesgo de un fracaso.

-Adelante. -complacido, el policía se retrepó en su asiento pulsando un botón de llamada en su atestado escritorio- Por cierto, ¿os apetece tomar una copa de algo bueno, no esos brebajes con los que os envenenáis en las cantinas de los astropuertos? Tengo un brandy español excelente...

-En sí el plan era sencillo, pero se trataba de un palo de ciego... -continuó el astronauta- y las posibilidades de fallo muy elevadas. Como usted sabe el *Alcaudón* es una astronave bastante antigua, y está provista de unos sistemas de seguridad que, en ocasiones, han quedado ya obsoletos. Uno de ellos provoca una descompresión rápida equilibrando la presión interna con la del exterior; está pensado para que, en caso de una perforación accidental del casco, se pudiera evitar que éste reventara agravándose los daños. Claro está que esto sólo puede ocurrir dentro de ciertos márgenes, porque si la presión exterior es demasiado baja, lo único que se conseguiría sería matar a todos los pasajeros. Por eso...

-Disculpa un momento, Luigi. -le interrumpió M'Babane al comprobar que su asistente había llegado- Ahmed, yo quiero una copa de Cardenal Mendoza, y los amigos lo que prefieran... Bien, pues Cardenal Mendoza para los tres; trae tres copas y déjanos la botella.

-Le decía que el *Alcaudón* tenía un sistema de descompresión automática -explicó el italiano una vez que el asistente hubo desaparecido- regulado por unos sensores que impiden que éste se ponga en funcionamiento si la presión exterior está por debajo de ciertos límites, como ocurriría, por ejemplo, con la atmósfera marciana; pero este mecanismo se estropeó hace tiempo y, como tampoco era tan necesario, de hecho las astronaves modernas ya no lo tienen, y además la reparación hubiera sido muy cara, optamos por desconectar todo el sistema de seguridad para no correr riesgos innecesarios.

Tras una nueva pausa producida por la llegada de las bebidas, Salazar tomó el relevo de su compañero.

-Ya puede usted imaginarse lo que hizo Luigi; conectó el circuito defectuoso sin que Godbrother se apercibiera de ello...

-Pero con eso no bastaba, hubiera sido necesario además que se produjera una fuga de aire en el casco... -objetó M'Babane- demasiada casualidad.

-Claro. Por esta razón manipuló también el sensor de forma que, pasado cierto tiempo, éste se cortocircuitara provocando una caída de presión en la nave hasta que ésta se igualara con la de la atmósfera marciana... Mortal de necesidad. El resto es fácil de imaginar.

-Cayeron como pajaritos. -comentó para sí el policía- Pero decidme, hay dos cosas que no acabo de comprender todavía. ¿Cómo lograsteis evitar que ocurriera lo mismo en los camarotes? ¿Cómo volvió la presión a sus valores normales?

-Ventajas de tener un cacharro que se cae a trozos de puro viejo. -sonrió da Vico- Por fortuna para nosotros, los camarotes forman un sistema estanco diferente del resto de la nave; ya sabe, esto se hacía para evitar molestias a los pasajeros en caso de que hubiera que modificar temporalmente la presión de la cabina o la bodega, algo que en su día sucedía bastante a menudo... eso nos libró, a nosotros y a Buenaventura, de correr la misma suerte que nuestros captores.

-En cuanto a lo segundo...

-Fue algo automático. Todos los sistemas de seguridad son redundantes, y cuando pasado cierto tiempo los circuitos interpretaron lo ocurrido como una falsa alarma, devolvieron a la presión sus valores normales.

-Jugaste una espléndida carambola. -comentó el policía con admiración.

-No nos quedaba otra opción. Por fortuna, todo salió bien. Lo más difícil fue, sin duda, calcular correctamente el tiempo.

-Y fuiste además oportuno; un retraso de segundos habría bastado para que se estrellaran contra la torre.

-Sí, le anduvo cerca. Y ahora, si no le importa, -añadió apurando su copa- a Miguel y a mí nos gustaría retirarnos, estamos realmente agotados.

-Por supuesto, podéis ir... ya os ingresaremos el dinero en el banco, es más discreto que andar con cheques. Eso sí, os ruego que estéis disponibles para las diligencias judiciales; es un puro trámite, no tenéis que preocuparos, pero no dejan de ser una molestia. Adiós, amigos. -concluyó, estrechándoles la mano.

Nada más salir a la calle los astronautas se dieron de boca con un grupo de Hare Khrisnas que desfilaban por la amplia avenida arropados por su parafernalia habitual. Cuando uno de ellos intentó inocentemente dar un folleto a Salazar, da Vico tuvo que llevarse a rastras a su compañero para evitar que éste la emprendiera a puñetazos con el pacífico individuo.